

Con gente como esta

es posible comenzar de nuevo

Reinaldo Iturriza López

Título: Con gente como esta es posible comenzar de nuevo

© Reinaldo Iturriza López, 2022

Diseño de portada y diagramación:

América Latina Rodríguez

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

Depósito legal: DC2022000397

ISBN: 978-980-18-2630-9

Caracas, abril de 2022

Índice

Prólogo

<i>Venezuela: la revolución donde todavía quema.</i> Miguel Mazzeo	9
--	---

Introducción

<i>Un primer balance general de la etapa post-Chávez</i>	19
--	----

Con gente como esta	63
Radiografía sentimental del chavismo	66
Leales pero resignados	69
La inmensa fatiga	73
Despolitizados, bobos	77
La tragedia humana	80
Conversos	83
Irreductibles	87
El no-lugar de la política	92
Duelo	96
Café	99
Burgueses	101
Servicios	104
Fortaleza asediada	108
Mala fe	111
Cómo es posible	114

Chavismo duro	117
Guías	120
Izquierda	123
Marchar, marcharse	126
Gobierno	129
Presente y futuro	132
Comenzar de nuevo	136
Bibliografía	141

A Sandra y Ainhoa

Prólogo

Venezuela: la revolución donde todavía quema

A pesar del optimismo que destila su título y una parte de su contenido, este es un libro desgarrador. Una condición que se acentúa especialmente en los pasajes en los que el autor no pretende, precisamente, dar cuenta de circunstancias desgarradoras. En la entrelínea se lee una amargura profunda y un malestar agudo: una lengua catártica. Se filtra la evocación de una felicidad política perdida y el temor a extraviar las dichas residuales. Se convoca a un duelo, a una ritualización militante del duelo, para evitar la melancolía y para no caer en la depresión, para conjurar las pasiones tristes y las pulsiones tanáticas, para conservar el amor propio y la capacidad de amar, para no sentirse desterradas y desterrados *in situ*.

Si desde su preludio el chavismo contuvo distintos proyectos (dos, simplificando mucho, tal vez más), si estos proyectos no siempre se mostraron compatibles y en, algunos casos, se manifestaron hostiles y directamente antagónicos, el que se ha venido consolidando en los últimos años no es justamente el más enlazado al poder popular y a la democracia participativa, protagónica y radical. No es, en rigor de verdad, el proyecto que refiere a la descentralización de la gestión pública y al desarrollo de gubernamentalidades basadas en la cesión de poder a las instituciones comunales y a otras “de base”.

Por el contrario, se ha afianzado un proyecto con aristas proclives a la subordinación de las organizaciones populares y los movimientos sociales a los aparatos político-partidarios oficiales, al gobierno y al Estado. Estos últimos tienden a absorber al poder popular, a instrumentalizarlo. En algunas ocasiones, en forma deliberada; en otras, por simple imposición de lógicas maquinales. Se viene reforzando el proyecto de un poder autorreferencial y dirigista (no exactamente “vanguardista”) en desmedro del proyecto del poder popular y el Estado comunal. Todo lo demás –materia de irrefrenable declive, de no mediar oportunas rectificaciones– vino y vendrá

por añadidura: clientelismo, expansión burocrática, centralización. Como ocurre en muchos campos, la escisión entre trascendencia e inmanencia genera desencanto respecto del mundo.

Una convivencia creadora se ha truncado. Una dialéctica virtuosa ha sido abandonada o, en el mejor de los casos, ha entrado en un *impasse*. Una relación Estado-sociedad (interrelación de personas y cosas) que alguna vez presentó momentos de corresponsabilidad y cooperación no cesa de malograrse (aunque, periódicamente, se insinúan recomposiciones). Una repetición ha realizado su faena de desgaste. Una cuota de desconfianza se ha instalado en porciones importantes del universo popular venezolano. No solo la desconfianza de las y los de abajo en “un arriba” que supo ser más diligente y camarada –esa desconfianza sería la menos relevante y hasta podría subsanarse–, sino la desconfianza en la fuerza propia. A pesar de todo, los reductos de autoconfianza popular no faltan en Venezuela. Este libro, también, habla de eso.

El proceso histórico de la Revolución Bolivariana no está cerrado, pero a diferencia de otros tiempos el gobierno y el Estado cada vez fungen menos como impulsores (o simples aliados) del proceso revolucionario real, el que acontece a cielo abierto. Gobierno y Estado tienden a ser posibilistas, monológicos, cada vez más desatentos a la intersubjetividad popular crítica y rebelde. Todo nos indica que el gobierno y el Estado, sin llegar todavía a la incompatibilidad total, han perdido relevancia como ámbitos para la acumulación de fuerzas de los sectores revolucionarios en Venezuela. Estas instancias, con sus desvíos y claudicaciones, son las responsables de la desfraternización dramática. No la militancia revolucionaria que, por otra parte, nunca dejó de desestimar la posibilidad de que el gobierno y el Estado retomen las intervenciones más afines con el poder popular. ¿Será la hora de regresar a las “catacumbas del pueblo”? Siempre hay que tener un pie en ellas, nunca conviene fiarse de los atajos de las superestructuras.

Corresponde aclarar que, en última instancia, el problema central no es el gobierno, no es el Estado. Inclusive, por ahora, no es oportuno descartar la eventualidad de una reconstrucción en alguna escala significativa de la dialéctica virtuosa antes mencionada. El problema sustantivo pasa por modificar las correlaciones de fuerza en favor de los sectores revolucionarios

en el gobierno, en el Estado y, sobre todo, en la sociedad. Esto exige organizar, consolidar y extender la fuerza popular autónoma, la verdadera fuerza fecundante de la historia. Como decía Antonio Gramsci, las superestructuras no crean superestructuras, sino como herencia de pasividad e inercia.

Esta obra de Reinaldo Iturriza debería concebirse como una parte imprescindible de un balance colectivo y práctico. Un balance que, sin desestimar las conclusiones, propone tareas, acciones. Este ejercicio crítico puede servir como un buen antídoto (¿acaso hay otro?) contra la tristeza política producida por las tendencias a la reubicación de Venezuela en las coordenadas –y fetiches– de la política burguesa convencional y la “normalidad democrática”; contra el reposicionamiento del Estado realmente existente con su régimen de gubernamentalidad gestora y elitista (el Estado impotente, el Estado *Condotiero* del dinero); contra el retorno de la peor dictadura: la del capital, el mercado y los “poderes fácticos”. Una dictadura “orgánica” que liberales y progresistas pasan por alto porque la han naturalizado. Cabe señalar que estas parcialidades, junto a otras “de izquierda”, reducen el proceso histórico venezolano reciente a una “deriva autoritaria”. Una fórmula que explica poco (y mal) y simplifica al extremo una realidad sumamente rica y compleja.

El balance práctico también puede funcionar como un remedio eficaz contra la desolación generada por una revolución que, en sus esferas instituidas (las más visibles, las más poderosas, las más influyentes), tiende a resignarse, a desfigurarse, a congelarse. Estas esferas están lastimando lo mejor de la Revolución Bolivariana, al tiempo que aspiran a conservarlo con apariencia viva. Lo instituido (o lo constituido) fagocita lo instituyente (o lo constituyente). La *potestas* asfixia la *potentia*. ¿Ante este panorama, qué tareas y acciones nos propone Reinaldo? Varias, pero todas enlazadas por el mismo hilván: otras formas de administrar la utopía bolivariana, formas distintas a las ensayadas en los últimos años desde las superestructuras. Formas que reclaman otras administradoras y otros administradores.

Vale aclarar que, aunque el peor destino sea perpetrado y la desfiguración llegue al punto de hacerla irreconocible, aunque el rumbo que el gobierno y el Estado le impriman a la Revolución Bolivariana nos parezca equivocado, su defensa ante cualquier intervención colonialista e imperialista seguirá siendo para nosotras y nosotros materia innegociable. Eso no está ni estará

nunca en discusión. Como tampoco está en discusión –hoy– el lugar privilegiado que Venezuela conserva en la vanguardia antiimperialista mundial.

El problema –fuente de desazón– es que la agresión imperial se consolide como el único motivo capaz de generarnos empatía. Una revolución nunca debería chantajear a sus hijas y a sus hijos. Nunca debería obligarlas y obligarlos a vivir escindidas y escindidos.

Lo desacertado es extremar las razones de la geopolítica al punto de convertirlas en abstracciones absolutamente desvinculadas de la realidad de la sociedad civil popular venezolana. La contraposición entre soberanía nacional y autonomía popular (y lucha de clases) nunca contribuyó con la profundización de los procesos revolucionarios.

Lo frustrante es que cada vez nos cueste más reconocer a la Revolución Bolivariana (insistimos: a sus esferas instituidas) como un fermento favorable para la emancipación, como un auténtico espacio utópico susceptible de contener una alternativa sistémica y civilizatoria y un sinnúmero de laboratorios sociales de reinención de la política desde abajo y de refiguración e invención de futuro. ¿Cómo identificarse con la escenificación de una impotencia, con la falta de iniciativa, la inercia, el conformismo, la pérdida de fe y voluntad?

Sin lugar a dudas, la amenaza –real– de la derecha proimperialista y filofascista reclama unas hipótesis de resistencia, pero de ningún modo alcanza para alimentar una fe emancipadora y una potencia político-pedagógica. No es acicate suficiente para generar entusiasmo popular, dentro y fuera de Venezuela. Mucho menos cuando el propio gobierno apela a formas de disciplinamiento por desilusión, fomenta directa o indirectamente el “culto a la bestia” y, con muchas de sus políticas, anticipa la reacción. Queremos que la Revolución Bolivariana vuelva a ser vanguardia en un sentido integral. Reinaldo asegura que existen condiciones para eso.

Nosotras y nosotros no hemos cambiado de “barómetros” y no pretendemos desbautizarnos. No ostentamos un *ethos* puritano. Entonces, si mantenemos nuestras exigencias a la hora de medir la aptitud ético-política y la calidad de un gobierno revolucionario o simplemente “popular”, las mismas que nos llevaron a comprometernos con Hugo Chávez y con Nicolás Maduro, las mismas que nos llevaron a repudiar la índole de las “almas bellas”

y a no temerle a las máculas de la realidad; lo cierto es que hoy, esas exigencias centradas en principios democráticos y anticapitalistas no pueden evitar traducirse en un amargo cuestionamiento a un gobierno y a un Estado que extienden unos dispositivos “colonizadores” sobre la sociedad civil popular (o que, simplemente, se muestran “indiferentes” respecto de ella), a una dirigencia política que ha marchado en el sentido contrario de una radicalización de la gestión económica y social. Esas exigencias tampoco pueden evitar traducirse en la denuncia por la deslealtad con una estirpe y un panteón.

Hace muchos años que la Revolución Bolivariana “como Estado” viene alejándose de su promesa. Abundan las circunstancias y los signos que corroboran esta afirmación. El año 2016 parece ser un punto de inflexión importante. Desde entonces, se sucedieron varios hitos en un dilatado y nunca lineal y jamás confirmado *Termidor*: 2018 con sus programas macroeconómicos ortodoxos, la pandemia que profundizó las peores tendencias a la individualización, etc. Un largo ciclo signado por el aumento de la pobreza (material, pero especialmente “experencial”), el estatismo generador de indiferencia política, la descomposición de las dirigencias, el retaceo del compromiso con el protagonismo popular y la merma del ímpetu que servía para correr y traspasar las fronteras impuestas por las clases dominantes. Todos ítems que, claro está, van de la mano. Lo positivo es que la Revolución Bolivariana, aunque se alejó de su promesa, jamás la abandonó del todo. Conviene aferrarse a ese dato, porque juega a favor de las revolucionarias y los revolucionarios.

Lo cierto es que una sucesión de coyunturas aciagas hizo que la transición al socialismo desapareciera de la agenda estratégica concreta. Aunque entrara y saliera periódicamente de la narrativa gubernamental-estatal y aunque cada tanto se la mentara como horizonte, faltaron unos correlatos sustantivos. Esto significa que, más allá de las “palabras mágicas”, las intervenciones gubernamentales-estatales favorables a esa transición se tornaron escasas y superfluas, lejos de los afanes creadores de institucionalidad paraestatal de otras épocas. Las territorialidades y praxis que desde el seno de la sociedad civil popular venezolana dieron y dan pasos concretos en pos de la transición al socialismo han sido desatendidas, cuando no directamente boicoteadas desde algunos sectores oficiales. ¿Cómo tomar las recomendaciones oficiales tendientes a “reencauzar la revolución” que, ahora

mismo, mientras borroneamos estas páginas, se plasman en la fórmula de las 3R NETS (resistir, renacer, revolucionar)? Sin dudas, corresponde tomarlas como una preciada incitación a la praxis radical. Hay que abismarse en su sentido más recóndito y desde allí tensionar. ¿Conviene entusiasmarse por la belleza de estas palabras? Sí, por supuesto, pero sabiendo que el protagonismo popular es la única garantía para construirle correlatos concretos y para evitar que sean manoseadas.

El gobierno venezolano, si aspira a acortar la brecha entre la Revolución Bolivariana y su promesa, debería retomar el lenguaje verdadero de las revoluciones, el lenguaje profundo de las revoluciones, dejar de recurrir a categorías idealistas, a consignas huecas, a fórmulas discursivas abstractas. ¿Acaso ya no se propone correr el límite de lo posible? ¿Ya no quiere marchar a contracorriente? ¿Ya no aspira a una nueva antropología del poder? ¿Ya no favorece el desarrollo de un “espíritu de escisión” en las clases subalternas, tal como señala Reinaldo, apelando a una categoría gramsciana fundamental? El gobierno y el Estado deberían desechar los anacronismos que confunden, dejar de medir sus logros en parámetros absurdos y ajenos al socialismo: toneladas de cemento, éxitos deportivos, sinsentidos cristalizados, etc. Desde la superestructura se sigue clamando revolución, pero la única que parece auspiciarse es la “revolución digital”. ¿Recurso de algunas facciones de la dirección política que apelan a los peores lenguajes para huir de la revolución?

Existe un ancho campo que reclama intervenciones significativas, que exige acciones rectificativas: las políticas de ajuste, los avances en la dolarización de la economía, la consolidación de núcleos de subsunción real del trabajo y la vida al capital (al proceso de valorización del capital, a la forma-valor), una nueva discursividad que idealiza la convivencia amistosa entre la vida y la plusvalía y que matiza las contradicciones de clase, junto a un gobierno y un Estado que amparan el crecimiento de nuevas franjas burguesas que están muy lejos de expresar “intereses nacionales y populares”. Más allá de discutir sobre condicionamientos y responsabilidades, esa es la índole de la realidad venezolana actual. En ese campo se jugará el destino de la Revolución Bolivariana.

La distancia de la Revolución Bolivariana “como Estado” respecto de su promesa no deja de afectar de mil modos a la Revolución Bolivariana

que pervive fuera del Estado (y, muchas veces, contra el Estado) como movimiento y conciencia popular, como experiencia de autodeterminación y autogobierno popular, como impulso restaurador de lo humano, como forma-Comuna. ¿Un sino fatal de las revoluciones? La idea es incompatible con el marxismo. Los destinos se provocan. Lo cierto es que el sacrificio (indirecto, gradual) de la segunda revolución en aras de la primera expone tendencias a la destrucción de lazos sociales y subjetividades emancipadoras; tendencias administrativas, institucionales (e institucionalistas) que contrarrestan las tendencias militantes y “misioneras”. Entonces, se trata de revertir esa lógica, de invertir el sentido del sacrificio. Paradójicamente, es la única vía para que la revolución perviva como “Estado y revolución”.

Conocimos a Reinaldo en Caracas hace casi diez años, cuando era ministro. Primero de Comunas y después de Cultura. Para nosotras y nosotros, su estampa anómala quedó asociada a una agenda estricta de transferencia de poder del Estado hacia las estructuras comunales, a un tipo de intervención política en la relación Estado-sociedad que busca hacer del primero un factor del fortalecimiento de la autonomía popular. A partir de su perfil como funcionario público constatamos la posibilidad de un Estado en contra de su propio mito y en transición a formas autosuperadoras, formas comunales. Un Estado con una inusual selectividad estratégica.

A través de Reinaldo y parte de su equipo vislumbramos la posibilidad de un círculo virtuoso entre lo instituido y lo instituyente, entre la *potestas* y la *potentia*; el albur del “buen gobierno” capaz de conjurar las inquietudes que, en diversos grados, contienen todas las instituciones, en especial las de naturaleza vertical y jerárquica. Concretamente: observamos cómo lo instituido se traducía en un conjunto de praxis que contribuían a la construcción de la hegemonía de las clases subalternas, al poder popular. Tomamos contacto con paradojas formidables y desafiantes: con el Estado compuesto como arena de la disputa hegemónica, con una gestión del Estado que buscaba tensionarlo al punto de hacerlo permeable a la lucha de clases. Cabe recordar que Louis Althusser decía que el Estado está hecho para no ser afectado por la lucha de clases.

A través de Reinaldo calibramos todo lo que puede aportar un político crítico, un intelectual orgánico y un hombre honesto e íntegro, al

desarrollo de la conciencia, la organización, la consistencia identitaria y las articulaciones cohesivas internas de los colectivos populares (autonomía) y a la apertura y porosidad de las instituciones tradicionales de la democracia burguesa con su estatalidad singular.

Reinaldo, en la escala propia de su función, no hacía otra cosa que replicar lo mejor de Chávez: no gestionaba y no corporativizaba la potencia popular, la alentaba, la celebraba. En Venezuela conocimos a muchas personas maravillosas que hacían (¡y hacen!) eso mismo. Sabemos que de un tiempo a esta parte se han replegado. Esas personas no aceptan la “lealtad resignada”, rechazan la despolitización del abajo, se aferran a su deseo y no dejan que ninguna maquinaria se los robe y lo tergiversar. “Hay una parte de nosotros que ha vuelto a ser invisible”, dice Reinaldo que, ahora, sin abandonar los oficios literarios, ha asumido los depurados oficios campesinos y se dedica a sembrar maíz. En efecto, Reinaldo es plenamente consciente del vínculo entre el duelo y la siembra. Sabemos, sin embargo, que subsisten en el gobierno y en el Estado personas empeñadas en alguna línea virtuosa, aunque –sospechamos, tememos– en entornos cada vez menos propicios y en relativa soledad.

Ahora bien... si las mediaciones políticas estatales, si las dirigencias opacas que solo saben ponerse al servicio de una objetividad impuesta no están a la altura del proyecto bolivariano y no paran de hundirse cada día en nuevos lodazales, si han firmado bajo cuerda la rendición incondicional y dejan que les crezca pellejo de opresoras y opresores; no es menos cierto que quedan cuerpos moldeados por una experiencia política radiosa y masiva, queda el recuerdo de la dialéctica intensa entre lo instituido y lo instituyente, entre la *potestas* y la *potentia*, queda Chávez como símbolo inmaculado presto a inspirar nuevas rebeldías. Queda el fantasma de Chávez.

Pero, sobre todo, queda un aprendizaje de la autonomía popular, un recóndito saber de lo que puede un pueblo. Queda un conjunto bien extenso de prácticas concretas de autogobierno popular; radiosos fragmentos de realidad donde todavía habita lo sagrado, invisibles rescoldos que siguen entibiando sueños emancipadores; espacios militantes que se tomaron en serio aquella orientación estratégica del Comandante: “La Comuna debe ser el espacio desde el cual vamos a parir el socialismo”.

En las comuneras y comuneros de Venezuela laten el *pathos*, el *ethos* y el *logos* de la Revolución Bolivariana. Ellas y ellos han sido y son las y los mejores intérpretes del poder popular. Hacedoras y hacedores de patria y patria, no son una simple “disidencia chavista”. Son mucho más que eso. Las comuneras y comuneros de Venezuela disputaron, se apropiaron y resignificaron en clave autogestionaria, deliberativa y de autogobierno, los mejores proyectos gubernamentales del chavismo. Han construido los enclaves más sólidos y unos contextos sustraídos a la corporativización y a la fugacidad de los artefactos participativos impulsados por el Estado. Chávez también sembró trincheras; refugios donde guarecernos de las tormentas, pero también puntos de partida para avanzar e incidir de manera determinante en el proceso histórico. Maduro durante un tiempo se abocó a una tarea similar. El pueblo recuerda y por eso conserva expectativas. A él, antes que nadie, lo sobrevuela el fantasma de Chávez. Los abordajes estatales y estatistas, ya sean complacientes o inflexibles con el oficialismo, no pueden o no quieren ver esto.

En su balance, Reinaldo deja en claro que lo aprendido, lo deseado, lo realizado, lo vivido, dejó importantes saldos a favor en la conciencia popular. Reinaldo convoca a defender esos saldos y a “ponerlos en valor”. Entre otros, la confianza en el abajo y la autoconfianza de las y los de abajo, un saber-hacer político plebeyo, una dignidad, un orgullo. También un sujeto político y militante reacio a la liquidez, resistente a las tendencias sistémicas que minan los afectos sociales.

Los saldos son políticos, culturales y sentimentales y no dejan de tener una cuota de materialidad. He aquí uno de los signos más distintivos del chavismo que adquiere cada día más relevancia. Lo que puede conjurar la fatiga militante. Lo único que puede hacer posible un “renacimiento revolucionario”, una nueva voluntad colectiva. Lo único que puede conmocionar al “arriba” y, tal vez, disuadirlo de las lógicas corporativas y recuperarlo en una versión radical. Queda, por lo tanto, un resto que es la base del recommienzo: la “gente como esta”. Entonces, para Reinaldo, es posible comenzar de nuevo. Afirmación ambigua: desoladora, por un lado, dado que plantea la necesidad de refundar pertenencias, sentidos colectivos, etc.; esperanzadora, por el otro. Reinaldo no busca disimular esa ambigüedad, sabe que es imposible evitar ser traspasadas y traspasados por ella.

El Imperialismo y las clases dominantes conocen muy bien los territorios y ligaduras donde radican las fortalezas del chavismo. Y no descartan ningún medio –directo o indirecto– para horadarlos y horadarlas. Incluyendo a una porción de las instituciones dizque revolucionarias que –solicitas– vienen contribuyendo a una “neoliberalización de facto de la sociedad venezolana”. El posibilismo, la resignación institucional, tienen efectos tan devastadores como las medidas coercitivas unilaterales impuestas por los Estados Unidos. La guerra económica es una variable incontrastable, como también lo es el hecho de que –a veces– se libre con las armas del enemigo. Lo que hace que las derrotas pesen el doble. El bloqueo imperialista, brutal e injusto, es replicado por las dirigencias gestoras que bloquean las iniciativas populares. Se ha perdido el hábito de las respuestas excepcionales a las situaciones excepcionales. Bajo estas condiciones, el mal menor, a la corta o a la larga, indefectiblemente será la antesala del mal mayor.

Situado en algunos fragmentos concretos de la utopía, en abierto ejercicio del realismo crítico, apostando por una escritura forjadora de militancias, Reinaldo asume el compromiso de desvelar este tiempo difícil y confuso, de brindar un testimonio coherente y consecuente con la Revolución Bolivariana. Es decir: un testimonio plenamente identificado con la revolución allí donde todavía quema y anhela, donde todavía sigue siendo y puede seguir siendo revolución, donde todavía se aloja una mística indispensable para hacer y andar nuevos caminos.

Con estocadas punzantes, con procedimientos *cuasi* proféticos, Reinaldo Iturriza nos ofrece una obra lúcida, cruda y honesta. Una obra valiente y profunda que acomete contra hipócritas y oportunistas, contra los elencos contrarrevolucionarios que se ceban en los errores y las penas populares, en nuestros errores y en nuestras penas. Una obra difícil de decodificar desde emplazamientos maniqueos, simplistas y unilaterales. Una obra que juzgamos necesaria porque se atreve a decir lo que para muchas y muchos parecía indecible.

Miguel Mazzeo

Lanús Oeste, Provincia de Buenos Aires, Argentina

7 marzo 2022

Introducción

Un primer balance general de la etapa post-Chávez

En el intervalo que va desde marzo de 2018, cuando, junto a otros compañeros, comencé a trabajar la tierra en una pequeña parcela muy cerca del predio que sirve de asiento a la Comuna Socialista El Maizal, y junio de 2020, pocos meses después de iniciada la cuarentena con motivo de la pandemia, escribí lo que hoy pudiera llamar una radiografía cultural del chavismo. Son veintiún textos que publiqué en Saber y poder entre junio y agosto de 2019, pero que en realidad escribí en menos de un mes, a razón de un texto diario, salvo los últimos de la serie.

La idea, o quizá más bien la necesidad de escribir un conjunto de textos sobre una temática que a mí mismo, por entonces, me resultaba un tanto indescifrable, me había estado rondando la cabeza durante semanas. La conversé con un par de amigos, intentando delinear los contornos de una eventual serie, identificando aquellos temas que nos acechaban. Sucedió entonces que, por primera vez en mucho tiempo, encontré un lugar para trabajar. En casa, donde trabajé durante tres años y medio, una vez fui liberado de mis responsabilidades en Cultura, llevaba algunos meses encerrándome en el estudio pasadas las 10 de la noche y hasta que despuntaba el alba. Estaba realmente exhausto. La oportunidad de un nuevo espacio me permitió reordenar el tiempo y algunas ideas. Entre ellas, la que finalmente dio lugar a la radiografía cultural del chavismo, cuyos textos integran este libro, sumados a otros dos, afines en temática: “Con gente como esta”, de julio de 2018, y “Comenzar de nuevo”, de junio de 2020. Uno lo abre, otro lo cierra, y ambos definen el título.

Inmediatamente después de la radiografía cultural del chavismo, me dispuse a saldar una deuda política y teórica de índole muy personal, y me concentré en lo que entiendo como la “cuestión económica”, un tema de estudio que había postergado durante mucho tiempo. La idea de que el liderazgo político de la revolución bolivariana simplemente había decidido,

en mal día, arrear sus banderas programáticas, renunciando en la práctica, y más allá de cualquier retórica, al socialismo del siglo XXI en tanto horizonte estratégico, para abrazar, sin más, el neoliberalismo, me resultaba no tanto insoportable, como puede serlo para el desengañado, sino sobre todo insuficiente. Tal prédica me parecía maniquea, engañosa y salpicada de moralina, como cualquier prédica que pretende explicar el curso de las cosas políticas a partir de esa circunstancia maldita que es la traición. El problema es que el relato oficial, que en teoría ha debido servir como soporte argumentativo de las medidas que se estaban adoptando en materia económica, fundamentalmente a partir de 2016, resultaba tan o más insuficiente que aquella prédica y, lo que es peor, algunas de aquellas medidas eran aplicadas en un clima de mucha opacidad, en ocasiones sin que mediara explicación pública alguna. Invariablemente, pretendía justificarse la supuesta inevitabilidad de cualquier decisión apelando a la realidad agobiante de la guerra económica, el bloqueo o las sanciones económicas. Predominaba en el ambiente la firme sospecha de que una parte muy importante de la explicación que, en una democracia, merecen las mayorías populares, nos estaba siendo escamoteada deliberadamente, a lo que habría que sumarle el insoportable estado de resignación que induce la idea misma de inevitabilidad, de que no tenemos más alternativas que aceptar el estado de cosas, por más intolerable que este sea.

En tal contexto, en octubre de 2019, comencé a trabajar en una serie que intitulé “Cuarentena”, lo que por cierto no guarda relación alguna con las circunstancias que debimos afrontar seis meses después, a propósito de la pandemia, sino con la idea, en boca de algunos voceros de la clase política antichavista, de que el chavismo debía ser tratado como una “enfermedad contagiosa”, y que por tanto lo que correspondía era el “completo aislamiento del país”, vía bloqueo comercial y político, planteamientos que se hacían tan temprano como en 2017. El uso y abuso de estas metáforas biologicistas me serviría como pretexto para incursionar en el análisis de los conceptos de biopolítica y gubernamentalidad, de Michel Foucault. Equivocado o no, pertinente o no, ese fue el punto de partida que elegí para comenzar a estudiar la “cuestión económica” y, más específicamente, para intentar comprender a profundidad el fenómeno del neoliberalismo. Este trabajo me

permitió elaborar algunas hipótesis y arribar a algunas conclusiones preliminares, sobre las que volveré más adelante.

Derrota y clausura

Antes de continuar es importante hacer una precisión: tanto la radiografía cultural del chavismo, y por tanto este libro, como luego “Cuarentena”, son al menos en parte la resultante de una derrota y de lo que podría llamarse una clausura. La que fue derrotada fue la tentativa imperialista de forzar un “cambio de régimen” en Venezuela, lo que debía suceder poco tiempo después de producirse la autoproclamación de Juan Guaidó como “presidente encargado”, el 23 de enero de 2019, con manifiesto apoyo estadounidense. Esa misma noche escribí el primero de una brevísima serie de artículos que fueron publicados por Telesur: “Escribo estas primeras líneas cerca de la medianoche del miércoles 23 de enero. La velocidad con la que se suceden los hechos obliga a ordenarlos. En la ruleta de la historia, hay truhanes apostándole fuerte al caos y la desmemoria”. Con caos me refería principalmente a la violencia: “Afuera, la violencia es un rumor lejano. Ese rumor ha vuelto a instalarse entre nosotros desde el día lunes: al llamado de un pequeño grupo de efectivos de la Guardia Nacional a desconocer al presidente Nicolás Maduro, ocurrido durante la madrugada, le han seguido varios focos de violencia en el oeste de la ciudad, en horas de la noche. Catia, El Valle, La Vega, La Pastora: todas parroquias populares”. Un par de días después, quedaba muy claro que, “a diferencia de 2014 y 2017, cuando la violencia se expresó fundamentalmente en los territorios controlados por el antichavismo, casi siempre en zonas acomodadas, en esta oportunidad se concentrarían en las zonas populares, al menos en una fase inicial”. Con desmemoria me refería al sistemático ocultamiento de las víctimas mortales de la violencia cuando estas eran chavistas, como ocurrió en abril de 2013, cuando el antichavismo pretendió desconocer la victoria electoral de Maduro: “Estos hechos no caben en el relato dominante porque la mayoría de las víctimas mortales eran chavistas, y ninguna antichavista. Pero ¿qué ha ocurrido en la sociedad venezolana desde entonces? ¿Qué traumas ha sufrido? ¿Qué mutaciones ha experimentado? ¿Qué explica que aquellas terribles circunstancias resulten

ajenas al propio chavismo?”. Entonces, recurrí a un término sobre el que volvería varias veces en los días subsiguientes: *shock*. “Desde entonces la sociedad venezolana está en *shock*, y esa es una historia de la que muy poco se ha contado. La importancia de contarla tiene que ver en buena medida con el hecho de que hay fuerzas muy poderosas interesadas en que nos quedemos sin memoria. Y contarla pasa también por recuperar nuestro lenguaje”. Acto seguido, delimitaba explícitamente el auditorio al que deseaba dirigirme: “Esto último vale no solo para quienes luchamos en Venezuela, sino para quienes, en cualquier parte del mundo, luchan por la igualdad y la justicia, y por evitar la catástrofe capitalista. La pérdida de capacidad heurística de nuestros marcos interpretativos es algo que nos afecta a todos por igual, en mayor o menor medida. Y para ser capaces de transformar primero es preciso comprender. Hoy Venezuela nos interpela. Nos plantea un serio desafío. Evadir el tema por tratarse de un asunto ‘tóxico’ no puede seguir siendo una opción. Tenemos que ser capaces de sobreponernos a la intoxicación discursiva de los poderes fácticos globales. Ya solo poner en duda el relato de la ‘crisis humanitaria’ es un paso importante. Lo que no significa, de ninguna manera, negar los graves problemas. Pero solucionarlos pasa por develar el entramado de relaciones de poder y saber tras aquel discurso. Nuestro punto de partida no puede ser precisamente aquello que es necesario explicar”.¹

Persuadido de la imperiosa necesidad de traducir a un público global el inminente peligro que se cernía sobre el país, decidí echar mano de un formidable libro, ampliamente conocido: “La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre”,² de Naomi Klein. Como intenté demostrar en el segundo artículo³ de la serie para Telesur, las declaraciones, y en general la actuación del Gobierno estadounidense, de los gobiernos latinoamericanos alineados bajo su mando, de los voceros de la Unión Europea, así como de la clase política antichavista, se inspiraban en la doctrina del *shock* neoliberal. Para cualquiera que hubiera leído el pormenorizado recuento histórico de Klein, era evidente que lo que se fraguaba contra Venezuela

1. Reinaldo Iturriza López. *El experimento venezolano*. Telesur, 27 de enero de 2019.

2. Naomi Klein. *La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre*. Paidós Ibérica. Barcelona, España. 2007.

3. Reinaldo Iturriza López. *Venezuela y el “capitalismo del desastre”*. Telesur, 31 de enero de 2019.

obedecía a la mecánica del capitalismo del desastre, de una forma que rayaba en lo manualesco.

Cuando “La doctrina del shock” fue publicado, en 2007, la terapia de *shock* económico neoliberal aplicada contra la sociedad venezolana en 1989, era un lejano recuerdo. Mucho había ocurrido desde entonces: la rebelión popular de febrero de aquel mismo año; la insurgencia de los militares bolivarianos en 1992; la fragua del chavismo, durante la segunda mitad de la década de los 90; la victoria electoral de Hugo Chávez, en 1998; la convocatoria a una Asamblea Nacional Constituyente y la redacción de una nueva Constitución, que sería refrendada popularmente, en 1999; el cruento golpe de Estado de 2002, que por cierto tuvo algo de doctrina del *shock*, pero que fue derrotado en menos de cuarenta y ocho horas por un contragolpe popular que restituyó a Chávez en la Presidencia; la resistencia popular contra el *lock out* empresarial y el paro-sabotaje de Petróleos de Venezuela, entre diciembre de 2002 y enero de 2003; la creación de las primeras Misiones, concebidas para saldar la enorme deuda social contraída durante décadas de gobiernos antipopulares; la victoria del chavismo en el referendo popular de 2004, que determinó la continuidad de Chávez en el poder; la holgada victoria electoral de Chávez en 2006, quien hacía poco se había declarado partidario de construir un “socialismo del siglo XXI”. De vuelta a enero de 2019, lo que también revelaba una relectura del libro de Klein era la manera como, a partir de la desaparición física de Chávez, en 2013, quizá el *shock* emocional, político y cultural fundante de la etapa que recién iniciaba, el país había comenzado a mutar, lenta pero obstinadamente, trocándose en un lugar en buena medida irreconocible para las generaciones a las que nos había correspondido la tarea de reconstrucción nacional durante los primeros años de la revolución bolivariana. Fueron muchas las descargas de electroshock que debimos soportar desde entonces: caída en picada de los precios del petróleo, violencia política, retirada estatal del mercado, *shock* de oferta, asedio económico, hiperinflación, *shock* de demanda, por nombrar solo algunas de ellas. La autoproclamación de Guaidó, con la nueva oleada de violencia que le acompañó, debía ser el último *shock*, el que diera al traste con lo que quedaba en pie de todo lo que habíamos conquistado. Este movimiento fue concebido como el inicio de la escalada definitiva, la cosecha de una siembra

destructiva de años, que había logrado infligir innumerables traumas a la población. Aquella tentativa tuvo su momento culminante el 23 de febrero, cuando debió concretarse la intervención militar “humanitaria” a través de la frontera con Colombia. Frustrada esta incursión por el Gobierno nacional, por su Fuerza Armada, por la movilización popular, la tentativa tuvo su final de opereta con el fallido intento de golpe de Estado del 30 de abril, al que dediqué el último de mis artículos para Telesur.⁴ Un mes después, me encontraba redactando los primeros textos de la radiografía cultural del chavismo.

En retrospectiva, estoy en posición de comprender cabalmente por qué me dediqué a realizar esta radiografía. Luego de aquella derrota política y militar del antichavismo, y en apariencia superado el último de sucesivos traumas nacionales, finalmente había lugar para un ejercicio que, aunque a primera vista tenía mucho de introspectivo, consistía realmente en un “examen de lo que somos” (“Radiografía sentimental del chavismo”), en la medida en que buena parte de lo escrito era el resultado de un fluido y permanente intercambio con muchos compañeros y compañeras de militancia. Me animaba la necesidad de realizar un retrato aproximado, una suerte de instantánea de lo que había terminado siendo el chavismo en el que nos reconocíamos. Igualmente me animaba el deseo de conjurar o confirmar una sospecha, que muchas veces habíamos rumiado en privado, y otras tantas la habíamos expuesto públicamente, pero como una amenaza latente: la sospecha de que se había producido una clausura, que una parte del chavismo había desaprendido cómo luchar, que había renunciado a la voluntad de transformar el estado de cosas. Pronto, en la medida en que escribía, la sospecha devino certeza: la clausura se expresaba en la “lealtad resignada” de cuadros dirigentes, en su burdo pragmatismo, en el abandono del “espíritu de escisión”, en palabras de Gramsci (“Leales pero resignados”); en la debilidad del oficialismo por la “política boba” (“Despolitizados, bobos” y “El no-lugar de la política”); en el ejercicio de la política “que no es capaz de empatizar con la tragedia popular” (“La tragedia humana”); en la “actitud vociferante de los conversos”, a propósito de la cual volví sobre el libro de Naomi Klein (“Conversos”); en el sectarismo de los “pocos, pero

4. Reinaldo Iturriza López. *Venezuela: de furibundos y simulacros*. Telesur, 5 de mayo de 2019.

irreductibles” de izquierda (“Irreductibles”); en quienes se aferran a Chávez como “salvador eterno” y que, en su ausencia, han optado por salvarse a sí mismos (“Duelo”); en la “nueva clase de burgueses” (“Burgueses”); en el funcionariado que no da la cara, no explica, no informa, y sobre todo no acompaña a la gente (“Servicios”); en la actitud de quienes, en lugar de defender la fortaleza, están en realidad saqueándola, y en el silencio frente al saqueo, porque “en fortaleza asediada cualquier disidencia es traición” (“Fortaleza asediada”); en la mala fe de los intelectuales que alguna vez militaron en el chavismo, y que luego se apresuraban a declarar el “fracaso” de la revolución bolivariana (“Mala fe”); en la impotencia de los indignados (“Cómo es posible”); en el muy conveniente “olvido” de que, además de nacional y popular, Chávez era un político de izquierda (“Izquierda”); en quienes ven “traidores y enemigos” en cualquier migrante venezolano (“Marchar, marcharse”); en quienes optan por una “defensa acrítica del Gobierno” (“Gobierno”). Hecho el examen, inevitablemente parcial, de lo que somos, fue relativamente sencillo concluir que, asumiéndonos como parte de una fuerza política atravesada por fuertes tensiones, era mucho lo que habíamos cambiado; que no era en lo absoluto cierto que habíamos sido capaces de superar, indemnes, aquellos traumas; que estos habían dejado una huella profunda en “el alma popular”, y que esta estaba mutando (“Presente y futuro”).

La potencia de la memoria

Irónicamente, el mismo libro al que había recurrido en enero de 2019 para denunciar la ofensiva y las pretensiones de los capitalistas del desastre, nos ofrece hoy un retrato del clima preponderante en 2006, particularmente en Latinoamérica, cuando aquellas mismas fuerzas se encontraban a la defensiva y, en algunos casos, en franca retirada. Por mucho que, dieciséis años después, aquella nos parezca una realidad ajena, extraña, irrepetible, la clave está en no ceder a la tentación de la nostalgia. Lo que narra Naomi Klein en el último capítulo de “La doctrina del shock” no debe ser leído como aquello que fuimos capaces de ser, sino fundamentalmente como aquello que,

en buena medida, aún define lo que somos, incluso si, por instantes, llega a parecernos inconcebible.

Por las razones que acabo de exponer, permítaseme hacer un apretado, y sin embargo extenso resumen de lo allí se plantea. Klein comienza por recordarnos que en aquel momento lo que predominaba era “una pérdida de fe generalizada en la promesa central del libre mercado”, entendiendo por tal la caricatura que del mercado ha difundido la prédica neoliberal: “que el aumento de riqueza revertirá en todos”. “En sus treinta y cinco años de historia, el programa de la Escuela de Chicago ha prosperado a través de la estrecha cooperación de poderosos empresarios, cruzados ideológicos y líderes políticos autoritarios. En 2006 muchas figuras clave de cada uno de estos tres campos estaban o bien en la cárcel o bien siendo juzgadas”. Había tenido lugar “un giro radical del mito de la creación neoliberal”. Si bien la “cruzada” neoliberal había conseguido revestirse de “una capa de respetabilidad y legalidad conforme progresó”, esa misma capa “estaba siendo levantada de forma muy pública, revelando debajo un sistema de enormes diferencias de riqueza que a menudo se habían forzado con la ayuda de medios groseramente criminales”. Los “efectos de los *shocks*” habían sido cruciales “para crear la ilusión de un consenso ideológico”, pero aquellos efectos “estaban empezando a desgastarse”. En buena medida, la eficacia de los *shocks* radica en su capacidad de persuadirnos de que serán permanentes, pero “la conmoción, por su propia naturaleza, es un estado transitorio”. En aquel entonces, muchos pueblos del mundo habían asumido que “el estado de *shock* había pasado por fin”, habían recuperado “el equilibrio, el valor y la confianza”, y estaban “dispuestos de nuevo a luchar por la igualdad económica y social”. Finalmente, habían comenzado a sacudirse el “miedo colectivo”. En este punto, Klein pasaba a centrar su atención en lo que estaba aconteciendo en América Latina.⁵

Refiriéndose a la altísima valoración de la democracia que hacían los pueblos de Uruguay y Venezuela, según los resultados de cierta encuesta, Klein concluía: “En otras palabras, en los dos Estados latinoamericanos

5. Naomi Klein. *La doctrina del shock*. Op. Cit. Págs. 579-581.

donde los resultados electorales supusieron un desafío real al Consenso de Washington, los ciudadanos han renovado su fe en el poder de la democracia de mejorar sus vidas. En marcado contraste con este entusiasmo, en países donde las políticas económicas no han cambiado a pesar de las promesas hechas durante las campañas, las encuestas muestran de manera consistente una erosión de la fe en la democracia, que se refleja en unos niveles de abstención cada vez más altos, en un profundo cinismo hacia los políticos". Estas últimas líneas pueden leerse como un eco de lo que ocurre actualmente en Venezuela. Pero sigamos con Klein: "En América Latina, primer laboratorio de la Escuela de Chicago, la reacción" contra el neoliberalismo "no está dirigida contra los débiles o vulnerables, sino que apunta directamente contra la ideología que es la base de la exclusión económica". Identificaba "un irreprimible entusiasmo por probar ideas que fueron subvertidas en el pasado". Eso que fue subvertido en el pasado fueron los experimentos de "socialismo democrático, entendiendo como tal no solo los partidos socialistas que alcanzaban el poder a través de elecciones libres, sino también las empresas y tierras dirigidas de forma democrática", algo que "había funcionado en muchas regiones". El socialismo democrático había logrado erigirse como una "tercera vía: no comunismo de Estado [y agregaría: no la descafeinada "tercera vía" de Tony Blair, en Reino Unido], sino mercados que coexistían con la nacionalización de bancos y minas, utilizando el dinero que estos daban para construir barrios residenciales dignos y buenas escuelas. Era una democracia tanto económica como política". El inconfesable "secreto" del neoliberalismo "es que estas ideas jamás fueron derrotadas en el campo de batalla de las ideas, ni tampoco fueron abandonadas por los ciudadanos en las elecciones. Fueron expulsadas a base de *shocks* aplicados en momentos políticos clave [...]. Precisamente porque el sueño de igualdad económica es muy popular y, por tanto, muy difícil de derrotar en una lucha justa, es por lo que se adoptó en un principio la doctrina del *shock*". Por eso, en Chile, fue aplastado a sangre y fuego el experimento socialista de Salvador Allende, aquel nefasto 11 de septiembre en 1973. "Los latinoamericanos de hoy están retomando el proyecto que fue brutalmente interrumpido hace tantos años. Muchas de las políticas que plantean nos resultan familiares:

nacionalización de sectores clave de la economía, reforma agraria, grandes inversiones en educación, alfabetización y sanidad”.⁶

Sobre los movimientos populares latinoamericanos, Klein destacaba que lo “más sorprendente es la aguda consciencia de que es necesario protegerse de los *shocks* del pasado: los golpes, los terapeutas del *shock* extranjeros, los torturadores formados en Estados Unidos, así como también del *shock* de las deudas y de las devaluaciones de los años ochenta y noventa”. Adicionalmente, a su juicio, “están aprendiendo a construir amortiguadores para los *shocks* en los modelos de organización que proponen. Son, por ejemplo, mucho menos centralistas que en la década de 1970, lo que hace más difícil desmovilizar todo un movimiento eliminando a unos pocos líderes”. Sobre la revolución bolivariana, afirmaba: “A pesar del sobrecogedor culto a la personalidad que rodea a Chávez y de sus intentos de centralizar el poder a nivel del Estado, las redes progresistas en Venezuela están a la vez muy descentralizadas, con el poder residente en las comunidades mediante miles de consejos de barrio y cooperativas [...]. Este enfoque de red es lo que permitió a Chávez sobrevivir al intento de golpe de Estado de 2002: cuando su revolución se vio amenazada, sus seguidores bajaron en masa de los barrios pobres que rodean Caracas para exigir su vuelta al poder, un tipo de movilización popular que no sucedió durante los golpes de los años setenta”. En realidad, si millones de venezolanos y venezolanas nos movilizamos para restituir a Chávez en el poder, es porque lo que estaba en juego era *nuestra* revolución, y no solo la de Chávez. Pero continuemos. Klein destacaba, correctamente, que Chávez había hecho de estas redes descentralizadas un asunto de “primer orden, dándoles derecho a optar primero a los contratos del gobierno y ofreciéndoles incentivos económicos para que comercien entre ellas [...]. Es la lógica opuesta a la privatización de los servicios del gobierno. En lugar de subastar fragmentos del Estado entre las grandes empresas y perder el control democrático sobre ellas, la gente que usa los recursos recibe también el poder para gestionarlos, creando, al menos en teoría, tanto puestos de trabajo para gestionarlos, como servicios públicos más eficientes”. Cerraba su repaso de la escena regional con las siguientes palabras: “Es

6. *Ibíd.* Págs. 582-589.

lógico que la revuelta contra el neoliberalismo se encuentre en sus fases más avanzadas en Latinoamérica. Puesto que fueron los primeros en someterse al [...] *shock* de laboratorio económico y político, los latinoamericanos han tenido más tiempo para recuperarse y reorganizarse. Los años de protestas en las calles han dado luz a nuevas agrupaciones políticas, y finalmente han logrado reforzarse, no para tomar el poder, sino para empezar a cambiar las estructuras de poder del Estado”.⁷

En las últimas páginas de su libro, Klein se detiene en la descripción de los mecanismos de la doctrina del *shock*, y en la manera de neutralizarlos y sobreponerse a sus efectos: “Cualquier estrategia basada en la explotación de la ventana de oportunidades que surge a raíz de un *shock* traumático descansa en gran medida en el elemento sorpresa. Un estado de *shock*, por definición, es un momento en el que se produce una pausa entre acontecimientos que se están sucediendo a gran velocidad y la información existente acerca de ellos [...]. Sin una historia, somos intensamente vulnerables frente a aquellos dispuestos a aprovecharse del caos para su propio beneficio; muchos de nosotros fuimos vulnerables después de aquel 11 de septiembre [de 2001, en Estados Unidos]. Tan pronto como disponemos de una nueva historia, una nueva forma de entender la realidad, que nos ofrece una perspectiva acerca de esos brutales acontecimientos, recuperamos nuestro sentido de la orientación y el mundo vuelve a ser comprensible”. Es decir, resulta fundamental construir colectivamente un relato riguroso, convincente, coherente, consistente, que nos haga inteligible la realidad. Justo a esto me refería en aquel artículo publicado en Telesur, a propósito de las falencias de nuestros marcos interpretativos. “Una vez se descubren y se entienden los mecanismos de la doctrina del *shock*, profunda y colectivamente, es más difícil atacar por sorpresa a las comunidades como un todo, resulta más complicado confundirlas: se vuelven resistentes al *shock*”. Si bien es cierto que “los terapeutas del *shock* se esmeran por borrar la memoria”, es igualmente cierto que “es posible crear nuevas narrativas. La memoria, individual y colectiva, es la respuesta más potente frente al *shock*”.⁸

7. *Ibíd.* Págs. 591-595.

8. *Ibíd.* Págs. 595-602.

El libro termina con algunos notables ejemplos de comunidades afectadas por un evento traumático que, no obstante, no reaccionaron con “regresión”. “A veces, frente a una crisis, crecemos”. “Todos estos ejemplos de colaboración popular en la reconstrucción de un territorio afectado por la guerra o el desastre siguen un mismo hilo conductor: la gente afirma que no solo se trata de reconstruir sus casas, sino también de curar sus heridas psíquicas, su trauma personal. Es perfectamente lógico. La experiencia universal de sufrir un gran *shock* se resume en el sentimiento de absoluto desamparo. Frente a fuerzas de incalculable potencia, los padres son incapaces de defender o salvar a sus hijos, los cónyuges se pierden el uno al otro, y los hogares, el lugar de protección por antonomasia, se convierten en trampas mortales. La mejor forma de superar esa indefensión consiste en ayudar, en tener derecho a formar parte de un proceso de recuperación colectivo [...]. Los esfuerzos de reconstrucción aquí descritos representan la antítesis del complejo *ethos* del capitalismo del desastre, con su búsqueda perpetua de la tabla rasa y las páginas en blanco sobre las cuales diseñar nuevos modelos de Estado. Como las cooperativas agrícolas e industriales latinoamericanas, son por naturaleza fruto de la improvisación, y emplean las herramientas oxidadas que están a mano, que no estén rotas, que no hayan desaparecido, en suma [...]. No se proponen hacer borrón y cuenta nueva, sino más bien hacer acopio de todos los errores, los restos, los escombros y las ruinas y reconstruirlo todo a partir de ellos”. Estos hombres y mujeres, “arraigados en las comunidades en las que viven [...], se consideran meros reparadores, tomando lo que encuentran y arreglándolo, reforzándolo, haciéndolo mejor y más equitativo. Sobre todo, hacen acopio de resiliencia. Para cuando llegue el próximo *shock*”.⁹ Un espíritu muy similar me animaba cuando escribí “Con gente como esta”, el primer texto de este libro: rendir tributo a esos hombres y mujeres.

El pasado todavía no ha ocurrido

En abril de 2020, apenas dos meses antes de redactar “Comenzar de nuevo”, el texto que cierra este libro, me encontraba inmerso en el trabajo de

9. *Ibid.* Págs. 601-605.

“Cuarentena”, leyendo a raudales y tomando notas. Fue entonces cuando leí por primera vez un libro que considero fundamental para comprender el signo de nuestros tiempos: “Realismo capitalista”, de Mark Fisher.¹⁰ En mi primera y única incursión en YouTube quise dar cuenta parcial de aquel descubrimiento.¹¹

Es cierto que “Realismo capitalista” fue escrito en Reino Unido, es decir, en un país ubicado en lo que Fernand Braudel definía como una “zona intermedia” alrededor del “pivote central” de la economía-mundo capitalista, lugar que todavía ocupa Estados Unidos, aunque todo parece indicar que más temprano que tarde será desplazado por China. Venezuela, en cambio, está situada en una de las “zonas marginales”, caracterizadas por su

10. Mark Fisher. *Realismo capitalista. ¿No hay alternativa?* Caja Negra Editora. Buenos Aires, Argentina. 2016.

11. Reinaldo Iturriza. (22 de abril de 2020). *La pandemia y el realismo capitalista*. [Archivo de video]. YouTube. <https://youtu.be/pR7E4GIRsoA>

Entonces comentaba: “La primera semana de cuarentena veíamos en casa la película ‘Niños del hombre’, de Alfonso Cuarón, que transcurre en una Londres distópica, en el año 2027. En la película, la propagación de cierto virus, sobre el que no tenemos mayores noticias, ha impedido la concepción de nuevos seres humanos durante los últimos veinte años. Entre otros detalles que saltan a la vista, podemos ver terribles imágenes de inmigrantes encerrados en jaulas, además en pleno espacio público. Pero ¿es realmente una película distópica o, como sucede con las mejores obras de ficción, nos habla menos de un futuro improbable que de una realidad presente que exige cambios radicales? En nuestro tiempo presente, un virus ataca con particular saña no a niños y niñas, sino a las personas de la tercera edad. Y aquellas escenas de inmigrantes enjaulados nos recuerdan a las jaulas en territorio estadounidense, en las que encierran a los migrantes provenientes de Centroamérica, separando, por cierto, a niños y niñas de sus padres y madres. También nos recuerdan a los campos de refugiados en la civilizada Europa. Comentando esta misma película, Mark Fisher definía el concepto de ‘realismo capitalista’. Fisher se refería a ese sentido común, tan arraigado en nuestro tiempo, según el cual el capitalismo es el único sistema político y económico viable, resultándonos imposible imaginar una alternativa coherente. El punto es que, si suscribimos este sentido común, solo es posible imaginar el apocalipsis. Y frente al apocalipsis, como es bien sabido, solo cabe el sálvese quien pueda. No es necesario apelar a las obras de ficción para imaginar el apocalipsis como única realidad concebible. Pongamos un solo ejemplo: a finales de enero, es decir, un mes y medio antes de los primeros casos confirmados de COVID-19, la Federación Médica Venezolana hizo público un comunicado en el que declaraba la inminencia de un ‘holocausto de la salud’ y vaticinaba ‘una verdadera masacre epidemiológica que nos pudiera llevar al exterminio’ en Venezuela. Como quiera que la terca realidad describe una situación muy distinta del panorama catastrofista de la Federación Médica Venezolana, es oportuno rescatar algo que advertía recientemente Claudio Katz: es inconveniente apuntalar ‘discursos que potencian el susto, la inacción o la impotencia. Los mensajes formalmente realistas de un próximo colapso son contraproducentes si intensifican el pesimismo. Esa desazón aumenta con los presagios de totalitarismo o inexorable triunfo de la «doctrina del shock», que se propagan previendo mayores sufrimientos de la población y posteriores recomposiciones del statu quo. Esas miradas omiten que la conmoción actual también genera oportunidades para un gran cambio’. Un cambio radical es lo que exige nuestro tiempo presente. No perdamos eso de vista”.

condición de “subordinadas y dependientes, más que participantes”, y en las cuales “la vida de los hombres evoca a menudo el purgatorio, cuando no el infierno”.¹² Tal circunstancia determina, inevitablemente, que algunas de las cuestiones sobre las que reflexiona Fisher nos resulten poco familiares, aun cuando estas terminen afectándonos en mayor o menor grado, como aquellos pasajes en los que explica el profundo impacto que, para el país europeo, supuso la ascensión del posfordismo. Pero más allá de lo geográfico y sus implicaciones económicas, circunstancias de otra naturaleza, relativas al tiempo histórico, hubieran podido hacer del libro de Fisher, en caso de haberlo leído en 2009, cuando fue publicado, un documento inasible, que nos hablaba de una realidad tan distinta a la nuestra que casi hubiéramos podido concluir que vivíamos en mundos paralelos. De alguna forma así era: aquel final de década, quizá como nunca antes en su historia, la vida de las mayorías populares venezolanas estaba muy lejos de evocar el infierno, aunque fueran muy conscientes de que tampoco vivían en el paraíso, y para seguir con las metáforas de Braudel. En lugar de haber sido cancelado, el futuro aguardaba como una promesa. Frente a nosotros, el horizonte se ensanchaba, pleno de posibilidades. Florentino no solo había sido capaz de derrotar al diablo, sino que lo retaba a nuevos contrapunteos. Todavía se escuchaba el eco, fuerte y claro, de las palabras de Chávez ante la Asamblea General de Naciones Unidas, en septiembre de 2006: “Ayer el diablo estuvo aquí, huele a azufre todavía”, refiriéndose al mandatario estadounidense, George W. Bush. Dos años más tarde, y aunque pueda parecer una anécdota intrascendente, Venezuela ostentaba el récord Guinness como el país más feliz del mundo. Las mayorías rebosaban confianza y dignidad: el país sería capaz de dejar atrás su condición subordinada y dependiente.

Todavía en 2013, Venezuela ofrecía un fuerte contraste respecto de lo ocurría en buena parte del planeta. Un brevísimo y sentido texto de Jorge Riechmann, escrito a propósito de la desaparición física de Chávez, testimonia lo que aquí afirmo: “Las estrategias de huida hacia adelante que está practicando la plutocracia que nos gobierna no tienen futuro –y nos privan

12. Fernand Braudel. *La dinámica del capitalismo*. Fondo de Cultura Económica. México. 2014. Págs. 88–89.

de futuro. Vaciar de contenido la democracia, destruir los sistemas de protección social, reforzar aún más la dominación del capital sobre el trabajo, explotar los recursos naturales como si fuesen infinitos o ahondar en un modelo energético radicalmente insostenible nos acercan a abismos de sufrimiento humano que las mayorías sociales aún no calibran. Todo indica que el siglo XXI será terrible”. No obstante, continuaba Riechmann, “en esta difícilísima tesitura, las esperanzas donde podemos hacer pie nacen sobre todo en América Latina. El socialismo del siglo XXI de Hugo Chávez y sus compañeros, el neozapatismo mejicano, el Buen Vivir (sumak kawsay, suma qamaña) de las comunidades andinas, son sendas practicables hacia otras formas de vida humana donde ‘libertad’ o ‘sostenibilidad’ no sean las palabras huera en que se han convertido estos términos dentro de los discursos dominantes”. Concluía: “Visité Venezuela el pasado verano, en una estancia de varias semanas. Por primera vez en mi vida, me encontré en una situación en la cual uno ¡podía estar a favor del gobierno! Resultaba algo tan insólito, una anomalía histórica de tal calibre, que uno no acababa de estar descolocado. ¿Recuerdan ustedes aquello que decía el poeta: que una patria, amigo, es un país con justicia? Bueno, la República Bolivariana de Venezuela no es todavía un país con justicia, pero en los últimos años se había puesto en camino hacia ello. Ojalá pueda seguir caminando ese camino, ahora que falta Hugo Chávez”.¹³ Ciertamente, todavía no era un país con justicia: en la presentación del que sería su programa de gobierno para el período 2013-2019, el mismo Chávez había advertido: “No nos llamemos a engaño: la formación socioeconómica que todavía prevalece en Venezuela es de carácter capitalista y rentista”. Aquel era un “programa de transición al socialismo y de radicalización de la democracia participativa y protagónica”. Puntualizaba: “el socialismo apenas ha comenzado a implantar su propio dinamismo interno entre nosotros”.¹⁴ El 20 de octubre de 2012, reunido con su consejo de ministros pocos días después de haber sido reelecto como Presidente, Chávez

13. Jorge Riechmann. *La insólita anomalía de poder estar a favor del gobierno*. Público, 6 de marzo de 2013.

14. *Propuesta del Candidato de la Patria, Comandante Hugo Chávez, para la Gestión Bolivariana Socialista 2013-2019 (Plan de la Patria 2013-2019)*. Comando de Campaña Carabobo. Caracas, Venezuela. 11 de junio de 2012. Pág. 2.

ofrecería el último de sus grandes discursos programáticos, más tarde conocido como “Golpe de timón”. El hilo transversal de su reflexión pública, que se extendió durante más de tres horas, volvió a ser el de la transición al socialismo, con especial énfasis en los innumerables obstáculos que habría que sortear.¹⁵

Muchas cosas habían cambiado en 2020. El estado de resignación inducido por la idea de inevitabilidad, de que no tenemos otra alternativa que aprender a lidiar con el estado de cosas, a la que me refería antes, hacía que la definición misma de “realismo capitalista” adquiriera aires de renovada familiaridad: “la idea muy difundida de que el capitalismo no solo es el único sistema económico viable, sino que es imposible incluso imaginarle una alternativa”.¹⁶ El presente descrito por Fisher nos había alcanzado.

En un texto de 2016, el borrador de la introducción de su libro inconcluso “Comunismo ácido”, y en coincidencia con Naomi Klein, Fisher afirmaba: “Si hubo un acontecimiento fundador del realismo capitalista, se trató de la violenta demolición del gobierno de Salvador Allende en Chile por parte del golpe del General Pinochet, apoyado por los Estados Unidos. Allende estaba experimentando con una forma de socialismo democrático que ofrecía una alternativa real tanto al capitalismo como al estalinismo. La destrucción militar de la presidencia de Allende, y las encarcelaciones y torturas masivas que vendrían después, son apenas el ejemplo más violento y dramático de los esfuerzos del capitalismo para aparecer como el único modo ‘realista’ de organizar la sociedad. En Chile no solo se terminó con una nueva forma de socialismo; el país, además, se transformó en un laboratorio en el que se ensayaron las medidas que luego se lanzarían en otros centros del neoliberalismo (desregulación financiera, apertura de la economía al capital extranjero, privatización). En países como los Estados Unidos y el Reino Unido, la implementación del realismo capitalista fue mucho más gradual y, además de la represión, incluyó incentivos y tentaciones. Pero el efecto final fue el

15. Hugo Chávez Frías. *Intervención durante reunión del Consejo de Ministros*. Todo Chávez en la Web. Instituto de Altos Estudios del Pensamiento del Comandante Hugo Chávez. Caracas, Venezuela. 20 de octubre de 2012.

16. Mark Fisher. *Realismo capitalista*. Op. Cit. Pág. 22.

mismo: extirpar la idea de un socialismo democrático o un comunismo libertario”.¹⁷ Pero esta notable coincidencia no es lo más importante. Lo que encuentro más sugerente en Mark Fisher es su voluntad de redoblar la apuesta de Naomi Klein: no se trataría solo de recuperar la memoria individual y colectiva, creando nuevas narrativas, sino de asumir que “el pasado todavía no ha ocurrido”, que “constantemente hay que volver a narrar el pasado”, precisamente porque “el objetivo político de los relatos reaccionarios es sofocar los potenciales que aún esperan en él, listos para ser despertados otra vez”.¹⁸

Sofocar los potenciales que aún esperan en el pasado: esta sola idea ya es extraordinariamente potente. ¿Qué otra cosa es el relato antichavista si no una gigantesca y pertinaz empresa por sofocar los potenciales que aún anidan en aquel momento histórico en que el socialismo apenas había comenzado a caminar entre nosotros? Con el propósito de privarnos de futuro, como diría Riechmann, el antichavismo forjó un eficaz relato cuyo punto de partida fue suprimir el pasado, narrándolo a conveniencia. Súbitamente desapareció de la escena el gran problema estratégico que nos planteábamos entonces: el de la transición al socialismo. Según aquel relato, el socialismo no solo habría continuado su camino, sino que habría terminado por prevalecer, conduciéndonos a una tragedia casi inenarrable, a un insondable abismo de privaciones materiales y espirituales, a una pesadilla de la que no logramos despertar. Luego, en el presente, y como por supuesto es inconcebible plantearse una alternativa distinta del capitalismo, este relato nos satura con postales del apocalipsis y numerosos ejemplos de las que ya quisiera fueran todas profecías autocumplidas.

La eficacia de este relato, que sin lugar a dudas ha prendido en el sentido común, es que, al menos en principio, exime al antichavismo de cualquier responsabilidad: en el presente, en la medida en que se limita a asumir el papel de víctima; de rendir cuentas sobre todo lo que hizo y continúa haciendo para que las potencialidades del pasado (construir un país con justicia) no se realicen; y de plantear una propuesta de cara al futuro.

17. Mark Fisher. *Comunismo ácido. Introducción inconclusa*, en: *K-Punk*. Volumen 3. Escritos reunidos e inéditos. Caja Negra Editora. Buenos Aires, Argentina. 2021. Pág. 125.

18. *Ibid.* Pág. 129.

En tanto que lo único que tiene para ofrecer es más neoliberalismo, el futuro de las mayorías populares se vería constreñido a un tiempo por venir cuya única diferencia respecto del presente estribaría en que, habiendo retomado el control del Estado, el antichavismo podría ejercer a sus anchas el rol de victimario. Más que realmente futuro, pura y simple reducción al absurdo.

Fisher se interrogaba: “¿Y si el éxito del neoliberalismo no fuera la demostración de la inevitabilidad del capitalismo, sino un testamento de la magnitud de la amenaza planteada por el fantasma de una sociedad que podía ser libre?”.¹⁹ En nuestro caso, tendríamos que comenzar por asumir que el ruinoso estado de cosas en el presente es consecuencia de la conjura del peligro que representaba el espectro de un país con justicia. Para estar en posición de ser portavoces de una política con futuro tendríamos que asumir, igualmente, que el socialismo del siglo XXI, más que una cosa del pasado, es el pasado que todavía no ha ocurrido, y que por tanto corresponde volver a narrarlo. Volver a narrarlo significa asumir que el actual estado de cosas no guarda relación alguna con el socialismo, ni siquiera con el socialismo del siglo XX, sino que es *capitalismo real* puro y duro, y que lo que terminó prevaleciendo, a despecho del relato antichavista, fue el realismo capitalista retratado por Fisher; significa, insisto, asumir que el socialismo apenas había comenzado a implantarse entre nosotros, que estábamos en transición *hacia*, pero en algún punto esa trayectoria se vio interrumpida. Como lo he planteado en otra parte, “en lo absoluto puede considerarse a la revolución bolivariana como un proyecto fracasado, sino como un proyecto inacabado”.²⁰

Futuros perdidos

Si el antichavismo de elites se juega la vida en el empeño por espantar el fantasma de un país con justicia, el chavismo con arrestos revolucionarios tendría que hacer justo lo contrario. Tendríamos, por tanto, que hacer un poco

19. *Ibíd.* Pág. 130.

20. Reinaldo Iturriza López. *Hasta el 2021. Siete lecciones y un horizonte*. Saber y poder, 13 de enero de 2021.

de “hauntología”, tal y como la definía Fisher, aún si esto implica aprender a lidiar, inevitablemente, con cierta melancolía: “En términos de Freud, tanto el duelo como la melancolía tienen que ver con la pérdida. Pero mientras el duelo es la lenta y dolorosa retirada de la libido del objeto perdido, en la melancolía la libido aparece unida a lo que ha desaparecido [...]. La hauntología puede ser construida entonces como un duelo fallido. Se trata de negarse a dejar ir al fantasma o –lo que a veces es lo mismo– de la negación del fantasma a abandonarnos”. El espectro de un país con justicia “no nos permitirá acomodarnos en las mediocres satisfacciones que podemos cosechar en un mundo gobernado por el realismo capitalista”.²¹ Bienvenido sea entre nosotros el espectro. Uno de los textos de este libro, “Duelo”, puede ser leído como un ejercicio de hauntología. Solo ahora puedo comprender por qué me resultó tan difícil escribirlo, por qué tuve que comenzar, borrar y recomenzar de nuevo, una y otra vez: estaba dándome de bruces con la melancolía. Tras la desaparición física de Chávez, lo que no debe permanecer entre nosotros es la figura mitificada. No se trata de olvidar a Chávez, el hombre de carne y hueso a fin de cuentas inolvidable, sino al mito que nos hace olvidarnos de nosotros mismos. Chávez como el fantasma que se niega a abandonarnos. Duelo fallido, que no quiere serlo, porque no deseamos acomodarnos a la realidad, sino cambiarla; como invocación de los fantasmas que nos acompañarán a rebelarnos. “Algo similar al duelo, pero no exactamente”, escribía en “Radiografía sentimental del chavismo”. El último texto, “Comenzar de nuevo”, es también un ejercicio de hauntología: “Porque hoy no estamos todos los que somos. Una parte pareciera haber desaparecido de nuevo. Hay una parte de nosotros que ha vuelto a ser invisible. Y nos perturba pensar en lo intolerable que puede resultar para una parte de eso que somos, ser invisibles una vez más”. Son líneas cargadas de cierta melancolía, pero de una que “consiste en la negación a ajustarse a lo que las condiciones actuales llaman ‘realidad’, incluso si el costo de esa negación es que te sientas como un paria en tu propio tiempo”.²² Como ha escrito Daniel Bensaïd: “Cuando la resig-

21. Mark Fisher. *Los fantasmas de mi vida. Escritos sobre depresión, hauntología y futuros perdidos*. Caja Negra Editora. Buenos Aires, Argentina. 2018. Págs. 48–49.

22. *Ibíd.* Pág. 51.

nación y la melancolía suceden al éxtasis del acontecimiento, cuando el aburrimiento se insinúa en el amor acostumbrado, se impone el imperioso deber de ‘no adaptarse a esos momentos de fatiga’”.²³ Frente a la realidad fatigosa que nos invita a la resignación, oponer “una melancolía que no ignora el doloroso divorcio entre lo probable y lo posible, pero que se aferra a superarse, a pesar de todo, con y contra todo”; una melancolía que “ante la firme certeza de la incertidumbre, afronta el peso de la duda, sin poder librarse de ella. La esperanza no va entonces sin una dosis asumida de pesimismo”.²⁴

¿Invocar los espectros de un país con justicia, de un Chávez desmitificado, del socialismo del siglo XXI, asumirnos como hombres y mujeres en duelo fallido, implica abandonarnos a la nostalgia? Según Fisher, “la pregunta debería ser: ¿*nostalgia de qué?* Es raro tener que aclarar que comparar el presente de un modo desfavorable con el pasado no es algo automáticamente nostálgico o culposo [...]. Es la tendencia a sobreestimar falsamente el pasado la que provoca que la nostalgia sea mayor”. En nuestro caso, muy por el contrario, lo que estamos subestimando es el pasado, sobre el que pesa “una mitificación monstruosa”, llevada a cabo por el relato antichavista. “A la inversa, nos vemos inducidos a sobrestimar falsamente el presente; y aquellos que no pueden recordar el pasado, están condenados a que le vendan ese mismo pasado una y otra vez, indefinidamente”.²⁵ Lo que debemos ser capaces de comprender es por qué terminó prevaleciendo esta subestimación del pasado. Si bien aquellos años en que nos habíamos puesto en camino de construir un país con justicia fueron mucho mejores “de lo que el neoliberalismo hoy quiere que recordemos, debemos reconocer que la distopía capitalista [...] no es algo que simplemente nos impusieron, sino que fue construida a partir de nuestros propios deseos capturados”.²⁶ Así, por ejemplo, me atrevería a afirmar que fue capturado nuestro deseo de vivir en un país con una robusta economía de mercado. Tan hondo ha calado el relato

23. Daniel Bensaïd. *Resistencias. Ensayos de topología general*. El viejo topo. Madrid, España. 2006. Págs. 17-18.

24. Daniel Bensaïd. *Une radicalité joyeusement mélancolique. Textes (1992-2006)*. Textuel. Paris, France. 2010. Págs. 180-181.

25. Mark Fisher. *Los fantasmas de mi vida. Op. Cit.* Págs. 52-53.

26. *Ibíd.* Pág. 53.

antichavista que una afirmación tal hoy podría ser considerada un anatema. Pero, ¿realmente son incompatibles el socialismo del siglo XXI y la economía de mercado? En lo absoluto, siempre y cuando nos desmarquemos del relato neoliberal y volvamos a Fernand Braudel.

En “Impensar las ciencias sociales”, Immanuel Wallerstein hacía un brillante resumen de lo expuesto por Braudel en su monumental “Civilización material, economía y capitalismo”. Vayamos a lo básico: “Braudel comienza haciendo una analogía con una casa de tres pisos: la planta baja, que representa la vida material ‘en el sentido de una economía muy elemental’ [...]; el segundo piso que suele llamar ‘vida económica’; y el tercer piso o azotea, al que designa como el ‘capitalismo’ o a veces el ‘capitalismo verdadero’”. Esta “vida económica” comprende lo que Braudel entiende por economía de mercado. El capitalismo, en cambio, y en sentido estricto, sería un “contramercado”. Pero sigamos con Wallerstein: “Empieza por distinguir la vida económica desde la planta baja. Con la vida económica ‘saldremos de la rutina, de lo cotidiano inconsciente’ de la vida material. A pesar de esto estaba involucrada en ‘regularidades’, pero estas se derivaban de procesos de mercado que ayudaban a organizar y reproducir una división ‘activa y consciente’ del trabajo [...]. Por lo tanto el mundo de estos mercados era uno ‘donde cada uno puede saber anticipadamente, instruido por la experiencia común, cómo se desarrollarán los procesos de intercambio’ [...]. De modo que una actividad abierta, consciente de sí misma, distinguía la vida económica de la vida material, el dominio del consumo y de la producción para el consumo inmediato [...]. La economía de mercado era un mundo de realidades claras, ‘transparentes’, y fue con base en los ‘procesos fáciles de captar’ que ocurrían dentro de ellas como se fundamentó originalmente el lenguaje de la ciencia económica. Encima y debajo del mercado, en cambio, las zonas eran ‘sombrias’ u opacas. La zona inferior, la de la vida material, ‘con frecuencia es difícil de observar por la falta de documentación histórica’. Su opacidad radica en la dificultad que tiene el analista para observarla. La zona de encima, por otra parte, la zona del capitalismo, también era opaca, pero ahora porque los capitalistas así lo deseaban. Era la zona donde ‘grupos de actores privilegiados se introducían en circuitos y cálculos que el común de los mortales ignora’. Practicaban ‘un arte sofisticado, abierto,

como mucho, a unos cuantos privilegiados'. Sin esta zona 'por encima de la claridad de la economía de mercado', la existencia del capitalismo, es decir, del 'dominio por excelencia del capitalismo' era inconcebible [...]. La zona de mercado [...] era una zona de 'exiguos beneficios [...] que no parece odiosa'. Las actividades 'apenas se destacan del trabajo ordinario'. Qué diferente era del capitalismo real 'con sus redes poderosas y sus juegos que parecen diabólicos al común de los mortales' [...], la zona de 'beneficios excepcionales' [...]. El mercado viene a ser una liberación, una apertura, el acceso a otro mundo. Es vivir de puertas hacia afuera' [...]. En un principio, el contramercado prosperaba particularmente en el comercio sobre largas distancias. Sin embargo, no era la distancia *per se* la que explicaba las altas ganancias. 'La superioridad indiscutible del [...] comercio a distancia, radica en la *concentración* que permite, y que hace de este un motor sin igual para la reproducción y rápido aumento del capital' [...]. Braudel define la vida económica como aquellas actividades que son en realidad competitivas. El capitalismo se define como la zona de concentración, la zona de un grado relativamente alto de monopolización, es decir, el contramercado [...]. La zona de la economía de mercado era una zona de 'comunicaciones horizontales entre los diferentes mercados [...]: cierto automatismo enlaza oferta ordinaria, demanda y precios' [...]. La zona del capitalismo era en esencia distinta. 'Los monopolios son asunto de fuerza, de astucia, de inteligencia' [...]. Pero más que nada de poder".²⁷ En este punto es preciso hacer una pausa.

Una pausa para dejar por sentado, de una vez, que la apuesta estratégica inherente a la idea-fuerza de socialismo del siglo XXI jamás significó algo siquiera parecido a un improbable "retorno" a las formaciones sociales precapitalistas, una suerte de "vuelta" a aquellos tiempos idílicos en que la "vida económica" florecía y la humanidad había logrado conjurar la concentración de capital y, por tanto, la aparición de los primeros monopolios. Tampoco significó estatizar por completo la actividad económica, nacionalizando compulsivamente, ni perseguir hasta eliminar de cuajo

27. Immanuel Wallerstein. *Braudel y el capitalismo, o todo al revés*, en: *Impensar las ciencias sociales*. Siglo XXI Editores. México. 1999. Págs. 227-230.

la iniciativa privada, ni desconocer el derecho de propiedad, expropiando a diestra y siniestra, ni edificar un régimen totalitario que ejerciera el control de la población mediante la administración de la escasez, como dicta el relato antichavista. Muy por el contrario, aquella fue siempre una apuesta por demás “realista”, pero no en el sentido, por supuesto, del realismo capitalista, y tampoco en cualquier sentido que pueda asociarse a las experiencias de “socialismo real”. Fue “realista” en tanto que, en efecto, ya entonces estaban dadas las condiciones históricas para que la sociedad venezolana se planteara el problema de cómo transformar su realidad, modificando, entre otras cosas, una estructura económica caracterizada por la subordinación y la dependencia. Fue “realista” en el sentido de que nunca implicó hacer tabla rasa, decretando el fin de los monopolios y, más allá, procediendo al exterminio de los agentes capitalistas, sino comenzar a construir algo digno de llamarse economía de mercado, una esfera de la que millones de seres humanos habían sido simplemente expulsados. Fue “realista”, igualmente, en la medida en que significó una apuesta por la recuperación del papel del Estado como reglamentador de la vida económica, lo que pasaba, entre otros asuntos, por ir sentando las bases, de manera progresiva, para que fuera posible la coexistencia entre distintas formas de propiedad, con especial énfasis en la propiedad social. En suma, fue “realista” porque a la fuerza, la astucia y la inteligencia de los monopolios, oponía la fuerza, la astucia y la inteligencia del Estado y del pueblo organizado.²⁸

28. Relataba Chávez: “En una ocasión me decía un Presidente neoliberal que ya se fue del Gobierno de su país [se refería probablemente a Vicente Fox, ex mandatario mexicano] [...]: ‘Chávez está negando el mercado’. Eso fue en una Cumbre allá, cuando enterramos el ALCA, en Mar del Plata, en Argentina [IV Cumbre de las Américas, noviembre de 2005]. Y yo le dije: ‘No, Presidente, usted está equivocado, usted está falseando mis argumentos para tratar de debilitarlos’. ¡Ah! Porque estaba ahí aquel que fue jefe del imperio [George W. Bush], que no lo voy a nombrar, ¿ves? Ahí estaba sentado, entonces algunos presidentes querían lucirse delante del jefe, del amo, y bueno, este Presidente decía: ‘No, el presidente Chávez no sé de dónde sacó esa tesis, atacando el mercado’. Y le dije: ‘No, Presidente, ni yo ni nadie puede negar el mercado, el mercado es tan antiguo como la humanidad misma. Lo que nosotros atacamos es el llamado ‘libre mercado’, que no es libre ni es nada, es uno de los mecanismos que creó el capitalismo para expropiar al pueblo’”.

En: Hugo Chávez Frías. *Intervención durante acto de conmemoración del 52 aniversario del 23 de enero de 1958*. Todo Chávez en la Web. Instituto de Altos Estudios del Pensamiento del Comandante Hugo Chávez. Caracas, Venezuela. 23 de enero de 2010.

El tema de la fuerza, es decir, del poder, escribía Wallerstein, “nos lleva a la función del Estado. Braudel señala dos puntos a este respecto: uno referente al Estado como reglamentador, otro referente al Estado como garante, y su planteamiento es paradójico. Como reglamentador, el Estado cuida la libertad; como garante, la destruye. Su lógica es la siguiente: el Estado como reglamentador implica el control de precios. La ideología de la libre empresa, una ideología al servicio de los monopolistas, siempre ha atacado las múltiples formas de control de precios por parte de los gobiernos, pero para Braudel el control de precios aseguraba la competencia: ‘El control de precios, argumento esencial para negar la aparición antes del siglo XIX del «verdadero» mercado autorregulador, ha existido en todo tiempo y aún hoy. Pero, en lo que respecta al mundo preindustrial, sería un error pensar que las tarifas de los mercados suprimen el papel de la oferta y de la demanda. En principio, el control severo del mercado está hecho para proteger al consumidor, es decir, a la competencia’ [...]. En este caso la función del Estado consistía en contener las fuerzas del contramercado, ya que los mercados privados no surgieron nada más para promover la eficiencia, sino también para ‘eliminar la competencia’. Sin embargo, el Estado también era garante, un garante del monopolio, incluso su creador”, luego de lo cual Wallerstein, siguiendo Braudel, procedía a enumerar algunos ejemplos históricos.²⁹ Volviendo al tiempo presente, Fischer señalaba: “desde sus comienzos el neoliberalismo dependió en secreto del Estado, incluso si fue ideológicamente capaz de denostarlo”.³⁰ El problema, en suma, no es realmente el Estado, sino el Estado *realmente existente*: si este desempeña la función de reglamentador o de garante de las fuerzas monopolísticas.

En “Cuarentena” he asomado tres hipótesis de trabajo: la primera de ellas es que se ha producido una neoliberalización de facto de la sociedad venezolana, fenómeno que guarda relación directa con la pérdida de capacidad estatal para reglamentar la economía, proceso que inicia con la caotización de las relaciones económicas y sociales, en particular durante los años 2014 y 2015, y que tuvo un impacto muy profundo en la subjetividad

29. Immanuel Wallerstein. *Braudel y el capitalismo, o todo al revés*. Op. Cit. Págs. 230-231.

30. Mark Fisher. *Realismo capitalista*. Op. Cit. Pág. 23.

de las clases populares. De dicha hipótesis se derivarían dos conclusiones preliminares: 1) hablar de neoliberalización de facto de la sociedad venezolana quiere decir que es un fenómeno que tiene lugar *a pesar* de la voluntad del liderazgo político chavista, al margen de la presencia de elementos neoliberales en el Gobierno, lo que ciertamente tendría que haber facilitado tal desenlace; dicho de otra forma, sería la consecuencia de su derrota en el plano económico; 2) en tal contexto, las clases populares no se convierten súbitamente al neoliberalismo, adoptándolo pasivamente como patrón de sociabilidad; no obstante, se ven obligadas a lidiar con la racionalidad predominante, reproduciéndola y adaptándose a ella, pero de manera ambivalente, beligerante, no exenta de crítica.³¹ La segunda hipótesis es que, de una fase de caotización de las relaciones económicas y sociales, pasamos a otra fase en que lo previamente anómico pasó a estar en el centro de la dinámica social: en medio de un proceso de mutación del régimen de gubernamentalidad, de reorganización de la racionalidad política, lo anómico deviene nueva norma de sociabilidad.³² La tercera hipótesis es que cuando esto último ocurre, es porque se ha impuesto un estado de excepción. En este caso, son los agentes económicos capitalistas, fundamentalmente monopolísticos y oligopólicos, quienes se arrojan la *auctoritas* para suspender la *potestas*. Son, digamos, el nuevo “soberano”, uno que actúa en estrecha alianza con los intereses del soberano imperial estadounidense, y más que en alianza, casi siempre subordinado a este. Dicho estado de excepción se expresaría como desconocimiento de los mecanismos estatales de reglamentación del mercado, el paso de un Estado reglamentador a uno garante de los intereses de las fuerzas monopolísticas y oligopólicas.³³

Es momento de matizar o corregir esta última hipótesis: no fue simplemente que se nos impuso un estado de excepción. Es que nuestro deseo de una economía de mercado, tal y como la concibe Braudel, e

31. Reinaldo Iturriza López. *Cuarentena (IV). Un paréntesis sobre neoliberalismo y rebelión*. Saber y poder, 1 de noviembre de 2019.

32. Reinaldo Iturriza López. *Cuarentena (VIII). Neoliberalismo y clases populares: la mutación en marcha*. Saber y poder, 4 de febrero de 2020.

33. Reinaldo Iturriza López. *Cuarentena (IX). Estado de excepción y el lugar de las mayorías populares*. Saber y poder. 18 de febrero de 2020.

infinitamente más próxima al socialismo del siglo XXI que a cualquier planteo neoliberal, fue capturado por las fuerzas económicas monopólicas y oligopólicas en franca rebelión contra el Estado reglamentador. ¿Es que acaso durante aquellos años de caotización económica no llegamos a desear fervientemente el levantamiento de cualquier control estatal sobre la economía, con la esperanza de que *reaparecieran* en los anaqueles los productos de primera necesidad? En efecto, no solo estos productos, sino muchos otros fueron *reapareciendo* en la medida en que el Estado levantaba los controles, y puede discutirse sobre los errores cometidos durante el tiempo en que el Estado hizo valer lo que consideraba su obligación de reglamentar la economía. Pero es indiscutible que hoy estamos mucho más lejos de una verdadera economía de mercado: millones de personas fueron expulsadas nuevamente a los márgenes de la vida económica, la pobreza aumentó significativamente, lo mismo que la desigualdad. En el presente, la posibilidad cierta de una economía de mercado es uno más de nuestros futuros perdidos. Tendríamos que hacer, también en este caso, un ejercicio de hauntología. “Pero no deberíamos tener que elegir entre, digamos, Internet y la seguridad social”, afirmaba Fisher, de la misma forma que no deberíamos tener que elegir entre accesibilidad y disponibilidad de los productos de primera necesidad. “Un modo de pensar la hauntología es que sus futuros perdidos no nos fuerzan a falsas elecciones de ese tipo. Al contrario, lo que nos acecha es el espectro de un mundo en el que todas las maravillas de las tecnologías de la comunicación puedan ser combinadas con un sentido de la solidaridad mucho más fuerte que cualquier otra cosa que la socialdemocracia hubiera podido producir”.³⁴ En nuestro caso, nos acecha el espectro de un mundo en que existe la economía de mercado, en que los productos de primera necesidad, y no solo ellos, están disponibles y, al mismo tiempo, son accesibles para las clases populares. Debemos ser capaces de volver a narrar el pasado en que la economía de mercado se perfilaba como posible. Despertar los potenciales que aún esperan en el pasado. Si hoy la economía de mercado es un espectro, es porque para el neoliberalismo es una promesa irrealizable, el índice elocuente del abismo que separa la prédica ideológica neoliberal de la realidad

34. Mark Fisher. *Los fantasmas de mi vida*. Op. Cit. Pág. 54.

de las mayorías. La economía de mercado que nos vende el neoliberalismo es una idea y, peor aún, una realidad, sencillamente indefendible.

Las circunstancias del repliegue

No se trata de anhelar “un período temporal particular, sino la reanudación de los *procesos* de democratización y pluralismo”, apuntaba Fisher. “Quizá sea útil recordar que la socialdemocracia solo retrospectivamente se transformó en una totalidad resuelta; en su época, era una ‘formación de compromiso’, para usar la terminología freudiana, que la izquierda veía como una cabecera de puente a partir de la cual nuevas batallas podrían ser ganadas”. Algo muy similar podría afirmarse a propósito del socialismo del siglo XXI y el chavismo. Para decirlo con Fisher, “lo que debe asediarnos no es el *ya no más*” del socialismo del siglo XXI “tal como existió, sino el *todavía no* de los futuros” que el chavismo “nos preparó para esperar, pero que nunca se materializaron. Estos espectros –los espectros de los futuros perdidos– cuestionan la nostalgia formal del mundo del realismo capitalista”.³⁵

Hasta ahora me he concentrado en las insalvables incoherencias del relato antichavista. Pero va siendo tiempo de ocuparnos de algunas de las circunstancias que hicieron posible que una parte del chavismo se dejara asediar por el *ya no más* del socialismo del siglo XXI. Vuelvo a la hipótesis sobre la neoliberalización de facto de la sociedad venezolana: este fenómeno, como ya he referido, iniciaría con el repliegue estatal de la esfera económica, y tendría como correlato un repliegue popular de la esfera pública. Paso entonces a plantear una nueva hipótesis de trabajo: este repliegue estatal y popular habría tenido como uno de sus desencadenantes otro fenómeno que ha pasado inadvertido, sobre el que escribí tan temprano como en octubre de 2013, y al que le he dedicado uno de los textos de este libro: la lealtad resignada³⁶ (“Leales pero resignados”). “Advertía entonces que la lealtad resignada era lo propio de algunos personajes que no perdían oportunidad para declarar que bajo ninguna circunstancia serían capaces de traicionar

35. *Ibíd.* Págs. 54–55.

36. Reinaldo Iturriza López. *Contra la lealtad resignada*. Saber y poder, 12 de octubre de 2013.

el legado del comandante Chávez, expresión muy en boga ya para entonces, y para comprometerse a luchar hasta el final, con el problemático añadido, no manifiesto de manera expresa, de que el final era inminente o, en el peor de los casos, ya había tenido lugar”. Agregaba que “el mensaje implícito de los leales pero resignados era que sin el liderazgo de Chávez sería imposible avanzar por la vía revolucionaria”; que “el correlato político de la lealtad resignada es el más burdo pragmatismo político”; que para los leales pero resignados “se trata de aferrarse a lo existente” y ya no de “modificar el estado de cosas”; y que semejante actitud de “una parte de la clase dirigente chavista [...] chocaba de frente con el estado de ánimo de la mayoría de la base social del chavismo”, que no había abandonado lo que Gramsci llamaba “espíritu de escisión”. “Había, eso sí, mucha tristeza en parte del pueblo”, pero “entonces, como ahora, el pueblo chavista sentía una profunda inconformidad con el estado de cosas y luchaba para cambiarlo. Lo seguía animando un espíritu fundamentalmente revolucionario: deseaba cambiar todo lo que tenía que ser cambiado”. Lo que entonces apenas alcanzaba a intuir, era algo que hoy día puedo aseverar con propiedad: lo que describía aquel “microclima predominante en muchos espacios de decisión” no era otra cosa que un estado depresivo.

Hay algunas diferencias entre la tristeza y la depresión. Una de ellas “es que, mientras la tristeza se autorreconoce como un estado de cosas temporario y contingente, la depresión se presenta como necesaria e interminable: las superficies glaciales del mundo de un depresivo se extienden a todos los horizontes imaginables. En la profundidad de la enfermedad, el depresivo no reconoce su melancolía como anormal o patológica: la seguridad de que toda acción es inútil y de que detrás de la apariencia de la virtud solo hay venalidad, golpea a quienes sufren la depresión como una verdad que ellos han descubierto, pero que los otros están demasiado engañados como para reconocer. Existe una clara relación entre el «realismo» aparente del depresivo, con sus expectativas tremendamente bajas, y el realismo capitalista”.³⁷ Una cosa es la tristeza popular asociada al duelo por la desaparición física de Chávez, duelo en buena medida fallido en tanto que aún sobran las razones

37. Mark Fisher. *Realismo capitalista*. Op. Cit. Pág. 130.

para la acción transformadora, y otra muy distinta la depresión de los leales pero resignados, con su convencimiento de que toda acción resulta inútil, de que tras el supuesto virtuosismo popular y su empeño en seguir peleando, lo que se revela es desvergüenza e ingenuidad. Entre 2013 y 2015 se habría librado una sorda pero enconada lucha entre depresión, tristeza y alegría, que los leales pero resignados lograron saldar parcialmente a su favor: con su cinismo, con su pragmatismo vulgar, con sus expectativas tremendamente bajas, fueron capaces de emponzoñar al chavismo, primero, y luego a toda la sociedad, esparciendo la enfermedad, como si tratara de “inmunizarnos, se supone, contra las seducciones de cualquier fanatismo”. Si algo define a los leales pero resignados es “la perspectiva desesperanzada de un depresivo que cree que cualquier creencia en una mejora, cualquier esperanza, no es más que una ilusión peligrosa”.³⁸

Este fenómeno de la lealtad resignada nos ayudaría a comprender por qué se produce, lenta pero progresivamente, el repliegue popular de la esfera pública. Según Fisher, esta “depresión no toma forma colectiva: por el contrario, consiste en la descomposición de la colectividad en nuevas formas de atomización”.³⁹ La lealtad resignada tiene un efecto disgregador sobre el cuerpo social. Lo que acontece durante este repliegue es la destrucción de la sociabilidad construida durante los primeros años de revolución. En un texto de 2016 me refería a dos situaciones que habían resultado ajenas para las mayorías populares hasta hacía muy poco: “la frustración que produce el hambre recién descubierta” y la “humillación de las colas”. Ambas daban cuenta de un punto de inflexión histórico. A estas traumáticas experiencias se sumaban la especulación y el acaparamiento, la desvalorización del salario, pero también “el desaliento que produce la inacción de muchas autoridades locales y regionales” y “la complicidad de parte de la fuerza pública con funcionarios corruptos”. En suma, un conjunto de circunstancias que “produce el estrechamiento del horizonte político y se expresa dramáticamente como retirada del espacio público”.⁴⁰ Lo que va *desapareciendo* es la

38. *Ibíd.* Págs. 26-27.

39. *Ibíd.* Pág. 130.

40. Reinaldo Iturriza López. *La rebelión que vendrá*. Saber y poder, 24 de junio de 2016.

perspectiva de construir colectivamente un país con justicia. Además, entra en juego el mismo concepto de lo público, “ese concepto del cual depende, fundamentalmente, el confort psíquico”.⁴¹ Podría afirmarse que la esfera pública constituye la zona de confort por excelencia de la revolución bolivariana. El neoliberalismo, en cambio, se siente confortable, a sus anchas, con una esfera pública cada vez más reducida. Pero todavía debemos preguntarnos: ¿qué ocurre, ya no con el espacio público, sino en ese espacio sobre el que se han replegado las mayorías populares? Ansiedad, estrés, desesperanza, resignación, tristeza, rabia, sentimientos que hoy nos resultan de una familiaridad que puede llegar a ser intolerable. Pero en muchos casos ocurre que en ese espacio cada vez hay menos lugar para la tristeza: esta se ha convertido en duelo consumado, en depresión, acaso en nostalgia, en una forma de melancolía que es muy distinta de la melancolía hauntológica. Siguiendo a Wendy Brown, Fisher se detenía en la descripción de cierta “melancolía de izquierda” que permitiría ilustrar lo que viene aconteciendo con parte de la militancia chavista, esa que podría opinar, por ejemplo: “si bien no eran perfectas, las instituciones” de los tiempos de Chávez “eran mucho mejores que cualquier cosa que podamos esperar del presente; quizá incluso sean lo mejor que podemos esperar”. Paradójicamente, las opiniones que dan cuenta de esta “resignación melancólica izquierdista” suelen estar en el blanco de la vocería oficial y oficiosa del chavismo, que las despachan socarronamente, aunque esa misma vocería podría quedar retratada en las siguientes líneas, incluso, y quizá sobre todo, si es renuente a identificarse con la izquierda: “Brown ataca a una ‘izquierda que opera sin una crítica radical y profunda del *statu quo* ni una alternativa convincente al orden de cosas existente. Pero quizá lo más problemático es que se trata de una izquierda que se aferra más a sus imposibilidades que a su productividad potencial; una izquierda que se siente más a gusto en su marginalidad y en su fracaso que en su esperanza; una izquierda que entonces queda atrapada en una estructura de compromisos melancólicos con ciertas tensiones de su propio pasado, hoy muerto, cuyo espíritu es fantasmal, cuya estructura de deseos mira rigurosamente hacia atrás’. Lo que hace que la melancolía que

41. Mark Fisher. *Realismo capitalista*. Op. Cit. Pág. 137.

analiza Brown sea tan perniciosa es su cualidad renegadora. El melancólico de izquierda que describe Brown es un depresivo que se cree que es realista: alguien que ya no tiene la expectativa de que su deseo de transformación radical pueda ser alcanzado, pero que tampoco reconoce que se ha rendido”.⁴² Si ya puede resultar intolerable tener que lidiar con la propia tristeza, mucho más intolerable es tener que lidiar con quienes hacen de la lealtad resignada una profesión de fe, esto es, con uno de estos personajes que pretende dictar cátedra de cómo es que se lucha, y además es capaz de hacer burla de quienes se sienten derrotados, pero es incapaz de reconocer que hace tiempo se ha rendido. Daniel Bensaïd los retrataba de la siguiente manera: “Cuando lo único que se puede oponer a la hipótesis de lo peor es la resignación al mal menor, los ‘monstruos fofos’ se felicitan y se congratulan entre ellos guiñando el ojo”.⁴³ A ellos he dedicado algunos comentarios en uno de los textos de este libro: “Irreductibles”. El problema se agrava cuando la resignación al mal menor antecede a la consumación de lo peor. A propósito de esto último y de la cualidad renegadora de la que hablaba Fisher, vale la pena detenerse en algo que planteaba Stuart Hall en su artículo “Gramsci y nosotros”, publicado en 1987. Argumentaba Hall que, al menos en parte, el propio laborismo había preparado el terreno para el ascenso del thatcherismo: “No empezó con la victoria electoral de la señora Thatcher, ya que la política va más allá de las elecciones. Aterriza en 1975, en la mitad del plexo solar político del señor Callaghan [entonces Secretario de Relaciones Exteriores, y luego antecesor de Thatcher como Primer Ministro], y rompe a Callaghan —ya una rama rota— en dos. Una mitad continúa siendo paternalista, de buen corazón, social conservadora. Pero la otra mitad danza otra tonada [...]. Y, obedeciendo las intimaciones del futuro, el viejo abre su boca, ¿y qué dice? Los besos deben acabar. El juego terminó. La social democracia está terminada. El estado de bienestar se ha ido para siempre. No podemos financiarlo. Nos hemos pagado demasiado a nosotros mismos, nos hemos dado a nosotros mismos demasiados trabajos falsos, hemos tenido demasiado tiempo

42. Mark Fisher. *Los fantasmas de mi vida*. Op. Cit. Págs. 50–51.

43. Daniel Bensaïd. *Resistencias*. Op. Cit. Pág. 21.

de placer”.⁴⁴ En Venezuela nos hemos visto obligados a escuchar infinidad de variaciones de la misma tonada, como si nos canturrearan al oído que es falso que alguna vez luchamos por *vivir bien*; como si quisieran enrostrarnos que, muy por el contrario, nos habíamos mal acostumbrado a los placeres culposos de la “buena vida”.

Este microclima depresivo habría preparado el terreno, igualmente, para el repliegue estatal de la esfera económica. En este punto habría que matizar la primera de las conclusiones preliminares derivadas de la hipótesis relativa a la neoliberalización de facto de la sociedad venezolana. Me sigue pareciendo correcto afirmar que esta tiene lugar *a pesar* de la voluntad del liderazgo político chavista. No obstante, este fenómeno difícilmente hubiera resultado siquiera concebible, aun en un contexto de brutal asedio económico imperialista, de no ser por la progresiva pérdida de voluntad transformadora de muchos cuadros dirigentes. En el mismo período 2013–2015, mucho más que la ineficiencia, suerte de santo grial del relato antichavista para dar cuenta del origen de la profunda crisis económica que inicia en 2014, lo que tendió a prevalecer fue la inercia, otra forma de nombrar la pérdida de voluntad. Más que decisiones erradas, quizá lo que prevaleció fue la ausencia de decisiones o la toma de decisiones a destiempo. No fue que el espectro diabólico del neoliberalismo se posesionó, súbitamente, del cuerpo de la clase política chavista. No fue como si asistiéramos a un espectacular episodio de conversión ideológica. Más que el neoliberalismo, había triunfado la inercia. Digamos que el sentido común neoliberal es lo que estaba a la mano cuando la inercia se impuso. No es que el neoliberalismo dispone de las fórmulas que nos permitirán resolver nuestros problemas. Es que cuando nuestros problemas económicos comenzaron a agravarse, terminó imponiéndose la inercia, y ese ruido de fondo neoliberal comenzó a escucharse más fuerte. No es que unos neoliberales convencidos anidaban en el seno del chavismo, agazapados, en células durmientes, esperando su momento. Es que funcionarios poco comprometidos con el programa estratégico de la revolución bolivariana, pragmáticos vulgares y oportunistas, aprovecharon

44. Stuart Hall. *Gramsci y nosotros. Intervenciones en estudios culturales*. Volumen 3, N° 4, enero–junio de 2017. Pontificia Universidad Javeriana. Bogotá, Colombia. Págs. 16–17.

la inercia, hicieron suyo el sentido común económico imperante a escala global, sin mayores traumas, y se pusieron en marcha. El neoliberalismo no es lo nuevo. Como bien señalaba Fisher, “la política neoliberal no tiene que ver con lo nuevo, sino con un *retorno* al poder y los privilegios de clase”.⁴⁵ El neoliberalismo no tiene nada novedoso que ofrecer, salvo más privaciones para las mayorías, bien porque ha logrado seducirlas con la idea de que no hay más alternativa, bien porque ha impuesto su prédica violenta y traumáticamente, como hizo en Chile tras el derrocamiento de Allende, como intentó hacerlo en Venezuela tras el golpe de Estado contra Chávez. El problema se presenta cuando los leales pero resignados han renunciado a ser una alternativa.

Este repliegue estatal de la esfera económica se acentuará en 2016, tras la derrota del chavismo en las elecciones parlamentarias de diciembre de 2015. Se consumará entonces lo que he llamado un giro pragmático gubernamental, otra de las conclusiones preliminares de “Cuarentena”.⁴⁶ En principio, podría considerarse que este giro pragmático, caracterizado por políticas económicas tendientes a la “liberalización” de la economía, con énfasis en las “alianzas estratégicas” con el capital privado, era el desenlace inevitable para el caso de un país que se encontraba en un callejón sin salida económico. Un episodio puntual, entre otros que pudieran referirse, nos permitiría poner en entredicho aquella conseja. En abril de 2016, a propósito del colapso de la red pública de distribución y comercialización de alimentos y otros bienes esenciales, el presidente Maduro anunció la creación de los Comités Locales de Abastecimiento y Producción. Desde entonces, es mucho lo que se ha dicho, casi siempre con sobrada razón, sobre el papel fundamental desempeñado por estos Comités a la hora de garantizar el acceso a bajo costo de un conjunto de alimentos de primera necesidad a parte importante de la población. No obstante, llama poderosamente la atención el abrumador silencio respecto de otro de los anuncios realizados por el Presidente en idéntica ocasión: la decisión de que los numerosos establecimientos que formaban parte de aquella red de distribución pasaran a manos del pueblo

45. Mark Fisher. *Realismo capitalista*. Op. Cit. Pág. 58.

46. Reinaldo Iturriza López. *Cuarentena (IV). Un paréntesis sobre neoliberalismo y rebelión*. Op. Cit.

organizado. Esta decisión no solo no se materializó, sino que muchos de estos establecimientos pasaron a manos privadas, mientras que otros simplemente quedaron en desuso. ¿Qué fuerzas operaron para torcer la voluntad manifestada por el Presidente? No es posible saberlo. Pero sin duda, su proceder es coherente con lo que aquí he descrito como lealtad resignada. ¿Qué intereses privaron? No solo los de algunos privados, lo que resulta obvio, sino quizá también los intereses políticos y económicos de algunos funcionarios que se creen depositarios de una verdad que solo ellos han descubierto: que es un completo despropósito apostarle al pueblo organizado.

Eventualmente, este giro pragmático gubernamental fue creando las condiciones para lo que ocurriría a partir de 2018, cuando, en un contexto hiperinflacionario, el liderazgo chavista se decidió por la aplicación de un programa de estabilización macroeconómica ortodoxo-monetarista, que se tradujo en liberación total de precios al consumidor, exoneración de impuestos y aranceles de las importaciones, drástica reducción de la inversión pública, mayor desvalorización del salario real, liberalización del régimen cambiario, reducción del mercado interno y dolarización de facto.⁴⁷ En apenas un lustro, el país había desandado un camino que hubiera sido inconcebible en los inicios del período, cuando las mayorías deseaban seguir caminando el camino del que nos hablaba Riechmann: habíamos pasado de la inercia de los leales pero resignados a la resignación reforzada y amplificada por la idea de que nuestra única alternativa consistía en aceptar la derrota en el plano económico, hasta terminar abrazando el programa con el que se siente más a gusto el realismo capitalista. Mientras tanto, la mutación hacia un régimen de gubernamentalidad neoliberal no solo no se detuvo, sino que aceleró su paso. En el trayecto, se fue resquebrajando la fortaleza conquistada a pulso por la clase trabajadora durante los primeros años de revolución; millones pasaron a engrosar, nuevamente, las filas del subproletariado; la desigualdad volvió por sus fueros. El paisaje habitual de nuestro *capitalismo real* lo completarían: los invisibles una vez más, a los que me refería unas cuantas líneas atrás; los exclusivos “emprendimientos” de

47. Malfred Gerig. *La Larga Depresión venezolana. Economía política del auge y caída del siglo petrolero*. (Libro inédito). Caracas, Venezuela. 2022.

una “nueva clase” de capitalistas (“Burgueses”); y los más bien modestos emprendimientos de pequeños y medianos cuentapropistas, romantizados por la vocería oficial y oficiosa, muchos de los cuales son antiguos trabajadores formales que, en lugar de emigrar, optaron por intentar resolver por su cuenta, una vez que se vieron abandonados a su suerte. En el terreno propiamente político, pasamos de la amenaza, oportunamente advertida, que constituía la posibilidad de una fractura del bloque histórico democrático popular chavista, a su resquebrajamiento, como quedó en evidencia tras los resultados de las parlamentarias en 2015, hasta ubicarnos en un tiempo presente en que la situación se aproxima a una “dominación frágil e inestable” (“Izquierda”), contexto en el cual la dirigencia parece haber “asumido que solo es posible prevalecer en el poder recomponiendo bloque histórico vía la incorporación de la ‘oposición antichavista democrática’ y desplazando a la clase trabajadora de su centro de gravedad”, “lugar que pasarían a ocupar diversas fracciones de la burguesía, tanto de la ‘nueva’ como de la tradicional o histórica”.⁴⁸

En cuanto al repliegue popular de la esfera pública, esta pronto se expresó como desafiliación política, quizá el fenómeno más acuciante de nuestros tiempos, y al que me he referido expresamente en otro de los textos de este libro, “Despolitizados, bobos”, pero sobre todo en “El no-lugar de la política”, aunque de manera implícita. Esta suerte de no-lugar de la política sería la resultante de aquel repliegue inicial; quizá más que la resultante, y asumiendo que se trata de un trayecto inconcluso, la situación provisoria de millones de personas desafiadas políticamente, esto es, en franca contradicción con la identidad chavista en la que alguna vez se reconocieron. Ahora bien, este no-lugar de la política no debe confundirse con un lugar *sin* política, despolitizado. Podría entenderse, en todo caso, como el lugar que hoy ocupan unas mayorías populares para las cuales la política constituye hoy un remedo de lo que fue, lo mismo que el chavismo. Para ellas, política y chavismo son figuras espectrales. Quienes habitan este no-lugar de la política no están exentos, por supuesto, de padecer las tribulaciones de espíritu

48. Reinaldo Iturriza López. *El chavismo en el laberinto hegemónico (y una novedad histórica)*. Saber y poder, 16 de diciembre de 2021.

propias de los tiempos que corren: se debaten entre la tristeza y la depresión; entre la melancolía hauntológica y la nostalgia; entre el duelo fallido y el duelo consumado; entre rescatar los potenciales que anidan en el pasado y sofocarlos; entre rescatar los futuros perdidos y asumir que el futuro ha sido cancelado. En fin, se debaten entre invocar el espectro de la política “con pe mayúscula”, como gustaba decir a Chávez, y conjurarla; entre invocar el espectro del chavismo y terminar de espantarlo. Lo dicho: “La política del futuro, aquella que emergerá tras la derrota definitiva de la política boba, se nutrirá, al menos en parte, de lo que sean capaces de hacer quienes hoy ocupan ese no-lugar de la política”. Volviendo a “Despolitizados, bobos”, aseveraba entonces que Venezuela “sigue estando” sacudida “por el conflicto histórico entre dos gigantescos polos de fuerza”. Tres años después, tengo la firme sospecha de que las mayorías desafiadas perciben la situación de una manera muy distinta. Antes bien, hoy día estaríamos atendiendo a una polarización de distinto signo: la mayoría de la población *versus* el grueso de la clase política toda.

Política realista

Quienes asumimos, desde posiciones de izquierda, que la nuestra es una política con lugar, haríamos bien en deslastrarnos de “uno de los vicios crónicos de la izquierda”, en palabras de Fisher: “su revisionismo permanente, sus discusiones sin fin sobre Kronstadt o la Nueva Política Económica, que le quitan lugar a la planificación y organización del futuro en el que, justamente, la izquierda debe crear. Los fracasos en los intentos previos de organización social no capitalista no deben ser causa de desesperación; lo que debemos dejar atrás es con certeza un tipo de relación de apego sentimental por la política del fracaso, la posición confortable de la marginalidad vencida”.⁴⁹ A mi juicio, dejar atrás esa política del fracaso y apostarle a la organización del futuro, a una política con futuro, pasa necesariamente por ser capaces de reconocernos en los millones que hoy ocupan ese no-lugar de la política, pero también en buena parte de lo que constituye el “chavismo duro”, más

49. Mark Fisher. *Realismo capitalista*. Op. Cit. Pág. 118.

específicamente en ese que “no hace política a partir del desprecio del otro, sino mediante la recuperación del propio orgullo”, y que, “muy al contrario de la imagen caricaturesca que se ha construido de él, es severamente crítico de un Gobierno que, no obstante, considera suyo, en mayor o menor medida”. A él le dedicó uno de los textos de este libro (“Chavismo duro”).

Puede que en las actuales circunstancias resulte muy apresurado pretender invocar el espectro del socialismo del siglo XXI. La izquierda tendría que tomar nota de esto. En todo caso, es solo una hipótesis. Pero se comprenderá que cierto gatopardismo dificulta esta tarea. Puede que, para quienes habitan en ese no-lugar de la política, esta idea todavía resuena a la realidad que deseamos transformar. Por tanto, quizá resulte más oportuno invocar el espectro de la Agenda Alternativa Bolivariana, de 1996. En ella, Chávez identificaba “dos ejes problemáticos nacionales”, a saber: pobreza y desnacionalización. La primera se expresaba como “crisis social: seguridad y servicios sociales; umbral de vida infrahumano” y como “distribución regresiva del ingreso”. La segunda como “deuda externa” y “apertura petrolera y privatizaciones”.⁵⁰ No se trata de rebajar las expectativas, sino de conocer en detalle el terreno que se pisa, y sobre todo de reconocer que, a fin de cuentas, el socialismo del siglo XXI tiene un origen nacional y popular.

Tendríamos que ser, y aunque parezca contradictorio con lo planteado por Fisher, revisionistas y realistas, a la manera de Arturo Jauretche, referente indispensable del pensamiento nacional y popular argentino, por tanto de la Patria grande, y quien además de muy próximo al peronismo, sin duda alguna fue un político y pensador genuinamente chavista. Un adelantado a los tiempos de la revolución bolivariana.

En su “Política nacional y revisionismo histórico”, publicado por primera vez en 1959, Jauretche apuntaba que el “objeto del revisionismo histórico” es el “conocimiento de la historia verdadera”, objeto que tendría que situarse “por encima de las discrepancias ideológicas que dentro del panorama general puedan tener los historiadores”. En cuanto al realismo, y siguiendo a Chesterton, advertía que “oponer la política realista a la política

50. Hugo Chávez Frías. *Agenda Alternativa Bolivariana*. Ministerio del Poder Popular para la Comunicación e Información. Caracas, Venezuela. Febrero de 2007. Pág. 15.

idealista” es plantearse un falso dilema, “y que el error proviene de confundir al político practicón con el realista, lo que es un absurdo, ya que el realismo consiste en la correcta interpretación de la realidad y la realidad es un complejo que se compone de ideal y de cosas prácticas”. Seguía diciendo: “Para una política realista la realidad está construida de ayer y de mañana; de fines y de medios, de antecedentes y consecuentes, de causas y concausas. Véase entonces la importancia política del conocimiento de una historia auténtica: sin ella no es posible el conocimiento del presente, y el desconocimiento del presente lleva implícita la imposibilidad de calcular el futuro, porque el hecho cotidiano es un complejo amasado con el barro de la que fue y el fluido de lo que será”. La “desfiguración del pasado”, el acto de sofocar los potenciales que aún esperan en él, habría podido decir Fisher, persigue “impedir que los argentinos poseamos la técnica, la aptitud para concebir y realizar una política nacional [...]. Se ha querido que ignoremos cómo se construye una nación, y cómo se dificulta su formación auténtica, para que ignoremos cómo se la conduce, cómo se construye una política con fines nacionales”.⁵¹

Otro gran revisionista, referido profusamente por Jauretche en su “Política nacional y revisionismo histórico”, fue Raúl Scalabrini Ortiz. En el prólogo a su “Política británica en el Río de la Plata”, de 1940, en los estertores de la década infame, Scalabrini Ortiz nos ofrecía esta hermosa definición de economía: “es un método de auscultación de los pueblos”. Nos explicaba: aunque la economía “se refiere exclusivamente a las cosas materiales de la vida”, ella es también, y si se la entiende bien, “algo más”. “En sus síntesis numéricas laten, perfectamente presentes, las influencias más sutiles: las confluentes étnicas, las configuraciones geográficas, las variaciones climatéricas, las características psicológicas y hasta esa casi inasible pulsación que los pueblos tienen en su esperanza cuando menos. El alma de los pueblos brota de entre sus materialidades, así como el espíritu del hombre se enciende entre las inmundicias de sus vísceras”. Más adelante, refiriéndose a la realidad argentina, señalaba: “El imperialismo económico encontró

51. Arturo Jauretche. *Política nacional y revisionismo histórico*. Obras completas. Volumen 7. Corregidor. Buenos Aires, Argentina. 2006. Págs. 8, 13-15.

aquí campo franco. Bajo su perniciosa influencia estamos en un marasmo que puede ser letal. Todo lo que nos rodea es falso o irreal. Es falsa la historia que nos enseñaron. Falsas las creencias económicas con que nos imbuyeron. Falsas las expectativas mundiales que nos presentan y las disyuntivas políticas que nos ofrecen. Irreales las libertades que los textos aseguran. Este libro no es más que un ejemplo de algunas de estas falsías. Volver a la realidad es el imperativo inexcusable. Para ello es preciso exigirse una virginidad mental a toda costa y una resolución inquebrantable de querer saber exactamente cómo somos”. Justo antes de terminar, fijaba de antemano posición, en previsión de la reacción de sus adversarios: “Hay quienes dicen que es patriótico disimular esa lacra fundamental de la patria, que denunciar esa conformidad monstruosa es difundir el desaliento y corroer la ligazón espiritual de los argentinos, que para subsistir requiere el sostén del optimismo. Rechazamos ese optimismo como una complicidad más, tramada en contra del país. El disimulo de los males que nos asuelan es una puerta de escape que se abre a una vía que termina en la prevaricación, porque ese optimismo falaz oculta un descreimiento que es criminal en los hombres dirigentes: el descreimiento en las reservas intelectuales, morales y espirituales del pueblo argentino. No es un impulso moral el que anima estas palabras. Es un impulso político”.⁵²

Estoy al tanto de que algunos pasajes de este libro pueden resultar incómodos. Al respecto, quizá valga la pena dejar constancia de que escribirlo ha sido, ya de por sí, un ejercicio incómodo. Aunque ha valido la pena: siempre será preferible cierta incomodidad, a ocupar la posición confortable del vencido. A esto agregaría que no deja de ser incómodo intentar realizar una radiografía de lo que somos, tanto como acometer el estudio de la “cuestión económica” y, en consecuencia, comenzar a entender ciertos aspectos de nuestra realidad. Pero esa incomodidad se ha visto compensada por la posibilidad de auscultar el alma popular y descubrir las señas de su esperanza inagotable. Volver a la realidad, además de un imperativo, siempre será más gratificante que evadirse de ella. Igualmente, habrá quienes piensen que poner el dedo en la llaga del conformismo es un acto de

52. Raúl Scalabrini Ortiz. *Política británica en el Río de la Plata*. Editorial Sol 90. Barcelona, España. 2001. Págs. 5-8.

imperdonable e inoportuno pesimismo, en momentos en que tendríamos que cerrar filas y mostrar nuestra mejor cara. Solo me queda recordar que apunté contra la lealtad resignada en el momento oportuno, justamente intentando conjurar el desaliento; y precisar que, en todo caso, la mayor falta contra la felicidad social la cometen quienes exigen lealtad disimulando su resignación, pero sobre todo ocultando su descreimiento en la potencia del pueblo venezolano.

A Jauretche se le atribuye un célebre pasaje, suerte de síntesis de su pensamiento: “Nada grande se puede hacer con la tristeza. Desde la ciencia al deporte, desde la creación de la riqueza a la moral patriótica, el tono está dado por el optimismo y el pesimismo. Nos quieren tristes para que nos sintamos vencidos y los pueblos deprimidos no vencen ni en la cancha de fútbol, ni en el laboratorio, ni en el ejemplo moral, ni es las disputas económicas. Por eso venimos a combatir alegremente. Seguros de nuestro destino y sabiéndonos vencedores a corto o a largo plazo”.⁵³ Me atrevo a matizar las palabras del maestro: es cierto que nada grande se puede hacer con la tristeza. Pero el reconocimiento de la tristeza popular, y en particular de las condiciones históricas que le han hecho posible, es lo que prepara a los pueblos para combatir por su grandeza. Incluso, tal podría ser otra forma de definir el trabajo revisionista que ha acometido el mismo Jauretche, junto a otros grandes pensadores de su generación. Era lo que comenzaba a hacer, aun a tientas, el gran Scalabrini Ortiz cuando escribió su artículo “La ciudad está triste”, en 1931, a inicios de la década infame: “Ahora la ciudad no retoza. Ahora la ciudad está contristada y, por primera vez en el transcurso de su historia, piensa. Una desazón la perturba. Su reposo es intranquilo [...]. La perplejidad y la indecisión cercenan el espíritu de los más emprendedores [...]. Pero hay simultáneamente la revelación de un gran dolor. La ciudad acaba de descubrir que el esplendor es una servidumbre del campo, lo acaba de comprender por una molestia, como el hombre maduro va conociendo sus propios órganos a través de sus malestares [...]. La experiencia es eso:

53. Arturo Jauretche. *Polémicas*. Peña Lillo. Buenos Aires, Argentina. 2007. Pág. 16. El pasaje aparece referido en la introducción del libro, a cargo de Norberto Galasso.

es el conocimiento de lo que se hubiese deseado ignorar después de haberlo aprendido [...]. La ciudad ahora sabe que ella también es un fruto de la pampa: una gigantesca espiga de trigo, una mazorca de maíz. Al desentrañar el origen de su opulencia, al explorar la inestabilidad de su materia corruptible, la ciudad ya no se siente dueña de sí misma [...]. La ciudad sigue atónita, apagada, meditativa, como si recién advirtiera en esta transitoria flacura que el destino de cualquier destino es sucumbir”.⁵⁴

Otro grande, Juan José Hernández Arregui, ofrecía un vívido retrato de aquella época: “A raíz de 1930 las clases medias y proletarias sufrieron rudamente el golpe. Los escasos avisos clasificados de los diarios con ofrecimientos de empleos promovían caravanas de postulantes, en su mayoría hombres jóvenes. En los bares, los parroquianos se sentaban alrededor de una taza de café solitaria. Era una convención no aceptada no invitar con cigarrillos. Los más infructuosos trabajos de corretaje, de pólizas de seguros, de ventas de terrenos a cuotas, de cortes de casimires, libros a crédito, de baratijas domésticas estrafalarias, eran ensayados por miles de porteños en un peregrinaje inútil por la ciudad sin dinero [...]. La prostitución ponía su nota provocativa y triste en los burdeles del bajo, en la calle Corrientes [...]. Los taxímetros desocupados marchaban en fila, atisbando el viaje de 50 centavos las diez cuadras, durante la larga noche porteña que se animaba algo a la madrugada a la salida de los cabarets. La ciudad se entristeció. Se tornó callada. Apenas agitada por los tangos que llamaban a la tristeza colectiva de la calle desde los cafés humosos del centro o desde las victrolas de los barrios atendidas por muchachas con frecuencia bonitas, adormecidas tras el ocaso violáceo de sus ojeras, y puestas allí como cebo comercial y fomento de fantasías rufianescas de los muchachos sin trabajo. En los suburbios la miseria proletaria veía crecer en los baldíos a los réprobos de la calle [...]. En Puerto Nuevo funcionaba la olla popular para los desocupados. El sentimiento de derrota fue característico de esta época. Se sabía en silencio, con resignación o rabia, que el país no pertenecía a los argentinos [...]. En esa atmósfera creció nuestro sentimiento de inferioridad y la fama de nuestra tristeza. Lo extranjero envolvía a lo argentino por todas partes, como una

54. Raúl Scalabrini Ortiz. *La ciudad está triste*. Noticias Gráficas, 10 de junio de 1931.

película aisladora, en los cines, en los avisos comerciales, en los escaparates iluminados de los negocios. El más ínfimo artículo llevaba el sello misterioso de su origen ultramarino. Todo este mundo artificial de objetos importados recordaba a los argentinos una incapacidad y era como el producto de una ciencia imposible para el país agropecuario. Pero esa época fue algo más. El porteño descubre gradualmente que ha sido víctima de una falacia. Los sustentos en que habían crecido sus ilusiones eran idolatrías. La riqueza del país no era suya. Y en ese desencanto latía la sospecha de un dolo espiritual. Esta conciencia de un embaucamiento nació con el dolor de las pequeñas miserias cotidianas”.⁵⁵ Pausa necesaria.

Es una obviedad que las palabras de Hernández Arregui no pueden ser capaces de retratar fielmente la realidad de la Caracas de hoy, ni de ninguna otra ciudad venezolana, por la simple razón de que no fueron escritas con ese propósito. No obstante, y por más obvio que pueda resultarle al buen entendedor, considero prudente aclarar que no es mi intención incurrir en una práctica que siempre he evitado, por considerarla engañosa, deshonesto y mediocre: apelar a analogías históricas que no vienen al caso, por mediar un abismo de circunstancias entre un momento y otro, amén de tratarse de lugares distintos. “Deja que los otros se agoten en la puta del ‘hubo una vez’, en el burdel del historicismo”, enseñaba Walter Benjamin.⁵⁶ Dicho esto, me parece oportuno rescatar todo cuanto pueda haber de universalidad en el retrato de Hernández Arregui, no para solazarnos en el sufrimiento, el silencio, la miseria, la resignación o la rabia popular, que es *lo que distingue al relato antichavista*, sino también para marcar distancia frente a *lo que suele hacer el relato oficial*: referirse, una que otra vez, al inocultable sufrimiento popular, pero sobre todo invocar, una y otra vez, el “buen humor” del pueblo venezolano, no para ensalzarlo, sino para disimular su profundo malestar. Más importante aún, la extraordinaria valía del retrato de Hernández Arregui radica *justamente* en que no se limita a dar cuenta de la tristeza popular, sino que da un decisivo paso hacia adelante: nos habla

55. Juan José Hernández Arregui. *Imperialismo y cultura*. Ediciones Continente. Buenos Aires, Argentina. 2005. Págs. 88-89.

56. Walter Benjamin. *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*. Introducción y traducción de Bolívar Echeverría. Editorial Itaca. Universidad Autónoma de la Ciudad de México. 2008. Pág. 53.

también de lo que el pueblo sabía, de lo que había comenzado a recordar, de lo que va descubriendo gradualmente, de la sospecha que latía en su seno, de la conciencia de aquello que operaba en su contra. Dicho de otra forma, lo que hacía Hernández Arregui era subrayar el carácter transitorio de aquella tristeza: “Ciertos rasgos psicológicos, en efecto, que no pertenecen al hombre en particular, sino al hombre general, se acentúan bajo condiciones objetivas dadas. Estas condiciones externas –la crisis de 1929– se reflejaron en el derrumbe del gobierno popular, en el despotismo de la clase terrateniente y, después de 1930, un estado de ánimo colectivo se extendió como expresión de la psicología del hombre de la época. Tal actitud, empero, era temporal, como las circunstancias históricas que la configuraban. Años más tarde, de 1945 en adelante, la *tristeza eterna* del porteño cedió su lugar a la confianza, fundamento de toda alegría individual o colectiva”.⁵⁷

Para Hernández Arregui, “El hombre que está solo y espera”, de Scalabrini Ortiz, publicado en 1931, “es el libro más humano y auténtico de esa época triste, donde el país buscaba sonámbulo su autoconfirmación, su perfil espiritual”. Su éxito “residió en el descubrimiento repentino de una necesidad que era voluntad de quebrar el difuso estado psíquico de desánimo inoculado como un veneno a la comunidad por las potencias secretas empeñadas en deprimir la conciencia creadora del pueblo. Este estado de descreimiento, por las causas referidas, había prendido en el espíritu colectivo y, además, por su irracionalidad, implicaba un peligroso conformismo que exigía un esclarecimiento, la exégesis del mal, cuyas fuentes estaban más allá del hombre argentino mismo. En tal orden, el libro de Scalabrini Ortiz es una profecía. Es el hombre argentino encarnado ya en conciencia histórica absorta que enjuicia sus males sin inocencia, pero también sin misticismo. Y este hombre convertido en símbolo de esquina –la esquina donde aguarda lo colectivo– prepara su fe en la Argentina”.⁵⁸

Guardando las debidas distancias, creo no equivocarme al afirmar que en esa esquina histórica aguardan el hombre y la mujer venezolanos. Con su tristeza a cuestas y también con sus pequeñas alegrías cotidianas.

57. Juan José Hernández Arregui. *Imperialismo y cultura*. Op. Cit. Pág. 100.

58. *Ibíd.* Págs. 100-101.

Debatiéndose entre la espera impaciente y la resignada paciencia de quienes ya nada esperan. Este tiempo nos exige cultivar la “paciencia impaciente, que es exacta y justamente lo contrario de la fatiga y de la costumbre: el esfuerzo por preservar y continuar sin habituarse ni acomodarse, deshabituándose y asombrándose”.⁵⁹ No es del todo cierto que los pueblos tristes, y aun los pueblos deprimidos, no pueden vencer. Los que no pueden vencer son aquellos que se han resignado y, pese a ello, aún pretenden exigirles lealtad a los pueblos. Tanto como lo hacen los alegres, los que han recuperado la confianza, los pueblos tristes aún pueden luchar y vencer, y de hecho pueden estar haciéndolo ya, si están dispuestos a sanar sus heridas y sus traumas, si están tratando de sobreponerse a la desfiguración del pasado, si están intentando hacerse de las herramientas para conocer el presente, si no han renunciado a la tarea de recuperar sus futuros perdidos. Con gente como esta es posible comenzar de nuevo.

Caracas, 11 febrero 2022

59. Daniel Bensaïd. *Resistencias*. Op. Cit. Pág. 19.

Con gente como esta

Al principio fue juntarnos, que es el principio y el final. No hay Dante sin Virgilio.⁶⁰ Entre varios compañeros decidimos venirnos a trabajar la tierra muy cerca de la Comuna El Maizal.

Esta gente compone el país todos los días. De noche, a la hora del sueño, está vuelto pedazos. Pero no ha despuntado el día cuando ya lo están componiendo otra vez.

Un 9 de marzo acaricié esta tierra por primera vez. Lo recuerdo como si fuera una fecha patria, de la patria que es este hombre. Hundí mis manos y mis pies en ella. Maltrecho, descompuesto, me incliné por su hechura perfecta, buscando rehacerme.

¿Qué escribiría Juan Rulfo⁶¹ sobre estos parajes? Abundio, el arriero, decía que Comala era tan caliente y estaba tan cerca del infierno que muchos de los que allí morían, al llegar al infierno regresaban al pueblo por su cobija.

Como Juan Preciado, yo llegué a esta tierra en verano, justo cuando el fuego serpenteaba estos cerros como bestia insomne, y cuyo crepitar se instalaba en los oídos como un murmullo inextinguible. Pero no fue su fuerza destructora lo que me sorprendió, sino el prodigio de hombres y mujeres combatiéndole, cercándole, arrinconándole.

Hay un exceso de vida aquí, como había un exceso de muerte en Comala.

También hay muerte, claro está, y están los muertos que se resisten a cumplir con su obligación de enterrar a sus muertos; vividores, muertos en vida, espantos. Aquí también los hay quienes vendieron su alma al diablo, como el padre Rentería, o quienes, como Dorotea, resignada a la idea del

60. Dante Alighieri. *La Divina Comedia*. Editorial Bruguera. Barcelona. España. 1973.

61. Juan Rulfo. *Pedro Páramo*, en: *Obras Completas*. Biblioteca Ayacucho. Caracas, Venezuela. 1985. Págs. 107-194.

infierno como única opción, llevan tantos años sin alzar la cara que olvidaron cómo es el cielo.

Pero si en Comala eran tantas las ánimas y tan poquitos los vivos que ya ni les rezaban para que purgaran sus penas, aquí los vivos son más.

Y sigue vivo Pedro Páramo, aunque esté más del lado de allá que de acá, aunque pertenezca a otro tiempo, y sigue haciendo daño, mucho daño, haciendo su ley, y pretendiendo propiedades aquí y allá, con papeles o sin papeles. Y a veces viste de uniforme, y entonces es una mancha que camina. Y viste de uniforme para ser visto, así no se vea más que una mancha. Y hace tanto dinero, y lo multiplica de tal manera y con tanta facilidad, que se preguntaba uno de esos viejos sabios que no faltan por acá, si no sería que Pedro Páramo se alimenta de billetes, porque de otra forma resulta difícil explicarse para qué necesita tantos.

Cosas que se pregunta la gente por acá, que sabe más por seguir aferrada a la vida que por vieja.

En cambio, a quienes trabajamos la tierra no nos alcanza el dinero. El mismísimo Presidente entregó al Negro en sus manos recursos para la siembra. Faltaban pocos días para las elecciones. Pocos días después de las elecciones, la institución del Estado que se encarga de esos asuntos octuplicó el precio de la semilla. El dinero en manos de la Comuna, lo que es lo mismo decir en nuestras manos, había perdido ocho veces su valor. En cuestión de días.

“Qué va a alegrar eso”, decía una compañera, y yo le respondía que “peor es nada”, y ella me ripostaba que “peor-es-nada es conformarse”, y que para conformarse es mejor entonces no contar con nada.

Y en ese dilema estamos: conformarnos o no contar con nada, más que con nosotros mismos.

Pero no contar más que con nosotros mismos no deja de ser una forma de soledad. Y la soledad puede perdernos, conducirnos a la locura, al extravío, tal y como ocurrió con Susana San Juan, a quien Pedro Páramo, quien dispuso de la mujer que quiso, quiso poseer también, sin lograrlo. El mundo de Susana era otro mundo, inaccesible para Pedro. Él la veía retorciéndose de dolor, sin comprender qué lo provocaba; ella soñaba que amaba.

Será que cuando uno está perdido hay que volver a amar, porque para volver a amar uno consigue el camino.

Buscándolo, me junté con otros que también buscaban, y así llegamos a esta tierra, a sembrarla, a juntarnos con los muchos rebosantes de vida. Lo que habrá de hacerse y rehacerse se hará en lugares como este. Con gente como esta.

31 julio 2018

Radiografía sentimental del chavismo

Buena parte de lo que escribí hasta 2013 lo hice en interlocución directa con Chávez. No fue un ejercicio consciente. Fue algo que descubrí conversando con algunas personas de mi círculo más íntimo, haciendo balance de lo escrito durante siete años y definiendo lo que correspondía hacer en adelante, en un momento en que intentábamos asimilar la pérdida física del líder de la revolución bolivariana.

Nunca planeé que fuera de esa manera. Tal interlocución era el correlato personal de una muy fluida relación de Chávez con el chavismo, que se expresaba de múltiples maneras.

No es un secreto para nadie que, en ausencia de Chávez, en el chavismo predominó una profunda sensación de pérdida. Algo similar al duelo, pero no exactamente. Por supuesto que hubiéramos querido tener la oportunidad de llorarlo, pero no pudimos hacerlo. Había que seguir adelante. Y mal que bien lo hicimos.

La pérdida de Chávez no fue la pérdida del Padre. De eso estoy convencido. Más que relación de filiación, entre Chávez y el chavismo se estableció una fuerte relación de alianza. Habíamos perdido un extraordinario aliado.

A partir de 2016 trabajé en dos libros, aún inéditos. Todavía en interlocución con Chávez. En “Chávez lector de Nietzsche” intenté recrear las muy particulares condiciones históricas que hicieron posible el singular diálogo de Chávez consigo mismo durante su enfermedad y convalecencia, en 2011 y 2012, y que muy pronto transformó en un extraordinario ejercicio reflexivo público sobre las falencias de la revolución bolivariana. Luego, en “Política de lo común”, volví la mirada sobre el Chávez de los 90, la década virtuosa de la política venezolana, intentando reconstruir, en líneas muy generales, los antecedentes históricos inmediatos del chavismo.

En ambos libros, hasta cierto punto en “El chavismo salvaje”,⁶² y también en otro libro inacabado, cuyo punto de partida es la particular interpretación que Peter Weiss⁶³ hacía de “La Divina Comedia”, de Dante Alighieri, me aproximé a lo que considero hoy día es una tarea imposter-gable: la elaboración de lo que pudiera llamarse, a falta de mayor precisión, una radiografía sentimental del chavismo.

No creo, como pudiera pensarse, que se trata de un ejercicio inútil o a destiempo, dado que vivimos tiempos muy peligrosos, amenazados, como estamos, por el imperialismo estadounidense, lidiando con los terribles efectos de sus constantes agresiones, obligados como estamos a la más férrea unidad, con todo y las agudas contradicciones que se expresan a lo interno del chavismo.

Al contrario, tanto las agresiones como las contradicciones hacen imprescindibles un examen de lo que somos. De hecho, es bastante probable que un examen de tal naturaleza nos aporte pistas muy valiosas para reconstruir lo destruido y, más importante aún, para perfilar un horizonte estratégico que con frecuencia parece desdibujado.

Sobre lo que somos, y en este punto no tengo otra opción que hablar a título personal, puedo adelantar que soy, antes que todo, chavista. Puede resultar obvio, pero en estos tiempos en que alguna gente prefiere guardar silencio o decidió renegar expresamente de su identidad política, no es una cuestión menor: soy chavista.

Es algo sobre lo que he vuelto a pensar recientemente, a propósito de una fascinante conversación con el historiador Fermín Toro Jiménez, quien manifestaba que, a pesar de toda la grandeza de Chávez, y pese a considerarse un decidido antiimperialista, no se sentía chavista, sino bolivariano. Razones de peso tiene el maestro, a quien no juzgo en lo absoluto.

Con toda franqueza, no sé cuánto puede influir lo generacional en todo esto. Pienso, por ejemplo, en todas las razones que puede esgrimir un joven en sus veinte para no identificarse con el chavismo; es decir, una persona que no tuvo oportunidad de vivir y, por qué no, deslumbrarse con el

62. Reinaldo Iturriza López. *El chavismo salvaje*. Editorial Trinchera. Caracas, Venezuela. 2016.

63. Peter Weiss. *Informes*. Alianza/Lumen. Madrid, España. 1974. Págs. 117-156.

acontecimiento Chávez, y que se politizó, si fue el caso, en el momento más difícil de la revolución bolivariana.

El punto es que, sin duda alguna, soy chavista. Tal vez, en buena medida, porque vi aparecer al chavismo, aunque no lo comprendiera en su momento, y luego lo vi pelear con una audacia y un amor propio realmente maravillosos; quizá por la misma razón soy capaz de ver cómo sigue luchando, allí donde algunos solo ven desaliento y derrota; finalmente, quizá por eso mismo no puedo decidir hacerme a un lado y sentarme a esperar tiempos mejores.

Más que simple identificación, hay mucho de orgullo de clase popular, además de un saber-hacer la política a la manera chavista, a los que simplemente no deseo renunciar.

Se comprenderá que hacer una radiografía de esta naturaleza no es un ejercicio de nostalgia. No es mi interés sumarme al coro de quienes afirman que es necesario volver a ser lo que fuimos.

No saldremos del laberinto volviendo, por ejemplo, sobre las célebres tres raíces. Chávez mismo se imaginaba el árbol de las tres raíces “con un tronco, con ramas y un follaje en 360 grados. Ese árbol toma del subsuelo y de más allá de la atmósfera, de los rayos del sol, del infinito casi, para poder crecer y vivir [...], toma del ambiente, del entorno [...], desde la luz hasta la sombra, desde el ápice de las raíces, toma”.⁶⁴

Saldremos del laberinto tomando de nuestro entorno más inmediato, pero también del infinito; de nuestras luces, pero también de nuestras sombras.

Por último, por ahora, es una falacia aquello de que es imprescindible ubicarse por *afuera* del chavismo para tener una mirada global y no parcial, “polarizante”, de nuestra realidad. Antes al contrario, pienso que es posible construir una mirada global desde el chavismo, en permanente relación con ese *afuera*, y también con quienes adversan el proceso de cambios venezolano.

El chavismo emergió precisamente como ese *afuera* popular que irrumpió en el *adentro* cerrado de la política de elites, para hacer revolución. Para vivir bien. Nadie dijo nunca que lo sería eternamente. Pero algo sí es seguro: puede seguir siéndolo.

2 junio 2019

64. Agustín Blanco Muñoz. *Habla el Comandante Hugo Chávez Frías*. Cátedra Pío Tamayo, CEHA/ IIES/FACES/UCV. Caracas, Venezuela. 1998. Pág. 75.

Leales pero resignados

En octubre de 2013 escribí algunas líneas sobre un fenómeno que identificaba como uno de los principales peligros, si no el mayor, que enfrentaba la revolución bolivariana en la etapa que se abría luego de la desaparición física de Hugo Chávez: la lealtad resignada.⁶⁵

Seis meses después de haberme incorporado al primer gabinete del presidente Nicolás Maduro, asumiendo la responsabilidad de Comunas y Movimientos Sociales, resultaba evidente el microclima predominante en muchos espacios de decisión, y consideré mi obligación dar cuenta de ello públicamente, con el propósito de alertar sobre sus eventuales efectos políticos.

Advertía entonces que la lealtad resignada era lo propio de algunos personajes que no perdían oportunidad para declarar que bajo ninguna circunstancia serían capaces de traicionar el legado del comandante Chávez, expresión muy en boga ya para entonces, y para comprometerse a luchar hasta el final, con el problemático añadido, no manifiesto de manera expresa, de que el final era inminente o, en el peor de los casos, ya había tenido lugar.

El mensaje implícito de los leales pero resignados era que sin el liderazgo de Chávez sería imposible avanzar por la vía revolucionaria, lo que, visto en retrospectiva, en algunos casos ni siquiera era valorado de manera negativa, sino como una oportunidad irrepetible.

El correlato político de la lealtad resignada es el más burdo pragmatismo. Instalado el pragmatismo como signo de la política, el objetivo pasa a ser permanecer, renunciando a la posibilidad de avanzar. Para el pragmático se trata de aferrarse a lo existente. Su propósito en la vida deja de ser modificar el estado de cosas y actúa para preservarlo. En tal sentido, el pragmatismo es en esencia conservador.

65. Reinaldo Iturriza López. *Contra la lealtad resignada*. Saber y poder, 12 de octubre de 2013.

Si con Chávez en vida el pragmático nos hablaba de socialismo, obligado por un entorno que seguramente juzgaría opresivo, por aquellos días se sentía a sus anchas, liberado, y se daba el lujo de poner en entredicho la viabilidad del horizonte socialista de esta revolución. Negado el horizonte, se produce automáticamente la clausura estratégica. La política queda reducida a la táctica permanente para superar, a duras penas, coyuntura tras coyuntura.

La lealtad resignada de una parte de la clase dirigente chavista no solo contrastaba, que todavía sería una manera muy elegante de plantearlo, sino que chocaba de frente con el estado de ánimo de la mayoría de la base social del chavismo.

Había, eso sí, mucha tristeza en parte del pueblo, lo cual advirtió oportunamente el presidente Maduro, quien de hecho reflexionó en reiteradas oportunidades de manera pública sobre el asunto. Había también, y esto lo percibí una y otra vez en la calle, en interlocución directa con la gente, muchas dudas, casi siempre fundadas, respecto de nuestra capacidad para calzar los zapatos de Chávez, para seguir haciendo un ejercicio de la política genuinamente chavista. Me parece que las intensas jornadas de gobierno de calle durante aquel 2013 contribuyeron significativamente, al menos durante un tiempo, a despejar parte importante de estas dudas.

Entonces, como ahora, el pueblo chavista sentía una profunda inconformidad con el estado de cosas y luchaba para cambiarlo. Lo seguía animando un espíritu fundamentalmente revolucionario: deseaba cambiar todo lo que tenía que ser cambiado. Lo seguía animando, para decirlo con Gramsci, un indoblegable “espíritu de escisión”.⁶⁶

La referencia a Gramsci no es fortuita. En abril de 2013, en oportunidad de instruirme sobre los objetivos a cumplir por el equipo que me acompañaba en Comunas y Movimientos Sociales, el presidente Maduro ordenó trabajar para conjurar toda posibilidad de fractura hegemónica democrática y popular. El riesgo era claro, tanto como lo que nos correspondía

66. Jaime Pastor. *Apuntes sobre el pensamiento político-estratégico de A. Gramsci*. Viento Sur, 27 de abril de 2017. A continuación, todas las referencias a Gramsci están tomadas de este extraordinario ensayo.

hacer para enfrentarlo. Seis meses después, era igualmente claro que parte de la clase política chavista no compartía el mismo espíritu.

Esta ausencia de “espíritu de escisión” la vimos expresada muchas veces en quien estaría llamado a forjarlo: el nuevo Príncipe, es decir, el partido. Escribía Gramsci: “El moderno Príncipe debe y no puede dejar de ser el pregonero y organizador de una reforma intelectual y moral, lo que además significa crear el terreno para un ulterior desarrollo de la voluntad colectiva nacional popular hacia el cumplimiento de una forma superior y total de civilización moderna”.

Es ampliamente conocido el razonamiento de Gramsci respecto de la importancia de los intelectuales: el pueblo “siente”, pero no siempre “comprende” y “sabe”, y al contrario, los intelectuales “saben”, pero no siempre “comprenden” y “sienten” las aspiraciones populares. El papel del moderno Príncipe, en tanto intelectual colectivo, sería garantizar esa conexión: “no se hace política-historia sin esa pasión, o sea, sin esa conexión sentimental entre intelectuales y ‘pueblo-nación’. En ausencia de tal nexo las relaciones del intelectual con el pueblo nación son o se reducen a relaciones de orden puramente burocrático, formal; los intelectuales se convierten en una casta o un sacerdocio”.

En el caso venezolano, esta notable ausencia de “espíritu de escisión” en parte de la clase política chavista, tanto en funciones de Gobierno como en distintos niveles de la dirección del partido, y que se afianzaría a partir de 2016, luego de la derrota en elecciones parlamentarias, se tradujo en una situación muy singular: de un lado, un pueblo hecho voluntad colectiva nacional popular que siente, comprende y sabe; del otro, una dirigencia leal pero resignada, con una extraordinaria dificultad para saber, comprender y sentir las aspiraciones del pueblo venezolano, y convertida por tanto en algo muy similar a una Iglesia con muy pocos “fieles”.

Las manifiestas reservas expresadas por parte de la dirigencia respecto de las capacidades populares, su interpretación acomodaticia de lo que sería el socialismo, cuando no su renuncia expresa al horizonte de transformación anticapitalista; su apuesta por establecer alianzas con el capital, haciendo a un lado al pueblo organizado; la inclinación por salidas

privatizadoras, entre otros fenómenos, vendrían a ser el corolario de esa desconexión sentimental que ya se anunciaba en 2013.

Por eso no basta con proclamar a los cuatro vientos aquello de “leales siempre, traidores nunca”, puesto que, si no se puede ser leal con aquella conexión sentimental fundante de la política revolucionaria, ¿para qué sirve la lealtad? ¿A qué intereses responde la lealtad resignada?

Recomponer la voluntad colectiva nacional popular pasa necesariamente por una profunda reforma intelectual y moral de la dirigencia política, por la restitución plena de esta conexión sentimental, de esa pasión, para que sigamos haciendo historia.

6 junio 2019

La inmensa fatiga

El carácter es para el hombre su destino.

Heráclito

Cuando se decide dedicar la vida a la titánica misión de la liberación nacional, de la revolución social, de la emancipación de la especie humana, se debe aprender a lidiar con los triunfos y los fracasos. Con los triunfos para evitar el riesgo de envanecerse y, eventualmente, acomodarse a las nuevas circunstancias, arriando las banderas. Con los fracasos, que serán muchos, para reunir las fuerzas suficientes para seguir luchando.

Debe entenderse que una tarea de tal naturaleza implicará ir casi siempre a contracorriente o, como diría Walter Benjamin, a contrapelo de la historia,⁶⁷ teniendo que lidiar con un sentido común hecho a la medida del orden de cosas que se pretende cambiar radicalmente. Supone, además, estar dispuesto a asumir las consecuencias que se derivan de enfrentar poderes criminales, movidos fundamentalmente por el afán de lucro, y que están dispuestos a todo con tal de no retroceder un milímetro.

Retroceden, por supuesto, en esos momentos luminosos de la historia en que los pueblos consiguen avanzar a través de la lucha, episodios fulgurantes en que el tiempo parece detenerse, para luego dar un salto de décadas o de siglos en cuestión de días o años. Pero cuando estos poderes logran recuperar la iniciativa, retomar parte del terreno perdido, incluso ir hacia adelante, atropellando todo a su paso, los pueblos padecen la espesura de tiempos que parecen interminables, laberínticos, sin salida.

Ahora que la revolución bolivariana atraviesa por un difícil y fatigoso momento, es oportuno recordar uno de tantos episodios en que Hugo Chávez estuvo punto de darse por vencido y hacerse a un lado.

67. Walter Benjamin. *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*. Introducción y traducción de Bolívar Echeverría. Editorial Itaca. Universidad Autónoma de la Ciudad de México. 2008. Pág. 89.

En 1996, tanto Chávez como una pequeña parte del Movimiento Bolivariano Revolucionario Doscientos (MBR-200) estaban convencidos de la inviabilidad de la toma del poder por la vía armada, por lo que había que comenzar a considerar la idea de participar en las elecciones presidenciales de 1998.

Tras salir de la cárcel, en 1994, y mientras recorría varias veces el país, relata Chávez, “me dediqué a hacer contactos con nuestros cuadros militares que seguían en la Fuerza Armada. Estaban muy vigilados, y habían sido muy dispersados hacia la frontera. Conversando y analizando con ellos, llegué a la conclusión de que un nuevo movimiento militar no era viable. Carecíamos de verdadera fuerza militar, y el factor sorpresa había desaparecido”. En contraste, “yo percibía directamente en la calle, después de haber recorrido pueblos y ciudades, que el impacto del 4-F seguía vivo y que tenía un respaldo sólido en el país”.⁶⁸

Chávez narra lo que sucedió la primera vez que planteó la posibilidad de elegir la vía electoral, en una reunión en Cumaná, con la dirección del MBR-200 del estado Sucre: “Cuando llegamos después al sitio de descanso, mis propios escoltas, que andaban con una pistola o un fusil viejo de la época de la guerrilla, vinieron a hablar conmigo, eran como ocho. Me dijeron: ‘Comandante, lo queremos mucho, pero para elecciones no cuente con nosotros’”.⁶⁹

En el estado Zulia ocurrió algo similar: “Recuerdo una noche, en Maracaibo, cuando hice el planteamiento de que íbamos a empezar a discutir el tema [...]. Se pararon, y no recuerdo a nadie que me haya apoyado. Le estoy hablando de los cuadros regionales [...]. A nivel de la dirección nacional había una composición más o menos paritaria de opiniones, pero en la mayoría de las regiones opinaban que eso era traicionar al movimiento y al pueblo”.⁷⁰

El cuadro general era realmente desalentador: “Muchos compañeros me acusaban de traicionar el MBR-200, de dejarme llevar por el electoralismo. Afirmaban que el sistema nos iba a tragar [...]. Me sentía como en el banquillo de los acusados. Pasé unos días muy amargos, porque, después

68. Ignacio Ramonet. *Hugo Chávez. Mi primera vida*. Vadell Hermanos Editores. Caracas, Venezuela. 2013. Págs. 684-685.

69. *Ibíd.* Pág. 687.

70. *Ibíd.* Pág. 686.

de haber creado aquel MBR-200 y de haber ayudado a arraigarlo por todo el país, el movimiento se fue radicalizando hacia la no-participación en elecciones. Surgieron voces de mucho prestigio apuntalando aquello. Esa corriente fue tomando fuerza, repetían que ir a elecciones era traicionar al pueblo, hundir el movimiento y defraudar las esperanzas de la gente”.⁷¹

Luego de reunirse con la dirección del movimiento en el estado Táchira, Chávez sintió que no podía más: “Fuimos a San Cristóbal a otra reunión, y el veredicto fue peor para mí. Estaba cansado, golpeado duro, desalentado. Me dije: ‘Bueno, si es así, me retiro’ [...]. Recuerdo que al finalizar esa reunión en San Cristóbal, ya muy de noche, hablé con dos compañeros, fundadores del movimiento [...]. Les pedí: ‘Por favor, llévenme a la finca de mi padre’. Barinas queda como a tres horas. Aceptaron. Me acosté en el carro, tenía sueño, estaba cansado, cansado del alma. Me preguntaba: ‘¿Qué hemos creado? ¿Qué quiere esta gente? ¿Otro levantamiento militar? ¿Con qué? ¿Para qué?’. Ninguna posibilidad de éxito. ¡Y yo no era capaz de convencerlos! [...] Estaba sobre todo cansado. Sentía una inmensa fatiga. Necesitaba una cura de soledad [...]. Pasé como una semana allí meditando, paseando a orillas del río [...]. Me quedé solo. Como Jesús en el desierto. No acepté que fuera más nadie”.⁷²

Allí, en aquel remoto paraje, “en aquella semana de soledad y de meditación llegué a la conclusión de que mi análisis era correcto. Una voz interior me decía de cumplir con mi deber y asumir esa misión. Me convencí de que debía liderar el país si quería cambiarlo. Y mi primera tarea consistía en persuadir a mis compañeros. Volví a la batalla. No soy de los que se rinden ante la primera dificultad [...]. Decía Heráclito: ‘El carácter es para el hombre su destino’”.⁷³

Acto seguido, relata Chávez, “convoqué a un congreso nacional del MBR-200 para debatir durante varios días. Fueron debates duros. Les recordé que, a veces, si no se quiere que la política sea peor de lo que es, se tiene que actuar. Y eso, en algunos casos, implica –como decía Max Weber– vender el

71. *Ibíd.* Pág. 687.

72. *Ibíd.* Págs. 687-688.

73. *Ibíd.* Pág. 688.

alma al diablo. La política no siempre es para los puros.⁷⁴ Es humana en el sentido más terrible de la palabra. Los únicos que creen que la perfección es posible en política, son los fanáticos. Al final, se tomó la decisión de hacer una gran consulta. Algunos [...] no la aceptaron y se fueron. Pero bueno, lo que nos importaba, más allá de los sentimientos de los cuadros, era la opinión del pueblo [...]. Y al fin, en Valencia, el 19 de abril de 1997, se tomaron dos decisiones: primero, crear un instrumento político electoral; y segundo, lanzar mi precandidatura”.⁷⁵

La pregunta dista mucho de carecer de sentido: ¿qué hubiera ocurrido si Chávez no era capaz de sobreponerse a la inmensa fatiga, si optaba definitivamente por renunciar?

Hoy día resulta relativamente sencillo hacer balance histórico, y trazar la línea de continuidad entre la revolución teórica que protagonizaron los bolivarianos, con Chávez a la cabeza, cuando descubrieron la idea-fuerza de democracia participativa protagónica, a comienzo de los 90; la irrupción del chavismo como sujeto político, una vez que los militares rebeldes se fundieron en una misma fuerza con las clases populares, sobre todo después de 1994; la victoria electoral de 1998; las sucesivas victorias populares en los primeros años del siglo XXI; y la desaparición física del comandante en 2013, tras haber liderado una revolución que significó para las mayorías populares el mejor momento de toda su historia. Pero esa trayectoria ha podido verse truncada tan temprano como en 1997, como deja ver el relato del mismo Chávez.

Las derrotas pueden ser también combustible para las victorias por venir. Ellas pueden arrastrarnos incluso a la soledad. Forjar el carácter consiste, entre otras cosas, en descubrir que, incluso en las peores circunstancias, cuando se lucha por la causa de los pueblos, no estamos realmente solos.

9 junio 2019

74. Puede que Chávez haya tenido en sus manos alguna edición de “El político y el científico”, de Max Weber, con introducción de Raymond Aron. En esta puede leerse el siguiente fragmento: “A sus ojos, lo patético de la acción estaba vinculado a la antítesis entre las dos formas morales, la moral de la responsabilidad y la moral de la convicción. O bien obedezco a mis convicciones (pacifistas o revolucionarias, tanto da) sin preocuparme por las consecuencias de mis actos, o bien me siento obligado a rendir cuentas de lo que hago, aunque no lo haya querido directamente, y entonces las buenas intenciones y los corazones puros no bastan ya para justificar a los actores”.

En: Max Weber. *El político y el científico*. Alianza Editorial. Madrid, España. 1979. Págs. 34-35.

75. Ignacio Ramonet. *Hugo Chávez. Mi primera vida*. Op. Cit. Pág. 690.

Despolitizados, bobos

Y esta tierra será libre y esta patria será grande [...], digna para ellos y para los que vengan después de ellos [...], no será la patria boba.

Hugo Chávez, 12 de junio de 2004⁷⁶

Ya no somos la patria boba, somos patria caribe [...], ya no la patria boba aquella que la manejaban como les daba la gana [...], pueblo caribe es que somos.

Hugo Chávez, 19 de noviembre de 2010⁷⁷

Porque ellos creen este pueblo es pendejo [...]. No, ya este pueblo no es el pueblo pendejo de antes, esta no es la patria boba de antes, esta patria despertó, y ese es uno de los más grandes cambios que ha ocurrido aquí en estos [...] trece años, cambio cultural.

Hugo Chávez, 14 de septiembre de 2012⁷⁸

No deja de sorprenderme la pasmosa ligereza con la que se habla sobre la supuesta despolitización de la sociedad venezolana, fenómeno que además, según algunos, iría en aumento. Con una frecuencia que mueve a sospecha, opiniones de este tipo suelen estar asociadas a la idea de que para aproximarse a la Venezuela “real” hay que prescindir de la versión de los hechos que ofrecen chavismo y antichavismo.

76. Hugo Chávez Frías. *Intervención durante acto con motivo de la recuperación de planta procesadora de tomates*. Todo Chávez en la Web. Instituto de Altos Estudios del Pensamiento del Comandante Hugo Chávez. Barinas, Venezuela. 12 de junio de 2004.

77. Hugo Chávez Frías. *Intervención durante acto de entrega de libretas de ahorro a pensionados y pensionadas del IVSS, beneficiarios del decreto 7.401*. Todo Chávez en la Web. Instituto de Altos Estudios del Pensamiento del Comandante Hugo Chávez. Caracas, Venezuela. 19 de noviembre de 2010.

78. Hugo Chávez Frías. *Entrevista en el programa Punto de Encuentro del canal de TV Telellano*. Todo Chávez en la Web. Instituto de Altos Estudios del Pensamiento del Comandante Hugo Chávez. Barinas, Venezuela. 14 de septiembre de 2012.

Lo anterior es problemático al menos por dos razones: por un lado, supone un profundo desconocimiento del cambio cultural que se produjo en el país a partir de la emergencia del chavismo, durante la década de los 90, y que caló todavía más hondo durante la primera década del presente siglo; por otro lado, implica un desconocimiento igualmente profundo respecto de la variedad de matices presentes en el amplio espectro político venezolano.

En consecuencia, lo que pretende colarse como una mirada desde un ángulo distinto, que “descubre” al público lo que nadie más es capaz de ver, no pasa de ser una versión en extremo simplista, casi siempre interesada, de la realidad.

Tal impostura es de vieja data. Por ejemplo, desde los primeros años de la revolución bolivariana estuvo muy en boga el discurso contra la “polarización”, principalmente en boca de académicos de formación liberal de la más tradicional, para quienes el conflicto, lejos de ser el motor de la política, es aquello que la política debe canalizar, neutralizar, postergar. Entonces, como ahora, el chavismo era valorado como un hecho monstruoso, no la resultante de un conflicto histórico, sino más bien como un sujeto prepolítico casi, muy pernicioso, que más que atizar el conflicto abusaba de él, entorpeciendo el “normal” funcionamiento del sistema democrático.

Con origen en cierto antichavismo, en adelante tal discurso fue hecho suyo, casi invariablemente, por quienes, por una razón u otra, decidieron deslindarse del chavismo o fueron mantenidos al margen.

El oficialismo,⁷⁹ concepto que resume los usos y costumbres de las líneas de fuerza más conservadoras del chavismo, nunca fue muy hábil en el tratamiento de las diferencias a lo interno del movimiento. Mientras Venezuela estaba sacudida, como lo sigue estando, por el conflicto histórico entre dos gigantescos polos de fuerza, el oficialismo procuraba a toda costa evitar los rigores del conflicto interno, exigiendo disciplina aquí y allá, desoyendo la crítica popular. En cambio, se sentía cómodo polemizando con lo más impresentable de la clase política antichavista.

En definitiva, en medio de aquel conflicto, el oficialismo se conformó siempre con un remedo de la polarización, puesto que lo suyo es limitarse

79. Reinaldo Iturriza López. *¿Qué es el oficialismo?*, en: *El chavismo salvaje*. Editorial Trinchera. Caracas, Venezuela. 2016. Págs. 183-192.

a librar, única y exclusivamente, las peleas que puede ganar: la política boba. Y si llega a la conclusión de que la pelea con los dueños del capital es muy cuesta arriba, pues muy sencillo: busca establecer acuerdos.

El problema del oficialismo es hacer política boba en una patria que ya no es boba, sino caribe, y teniendo que lidiar con un pueblo que ya no es pendejo.

Incapaz de traducir el legítimo malestar popular, el hartazgo popular respecto de la política boba, el oficialismo apela, entre otros, al recurso manido del pueblo despolitizado (ingrato, indisciplinado, etc.), y mucho más ahora, en tiempos de repliegue popular de la política. Y a la inversa: cada manifestación de solidaridad, de perseverancia a toda prueba, cada demostración de capacidad de resistencia, cada acto de nobleza popular, es interpretado como puro y simple respaldo a secas.

Más allá del oficialismo, el problema es cuando se intenta comprender Venezuela ignorando las raíces históricas profundas de la polarización y, lo que es peor, la existencia de este remedo de polarización, de esta política boba, que es rechazada por el grueso de la base social del chavismo, y en general por la sociedad venezolana.

Despachar todo lo anterior es la vía más expedita para no comprender en lo absoluto lo que sienten y piensan las mayorías populares.

Así se llega a conclusiones tan absurdas como que cualquier manifestación de apoyo a la revolución bolivariana o de firme rechazo a las agresiones imperialistas, son expresiones de respaldo acrítico a la gestión de gobierno. Y al contrario: que el repliegue popular de la política o las severas críticas a la gestión de gobierno o al liderazgo chavista significan acuerdo tácito con la clase política antichavista.

Es un grave equívoco interpretar esta profunda disconformidad con la política boba como despolitización. Incluso en el acto de desafiliarse políticamente (de quienes ya no se reconocen en la identidad política) está presente una manifestación de voluntad política.

Si realmente se desea entender lo que siente el pueblo chavista, habrá de tomarse en cuenta que ni es bobo, ni está despolitizado.

La tragedia humana

“Como siempre, está la masa del pueblo y yo me echo encima de la masa, me abrazo con ella, sudo con ella, lloro con ella y me consigo. Porque allí está el drama, allí está el dolor, y yo quiero sentir ese dolor, porque solo ese dolor, unido con el amor que uno siente, nos dará fuerzas para luchar mil años si hubiera que luchar contra la corrupción, contra la ineficacia, y por el bien de un pueblo que es un pueblo noble, digno, valiente, como el pueblo venezolano. No hay que buscar mucho para conseguir la tragedia”.⁸⁰

Tales palabras, a medio camino entre la revelación y la declaración de principios, definen lo que era Hugo Chávez.

Esa actitud frente al drama, el dolor popular, nos habla del material del que estaba hecho el hombre, pero también permite ir comprendiendo la forma genuinamente chavista de hacer política.

No se trata de ir al encuentro de la tragedia humana para sumirse en la tristeza infinita y trashumar como lo haría un apóstol de la miseria, dejándose consumir por el resentimiento.

Al contrario, aquella búsqueda, aquel llanto colectivo, solo tenían sentido si se trataba de conseguirse consigo mismo, de encontrar las fuerzas para seguir luchando.

Un abismo separa esta actitud de Chávez con lo que suele hacer lo que pudiera llamarse el periodismo *exploitation*, muy en boga en años recientes.

El periodismo *exploitation* es el correlato periodístico de la “humanitarización” de la política, fenómeno que se afianza alrededor de 2015, cuando la vocería política antichavista hace suyo el discurso de la “crisis humanitaria”, que vendría a justificar no solo la “ayuda humanitaria”, sino sobre todo la “intervención humanitaria”.

80. Orlando Oramas León y Jorge Legañoa Alonso. *Cuentos del arañero*. Vadell Hermanos Editores. Caracas, Venezuela. 2013. Págs. 173-174.

Millones de seres humanos que nunca importaron a las elites, los prescindibles, los invisibles históricos, aparecen en el periodismo *exploitation* como el sujeto de la narración, súbitamente, siempre en el papel de víctimas “deshumanizadas” de un régimen, por supuesto, inhumano, tiránico, cruel.

Las víctimas “deshumanizadas” del periodismo *exploitation* tienen mucho de los infames de Foucault: “Al no haber sido nadie en la historia, al no haber intervenido en los acontecimientos o no haber desempeñado ningún papel apreciable en la vida de las personas importantes, al no haber dejado ningún indicio que pueda conducir hasta ellos, únicamente tienen y tendrán existencia al abrigo precario de esas palabras”.⁸¹ El ojo que se posa sobre ellas es el ojo humanitario, que vendría a devolverles a las víctimas algo de su humanidad robada.

Ya se trate de migrantes o “refugiados”, de seres ruinosos que se alimentan de la basura o mueren de mengua en los hospitales, de víctimas de la violencia criminal, de la represión gubernamental, de las torturas en las mazmorras del régimen, siempre son sujetos dignos de lástima.

No por casualidad en el mismo período se han multiplicado las campañas de caridad, dirigidas a socorrer a las víctimas de un Estado ausente. Ninguna campaña contra las brutales sanciones imperiales, contra los oligopolios de los alimentos o contra las clínicas privadas, cuyos propietarios financian muchas de estas iniciativas caritativas.

La “humanitarización” de la política se traduce en una política lastimera, que solo puede prevalecer y alcanzar sus objetivos si suscita una subjetividad igualmente lastimera, lo que ha logrado parcialmente: gente que dentro y fuera del país va dando lástima, en algunos casos declarándose perseguida o simplemente víctima, por una u otra razón, y que narra con lujo de detalles el infierno venezolano, no tanto para apelar a la solidaridad del interlocutor, sino para mendigar auxilio.

Ahora bien, la tragedia es real. Y como lo decía Chávez, no hay que buscar mucho para conseguirla.

81. Michel Foucault. *La vida de los hombres infames*, en: *Estrategias de poder*. Obras esenciales, volumen II. Paidós. Barcelona, España. 1999. Págs. 394-395.

Política que no es capaz de empatizar con la tragedia popular, podrá ser cualquier otra cosa, incluso política lastimera, pero no política chavista.

A quienes tenemos la oportunidad y en algunos casos incluso el privilegio de intervenir en el espacio público, nos corresponde abrazarnos con ese dolor que es nuestro dolor, y luchar también contra la corrupción, la ineficacia, contra las desviaciones, las omisiones, lo mal hecho.

Es preciso contar la historia del pueblo que se sobrepone al sufrimiento y lucha, con esa infinita alegría que nos define, pero igualmente la del pueblo abatido, frustrado, desorientado, no para solazarnos en el abatimiento, sino precisamente para insuflar ánimos, para hacerle saber que vale, que su dignidad nos hace más humanos, para orientarlo, lo que muchas veces sirve, además, para reorientarnos. En suma, para acompañarlo, que es también una forma de conjurar nuestra propia soledad.

Acompañar al pueblo abatido no significa mostrarnos débiles, sino hacernos más fuertes.

“Yo veo aquel cuadro dantesco y otro niño más atrás, también en brazos de la madre, y la cara desfigurada por aquí. La quijada por un ladito ahí y la cabeza desfigurada. Creo que un caballo le dio una patada y le fracturó la quijada, se la abrió en dos. Se le curó sola, porque la madre no consiguió quién lo atendiera. Entonces está deforme el niño, tiene como dos quijadas. Eso está pasando aquí delante de alcaldes, de gobernadores, de presidentes, de médicos, de todos”.⁸²

Y eso no puede seguir pasando.

16 junio 2019

82. Orlando Oramas León y Jorge Legañoa Alonso. *Cuentos del arañero*. Op. Cit. Pág. 174.

Conversos

Creo no equivocarme si afirmo que el chavismo es un sujeto más bien silente. Habrá sus excepciones, como es natural, pero me parece que lo distingue un cierto autocontrol, una cierta cautela que le permite salir airoso en las situaciones más comprometidas, escurrirse, caer de pie, preservar la integridad no solo física, sino espiritual. Rara vez se le verá vociferante en una oficina pública, en el abasto, en el quiosco de la esquina, en la cola del banco, en el ascensor, durante una celebración familiar, en una reunión de amigos.

Reconozco que lo de silente puede prestarse a interpretaciones erradas: no es que prefiera callar frente a la injusticia o permanecer impávido frente a la ofensa. Mucho menos se trata de que no tenga nada que decir o que sienta vergüenza por lo que es, siente y piensa. Llegado el momento, habla, fuerte y claro, y si el caso lo amerita, actúa.

Habitado a lidiar con la adversidad, a ser ninguneado, ignorado, invisible, no le costó mucho trabajo adaptarse a un ambiente político hostil.

Si hubiera que emplear una expresión que remite a la forma como suelen resolverse muchos problemas en la escuela y en el liceo, el chavismo tiene mucho de esperar en la bajadita histórica.

No es que les rehúya a los problemas, es que está tan acostumbrado a ellos que ha aprendido a distinguir el momento oportuno o a encontrar la forma adecuada, más justa, más inteligente, de resolverlos.

En su ambiente, en el barrio, pongamos, o en el campo, sabiéndose mayoría, o simplemente libre de peligro, puede entablar largas discusiones con sus adversarios, siempre salpicadas de humor, ya se trate del más divino o del más profano, con preferencia por este último.

En circunstancias de extrema hostilidad, cuando hallándose en clara desventaja presiente que la agresión es inminente, siente miedo, como cualquiera, y puede simular ser lo que no es, intentar pasar desapercibido. Pero puede ocurrirle lo que a Orlando Figuera, quien sabiéndose perdido, condenado a muerte, optó por aceptar su destino: “Respondiera lo que

respondiera me iban a matar. Dije que sí. Soy chavista, qué pasa”,⁸³ relató a su madre poco antes de morir. A lo sumo, sus asesinos habrán interpretado aquellas palabras como una confesión cargada de resignación, como una prueba de su culpabilidad, y no como lo que realmente fue: una reafirmación de su dignidad, imposible de asimilar por sus victimarios.

El converso, en cambio, siente una necesidad imperiosa, inaplazable, de vociferar su desencanto. Enfrentado al difícil trance de justificar su vergonzosa claudicación, se declara avergonzado por su pasado, y no pierde oportunidad para declarar lo traicionado, lo engañado que se siente. Alguien, alguna vez, abusó de su confianza o se aprovechó de su ingenuidad o se burló de sus sueños, y ya no está dispuesto a permitirlo, dice.

Pero si quien traicionó, engañó, abusó, se aprovechó o se burló merece todas las ofensas, nadie le parece más despreciable que quien sigue fiel a sus principios, a sus convicciones, y sigue luchando. Los acusa de mediocres, justificadores, engegucidos, privilegiados, cómplices.

La actitud vociferante de los conversos persigue un propósito adicional: ser aceptado por el medio que antes los hostilizaba, por considerarlos extraños, monstruosos, incivilizados, ignorantes, locos. Renegar a viva voz es una manera de demostrar que se ha rectificado, que se ha corregido el rumbo, que se ha entrado en razón. Penosamente, esto no siempre funciona: quien ha hecho de la hostilidad una forma de hacer política no cesará de exigir una y otra declaración de nueva fe. Para los conversos, el pasado es una condena, es como una maldición que les persigue, obligándolos a vociferar las peores cosas, más alto y más fuerte, entrando en un círculo vicioso que parece no tener fin.

No es casual la multiplicación de conversos en tiempos recientes. “La doctrina de shock”,⁸⁴ de Naomi Klein, abunda en detalles sobre los efectos que producen las medidas de *shock* económicas, políticas o sociales, características de lo que llama el “capitalismo del desastre”. Klein pone al descubierto el siniestro parentesco entre los métodos de tortura empleados

83. Jairo Vargas. “A mi hijo lo quemaron vivo por ser chavista”. Público, 16 de mayo de 2019.

84. Naomi Klein. *La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre*. Paidós Ibérica. Barcelona, España. 2007.

por el Gobierno estadounidense y estas medidas de *shock*. El objetivo es hacer tabla rasa, bien en el cuerpo y la mente de los torturados, bien en las sociedades, para crear una nueva personalidad o para hacer aceptables, deseables incluso, las formas más brutales e inhumanas de capitalismo.

Por supuesto, no hay nada de poder creador en la tortura, sino puro poder destructivo. Una destrucción que, eventualmente, hace renegar al torturado de su personalidad. En el caso de las sociedades, la tortura económica, política y social tiene como uno de sus objetivos destruir la memoria histórica, para suscitar conjuntos humanos desorientados, aterrorizados, sumisos.

A propósito de las agresiones del Gobierno estadounidense contra la sociedad venezolana, Alfred-Maurice de Zayas afirmaba: “Las sanciones y los bloqueos económicos de nuestros días pueden compararse con los asedios de las ciudades en la Edad Media con la intención de obligarlas a rendirse. Las sanciones del siglo XXI intentan que caigan de rodillas no solo una ciudad sino países soberanos.”⁸⁵ Más recientemente, manifestaba Idriss Jazairy: “Es difícil imaginar cómo es que las medidas que tendrán el efecto de destruir la economía de Venezuela e impedir que los venezolanos envíen dinero a casa puedan decirse que están dirigidas a ayudar al pueblo venezolano”.⁸⁶

Con las sanciones, Venezuela está siendo literalmente sometida a tortura, entre otras razones para que, agobiado por circunstancias extremas, el pueblo venezolano reniegue de su identidad política. Tal cosa no ha ocurrido del todo.

A los conversos por simple inconsecuencia política vienen a sumarse los conversos como consecuencia del inhumano asedio contra la población. Pero la identidad política chavista se mantiene en pie.

Hay que saber distinguir entre este fenómeno de la conversión y el malestar popular, la desafiliación política, incluso. La dificultad es

85. Naciones Unidas. *Informe del Experto Independiente sobre la promoción de un orden internacional democrático y equitativo acerca de su misión a la República Bolivariana de Venezuela y al Ecuador*. Septiembre de 2018.

86. Naciones Unidas. Oficina del Alto Comisionado. *US sanctions violate human rights and international code of conduct, UN expert says*. 6 de mayo de 2019.

comprensible: los vociferantes hacen mucho ruido. Pero hay que aprender a escuchar el rumor popular subterráneo, cuasi silente, que nos habla de los errores y miserias de funcionarios y dirigentes, pero también de sus aciertos, de Chávez, de su voluntad de no renunciar definitivamente a todo lo construido durante la revolución bolivariana.

Puede que decida replegarse, mantenerse al margen; puede incluso que encuentre razones para no sentirse identificado con el chavismo. Pero eso es una cosa, y otra muy distinta es suicidarse políticamente.

20 junio 2019

Irreductibles

“Es más allá de la izquierda donde está la solución, donde están las fuerzas movilizables para romper el aterrador futuro de un país que tiene cinco lustros marcados con nombre y apellido”.⁸⁷ Eso decía Alfredo Maneiro en 1980, muy importante referente histórico de la izquierda venezolana, y con quien Chávez tuvo oportunidad de dialogar varias veces hacia finales de los 70, cuando iniciaba apenas su carrera militar.

La solución comenzaría a fraguarse la década siguiente, con la irrupción histórica del chavismo, un sujeto político que, con Chávez a la cabeza, logró constituirse en una poderosa voluntad colectiva nacional y popular, trascendiendo, por mucho, el espacio de la militancia política de izquierda, si bien esta tuvo desde el principio un notable protagonismo, asumiendo la dirección en distintos niveles del movimiento.

Sería un absoluto despropósito negar el decisivo influjo de la izquierda militante en el chavismo. Pero habría que reconocer igualmente que mucho de la audacia de este último tiene relación directa con el muy particular proceso de politización que experimentó, y que le permitió incorporarse a la lucha política sin cargar con las rémoras de la vieja cultura política de izquierda, con sus visos de autoritarismo, dogmatismo, sectarismo y corteidad de miras estratégica, haciéndose de un arsenal de ideas-fuerza que poco o nada tenía que ver con las estrecheces propias de las lecturas de manual, y sí mucho con los problemas del país real, y con figuras históricas que, revisitadas por el chavismo, adquirirían una actualidad y una centralidad casi sin precedentes.

De la mano de Bolívar, Rodríguez y Zamora, sin negar otros referentes históricos, políticos y teóricos, y dibujando como horizonte la democracia participativa y protagónica, el chavismo se dispuso a la conquista del

87. Alfredo Maneiro. “Más allá de la izquierda es donde está la solución”, en: *Escritos de filosofía y política*. Fondo Editorial ALEM. Los Teques, Venezuela. 1997. Pág. 306.

poder político, no sin antes conquistar el alma de las mayorías populares, ahora movilizadas para derrotar a quienes identificaba como los responsables de la tragedia nacional, y para conjurar definitivamente el aterrador futuro del que hablaba Maneiro.

El chavismo siempre se ubicó más allá de la izquierda, y si en algún momento se planteó la construcción de algo llamado socialismo del siglo XXI, no fue porque decidiera retroceder, sino porque consideró que las condiciones históricas estaban dadas para plantearse una reinvención de la izquierda revolucionaria, saldando cuentas con las experiencias de lo que Daniel Bensaïd llamó los socialismos realmente inexistentes.⁸⁸

Si hoy es necesario hacer un balance de aquella apuesta por la reinvención, el punto de partida tendría que ser dar cuenta de aquella singular relación entre la izquierda y el chavismo. Elegido, por la razón que fuere, un punto de partida distinto, cualquier balance tendría que pasar necesariamente por allí.

Marcar distancia del chavismo desde posiciones de izquierda es un atajo que no conduce a ninguna parte, aunque también puede conducirnos a una situación muy similar a la que refería Maneiro: orgullosos de nuestra filiación política de izquierda, pero lejos, muy lejos de la solución a nuestros problemas.

Chávez se refirió en varias oportunidades a una frase que le escuchó decir alguna vez a unos viejos militantes de izquierda: “Pocos, pero irreducibles”. Las circunstancias son más o menos como siguen: los viejos militantes tenían la misión de hacer trabajo de masas para ampliar la base social del movimiento. Al cabo de un tiempo les tocó rendir cuentas: relataron los numerosos obstáculos que se encontraron a su paso, tal vez la desconfianza de la gente, su identificación con los viejos partidos del orden, sus vicios, sus limitaciones. No tanto con resignación, sino más bien como consuelo y con un orgullo imposible de disimular, concluyeron su reporte con aquella sentencia: “Somos pocos, pero irreducibles”.

El problema, por supuesto, es que las revoluciones no se hacen con un puñado de irreducibles. “No, no podemos ser pocos, tenemos que ser

88. Daniel Bensaïd. *El escándalo permanente*. Le site de Daniel Bensaïd, abril de 2009.

muchos”,⁸⁹ decía Chávez en otra oportunidad. Y para lograrlo, es preciso asimilar que el militante no es el principio y el final de la política revolucionaria: “Es decir, ¿tú y yo y cinco iluminados de la moral nueva vamos a prefigurarnos esa moral y a tenerla clara antes de ir a un proceso de organización del pueblo, o vamos a conseguir esa nueva moral allá abajo en el pueblo? [...] ¿No será más bien que la revolución tuya dependerá de la revolución del colectivo? ¿No será más bien una consecuencia y no una causa? [...] Yo creo más bien, y cuando salí de la cárcel dije: voy a las catacumbas del pueblo. Porque no se trata de la moral de Hugo Chávez [...]. Yo voy allá abajo, me va a caer el excremento, me van a revolotear las moscas, me va a picar una serpiente, sí, pero yo prefiero eso a tener mi moral incólume en la montaña, hablando con el sol y con la roca [...]. Es que hasta la definición de esa moral depende de la liga de excremento y sangre, purezas e impurezas de un colectivo que está allá abajo”.⁹⁰

Ahora que la revolución bolivariana atraviesa por un difícil trance histórico, y que comienza a debilitarse la identificación de las clases populares con el chavismo, muchos de nosotros optamos por reaccionar como aquellos viejos y respetables camaradas, de los que nadie podrá decir nunca que claudicaron, y consideramos que la opción más digna es reafirmarnos en nuestra irreductibilidad.

No hay problema, quedaremos unos pocos, pero irreductibles; cuántos nos ustedes; cuando ustedes quieran, nosotros queremos.

Incluso, desde nuestra irreductibilidad señalamos a quienes pretenden cuestionar a la revolución bolivariana desde posiciones de izquierda, y les acusamos de no comprender el alma popular, lo que, dicho sea de paso, suele tener mucho de cierto. Pero nos resulta muy cuesta arriba reconocer en nuestra irreductibilidad una de las principales características de la vieja cultura política de izquierda: el sectarismo.

89. Hugo Chávez Frías. *Conversatorio con delegados asistentes al XVI Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes*. Todo Chávez en la Web. Instituto de Altos Estudios del Pensamiento del Comandante Hugo Chávez. Caracas, Venezuela. 13 de agosto de 2005.

90. Agustín Blanco Muñoz. *Habla el Comandante Hugo Chávez Frías*. Cátedra Pío Tamayo, CEHA/IIES/FACES/UCV. Caracas, Venezuela. 1998. Págs. 441-442.

Tal vez me equivoque, pero me atrevo a sugerir que hay una irreductibilidad chavista que puede distinguirse de la típica irreductibilidad de militante de izquierda. En mi caso particular, no siempre tengo claro cuándo asumo una u otra actitud. Una delgada línea las separa.

De la primera se me ocurren muchos ejemplos: relatos que rayan en lo increíble de todo lo que hizo mucha gente para poder votar el 30 de julio de 2017, cuando elegimos la Asamblea Nacional Constituyente. La señora que, el 23 de febrero de 2019, en San Antonio del Táchira, con lágrimas en sus ojos, explicaba las razones por las cuales había acudido hasta el puente Simón Bolívar, para impedir que una fuerza extranjera, alentada y acompañada por el cipayaje, violentara la soberanía nacional, introduciendo a la fuerza la mal llamada “ayuda humanitaria”.

Hay en esos episodios, como en muchísimos otros, una voluntad inquebrantable de seguir siendo libres, de resolver nuestros asuntos entre nosotros mismos, democráticamente, exponiendo la propia vida, voluntad que se expresa en la calle, juntándose con los otros, sin importar el riesgo, o sorteando innumerables peligros para hacer posible, precisamente, el acto de juntarse, para encontrarse, reunirse con los millones que comparten esa misma voluntad.

En cambio, la irreductibilidad de izquierda es cuestión más bien de nichos, autorreferente, de pequeños grupos, un poco paranoica, más cercana a la política conspirativa que al trabajo de calle. Jactanciosa, le cuesta ponerse en los pies del otro, porque claro, solo ella está parada donde corresponde, dice todo lo que puede decirse y calla todo lo que debe callarse. El espíritu de secta le corroe. Le cuesta empatizar con el que siente, piensa y actúa diferente, y mucho más con el que exhibe sus debilidades, sus temores, sus flaquezas.

El asunto es que con tal actitud es imposible ser mayoría. Con toda la razón del mundo, y por más doloroso que pueda resultarnos, las mayorías populares no encuentran a sus referentes políticos y éticos entre nosotros, los irreductibles de izquierda. Al contrario, somos nosotros los que nos encontramos frente a una oportunidad con frecuencia irreplicable cuando un liderazgo revolucionario es capaz de empatizar con las miserias y grandezas populares, y de esa interlocución resulta una fuerza política extraordinaria.

Entonces, los irreductibles de izquierda nos incorporamos, gozosos, a la tarea de hacer una revolución que no hubiéramos podido liderar ni en sueños.

Nos falta mucho de la humildad militante con la que el pueblo se hizo chavista. Nos falta disposición para aprender todo lo que el pueblo irreductiblemente chavista todavía puede enseñarnos.

23 junio 2019

El no-lugar de la política

Ponga usted el caso de un joven que ronda los veinte años y está iniciando estudios universitarios. Es inteligente, sensible. No solo cree en su país: le duele en el alma lo que está pasando y, en lugar de marcharse, quiere hacer algo al respecto. Está estudiando para resolver lo material, claro que sí, desea tener un buen trabajo, apoyar a sus padres, enamorarse, ir de fiesta, viajar, formar un hogar, pero eso le resulta insuficiente. Le hierve la sangre cada vez que se comete una injusticia. Quiere hacer la diferencia, sumarse a algún esfuerzo colectivo.

Acto seguido, el joven en cuestión identifica los referentes políticos más cercanos, muy probablemente entre sus compañeros de clase. Le resulta imposible reconocerse en el antichavismo, en sus métodos, en sus prejuicios de clase y raza, en su desprecio por lo popular. Puede que provenga del barrio como puede que no; puede que su familia pertenezca a la clase media popular. Cursó primaria y bachillerato en planteles públicos. Muchos de sus amigos, entre ellos los que considera sus mejores amigos, son de origen humilde, estudiaron con mucho esfuerzo, algunos de ellos incluso tuvieron que trabajar para costearse sus estudios, para ayudar en la casa. La realidad del mundo popular no le resulta ajena, conoce de sus sueños y frustraciones, de sus triunfos y fracasos. Si va a hacer algo, lo hará preferiblemente con gente que pertenece a su mundo. Con ellos, gente sin privilegios, se siente en confianza.

Entonces voltear a ver a sus compañeros chavistas. Por lo general mediocres, indisciplinados, arrogantes, sus intervenciones en clase parecen un panfleto mal elaborado: no aportan una idea nueva, su discurso es trillado, repetitivo, hueco. Las ropas que visten, el teléfono que usan, no se corresponden con su origen de clase. Parece que tuvieran la vida resuelta. Entre la prédica y la práctica cotidiana media un abismo insalvable. Imposible, por tanto, reconocerse en lo que tienen como referentes inmediatos del chavismo.

¿Dónde irá a hacer política el joven en cuestión? Rodeado de intolerantes y elitistas, discurseros y acomodados, pareciera condenado a ocupar un no-lugar de la política, sin que le sea posible establecer alguna relación de interlocución con los dos polos de la política boba, como no sea para expresarles su más rotundo rechazo.

No es puro ejercicio de imaginación: tal cuadro es el resultado del intercambio de historias e impresiones con profesores y estudiantes universitarios. Chavistas todos, o por lo menos no identificados con el antichavismo.

Situaciones similares se repiten Venezuela adentro: en lugares de trabajo, en muchas comunidades, desde las más próximas hasta las más remotas. Grupos humanos o poblaciones enteras a merced de funcionarios o políticos indolentes, pusilánimes, que simulan pelear por un mejor destino para el país, mientras se pelean por copar espacios de poder y oportunidades de negocios.

Hace rato que la política real, la más genuina, no pasa por los espacios controlados por la política boba. El problema es que esta última pretende el monopolio de la política, en perjuicio de la inmensa mayoría del país, incluyendo, por supuesto, el grueso de la base social tanto del chavismo como, intuyo, del antichavismo.

La política del futuro, aquella que emergerá tras la derrota definitiva de la política boba, se nutrirá, al menos en parte, de lo que sean capaces de hacer quienes hoy ocupan ese no-lugar de la política. Tal es la misión histórica que el destino les ha reservado, por más grandilocuente que pueda parecerles la sentencia. Les corresponde asumir una inaplazable tarea de reinvencción, reformulando el discurso y la práctica políticos, creando lo nuevo.

Hace tiempo que lo peor del antichavismo intentó picar adelante, conectándose con el malestar popular, no con el propósito de reinventar absolutamente nada, sino de prevalecer. Es uno de los peligros que hay que saber identificar: quienes no tienen otra forma de hacer política sino reproduciendo la lógica de la política boba, intentarán presentarse como una alternativa novedosa, digerible, potable.

Lo peor del antichavismo intentó sacar ventaja cuando inventó aquello del “enchufado”. El vocablo fue introducido por el equipo de Capriles Radonski durante la campaña presidencial de 2013.

Supuestamente dirigido contra los “funcionarios”, el vocablo ponía en la mira tanto a las Misiones como a la organización popular en las comunidades, pilares de la revolución bolivariana. Una tristemente célebre pieza televisiva⁹¹ difundida durante la referida campaña dirigía sus ataques, específicamente, contra las Misiones educativas y la Gran Misión Vivienda Venezuela. Las que hablaban eran dos mujeres de barrio. Muy convenientemente, la que empleaba el vocablo era la mujer de franela roja. El que conoce algo de política venezolana sabe que las Misiones serían inconcebibles sin la organización popular.

El metamensaje del equipo de campaña de Capriles Radonski era el siguiente: las Misiones no son más que ocasiones para la trampa, para el aprovechamiento de los más “vivos”, de los que tienen “compadres” que están “enchufados”, de los “amiguitos de siempre”. Por tanto, no vale la pena organizarse. No era, insisto, un mensaje contra los “funcionarios”. Era un mensaje de desaliento, que buscaba suscitar la impotencia política, el cinismo, para que dejáramos de creer en la potencia de la organización popular.

Una campaña tiene eficacia política cuando logra, así sea parcialmente, colonizar el pensamiento, lo que se traduce en el lenguaje que empleamos para nombrar el mundo. Y aquella campaña fue eficaz: hoy día el vocablo es usado frecuentemente por muchos chavistas y, no por casualidad, por muchos de quienes ya no se identifican con el chavismo. ¿Cómo nombrar a aquellos estudiantes chavistas discurseros y acomodados? Pues como “enchufados”. Parece hasta obvio.

El lenguaje que empleamos no solo nos permite nombrar el mundo, sino interpretarlo. Colonizado nuestro pensamiento por el lenguaje empleado por lo más impresentable del antichavismo, solo podemos interpretar el

91. Todo Marketing Político. (2 de abril de 2013). Spot *¿Vas a votar por los enchufados?* – Campaña Capriles Presidente 2013 [Archivo de video]. YouTube. <https://youtu.be/RxXrohu5lDw>

mundo de manera cínica, desde el desaliento, desde la profunda desconfianza en nuestra propia fuerza para transformarlo.

Por definición, el chavismo está mejor preparado para dirigir el necesario ejercicio de reinvencción política. Tiene su origen histórico en una gigantesca voluntad transformadora, además motorizada fundamentalmente por las clases populares, a la que debe seguir siendo fiel. Pero para ello debe estar dispuesto a dialogar fluidamente con quienes hoy ocupan ese no-lugar de la política. Sin ignorar sus raíces, y todo lo que tiene de grandiosa trayectoria, debe encontrar allí algunas de las pistas que le permitan resolver el misterio de sus miserias, saldando cuentas con la política boba. Hace unos años llamaba a esto mismo “repolarizar”.⁹²

Tal vez sea ella, la política boba, una de esas pistas. Por eso el empeño en llamarla como corresponde. Para que deje de simular lo que no es, y para que la política sea lo que piensan, sienten y desean las mayorías populares.

27 junio 2019

92. Reinaldo Iturriza López. *El chavismo salvaje*. Editorial Trinchera. Caracas, Venezuela. 2016. Págs. 117-147.

Duelo

No hay manera amable de plantear este asunto. Tal vez por eso decidí que lo mejor sería citar de entrada algo que escribió una amiga, Mine Saravia, el 1 de diciembre de 2018.

Mine comenzaba por referirse a la desilusión de tanta gente cercana, no con el Gobierno, sino con la revolución, que a veces se funden en uno solo, pero que son cosas muy distintas. Es un tema difícil, espinoso, porque es imposible no herir susceptibilidades, y atravesamos por un momento en que las pasiones tristes están a flor de piel.

Razones para estar molestos hay muchas. Mine enumeraba varias de ellas, y en este punto era muy enfática: al respecto no hay discusión que valga. Sin duda alguna hay muchas razones para estar molestos. Pero lo que hace la diferencia es la manera como decidimos lidiar con los problemas: “No es que me desilusioné [...], pero voy a seguir dando la lucha por mi lado, con los míos, en mi barrio [...], con el pueblo [...]. No. Es que ya no quiero nada con nadie [...], y ahora no ayudo a nadie, y ahora no creo en nadie”, escribía, sin ocultar su desazón.

Por tal motivo, seguía Mine, “también estoy molesta con mi pueblo”, con esa “gente que decidió vivir literalmente de estafar a los otros”, pero no es capaz de organizarse para “sembrar” o para “formar un consejo comunal”, entre tantas otras cosas que es posible y necesario hacer.

A esa gente, Mine les interpelaba con dureza: “No te aferres a Chávez. Chávez ya se murió. Y quizá sea tiempo de dejarlo ir. Porque [...] pareciera que nos aferramos a él como ese salvador eterno que nos sacó de lo malo y nos llevó a un lugar mejor, y [...] ahora que él no está, solo podemos, como a Jesucristo, rezarle y esperar lo mejor, mientras en la práctica no hacemos nada. Chávez no fue Jesús. Chávez no es una religión. Chávez es, debe ser, una semilla [...]. Que no sea el salvador al que le pedimos, sino que sea la semilla que nace en nosotros para movernos, para ser mejores, para vivir la

revolución día a día en nuestras vidas [...] Claro que sí se puede. Se puede ser solidario [...], empezando por ese pequeño país que son nuestros hogares, podemos ser también semilla en nuestros hijos, familiares, amigos”.

Tiene razón Mine: es como si tras la ausencia física del hombre divinizado, muchos de nosotros estuviéramos condenados a actuar como humanos, demasiado humanos, y a darle rienda suelta a lo peor de nosotros mismos. Luego elevamos nuestras plegarias, acaso para quedar libres de pecados momentáneamente, nos lamentamos por la irreparable pérdida del salvador, maldecimos a los falsos ídolos que ya no son capaces de hacer milagros, y de nuevo a sacar ventaja del otro en el infierno de la vida cotidiana, a caminar en círculos, encolerizados y enajenados, como si no tuviéramos libre albedrío.

¿Qué tipo de vida es esa? Una que no es digna de ser vivida. Es cierto, no tenemos más alternativas, solo una: sacudirnos esa idea de que fuerzas tan poderosas que parecen de otro mundo nos obligan a purgar esa condena.

Chávez, el ser humano de carne y hueso, murió. Y si antes no pudimos vivir nuestro duelo, ha llegado el momento de hacerlo.

Dejarlo ir a Chávez, vivir nuestro duelo, no significa que Chávez deje de estar entre nosotros o que la rebelión popular terminó. Al contrario, significa que la rebelión debe continuar o, en dado caso, comenzar de nuevo.

Y para comenzar de nuevo es preciso quemar los altares. No se malinterprete: puede que Chávez se haya ganado un lugar en la Corte de los Libertadores. No se trata de ir en contra de la religiosidad popular.

Quemar los altares quiere decir destruir todo lo que pueda separarnos del hombre que vivió y murió por la causa popular. Destruir el lugar imaginario donde reposan las figuras que solo pueden ser adoradas si están arriba, muy arriba, inalcanzables, inaccesibles, o que nos obligan a hincarnos de rodillas.

Quemar los altares significa dejar de creer en el hombre idealizado cuyo ejemplo es imposible de seguir, y creer en los hombres y mujeres del pueblo que sirvieron de ejemplo e hicieron posible a Hugo Chávez. Significa que si nos vamos a poner de rodillas, solo será para arrancar la mala hierba y sembrar la semilla, como escribía Mine, para preñar la tierra.

Porque es en esta tierra donde tendremos que continuar o comenzar de nuevo la rebelión popular, y si para ello es preciso organizarla también en el cielo, pues tendremos que hacerlo.

Algo que he aprendido trabajando la tierra es que la hierba mala no se arranca de una vez, tirando hacia arriba, aplicando la pura fuerza bruta. Para arrancarla de raíz hay que halarla de lado, manotearla, administrando la fuerza con inteligencia, haciendo movimientos ondulares, casi a ras de suelo, una y otra vez, hasta que cede.

A estas alturas no estoy seguro de qué celebré más: regar la tierra de semillas, ver el maíz crecer, cosechar o aprender a arrancar la mala hierba. Es completamente falso, dicho sea de paso, aquello de que la hierba mala nunca muere. Porque muere, pero cómo da trabajo.

La mala hierba es una forma de vida que obstaculiza la vida. Como el desaliento. Por eso es que cuando uno se dispone a arrancarla, está lidiando con un asunto de vida o muerte.

Algo similar ocurre con el duelo: la mala hierba es como la vida mala, esa que vivimos cuando no somos capaces de lidiar con la muerte. Si el duelo es esa circunstancia que nos obliga a aceptar nuestra finitud y la de los nuestros, también nos enseña que luego de la muerte la vida continua, como habrá de continuar cuando ya no estemos.

Luego del duelo, ¿qué queda? Sembrar. Aferrarnos a la muy profana certeza: el principio y el final es la rebelión popular.

30 junio 2019

Café

El 20 de febrero de 2009 cayó de sorpresa Chávez en la casa de Nohemí, por allá en la comunidad de El Cayude, unos diez minutos más allá del pueblo de Tocuato, en la vía que enlaza la ciudad de Coro con Punto Fijo, en el estado Falcón.

Si su humilde casa ya era pequeña, Nohemí no cabía de la emoción, mucho menos cuando entró Chávez acompañado de su equipo. El comandante le preguntó si tenía café y Nohemí corrió a prepararlo. Volvió con el café, Chávez se lo llevó a la boca, y enseguida supo que algo extraño estaba pasando. Le preguntó a Nohemí si ese era realmente el café que le había hecho, y ella asintió, por supuesto, aunque un tanto nerviosa.

Falso. El equipo de seguridad se había escurrido sigilosamente hasta la cocina y, antes de que Nohemí pudiera alcanzarle la taza de café a Chávez, alguno de los muchachos procedió, en cuestión de segundos, a sustituirlo por el café que traía la comitiva, velando celosamente por la seguridad del comandante.

Cuentan los presentes que el regaño de Chávez fue de antología, al punto de que la misma Nohemí intentó interceder por los muchachos, lo que Chávez impidió, amorosa pero firmemente. Con voz atronadora, preguntó a su equipo si podía resultarles siquiera concebible que el café de Nohemí representara algún peligro para él.

Acto seguido, se deshizo del café de la comitiva, y bebió una, dos, varias tazas del café de Nohemí, en actitud desafiante, como si se burlara infinitamente del protocolo que lo separaba de los hombres y las mujeres del pueblo.

El 17 de septiembre de 2013 conocí a Nohemí. Conversé un rato con ella, me mostró la taza en la que el comandante bebió su café, y me contó que la guardaba como su tesoro máspreciado. Nunca asomó siquiera el menor detalle de aquel incidente, como obliga la nobleza popular. En algún momento me susurró al oído que Chávez le prometió volver algún día. No le alcanzó la vida. “No vino él, pero vino usted”, me dijo, y algunas lágrimas corrieron por sus mejillas.

Por supuesto, tomé del café de Nohemí.

Muy poco tiempo después, el 15 de diciembre del mismo año, registramos la Comuna Socialista Cayude con Aroma de Café, la número 448 del país.

Hace un par de meses murió Nohemí, me contó José Luis.

Hablando de café, no ha pasado un día desde que llegué a este lugar donde ahora escribo, en que me haya faltado el café de Víctor.

Uno de estos días me contó lo que había preparado de almuerzo. Lo disfrutó particularmente. Por primera vez en lo que va de año comió carne de res. El mismo día que compró la carne, compró también medio kilo de café.

Nunca falta el café en la casa de Víctor. Y nunca falta el café de Víctor en el escritorio, cuando estoy escribiendo.

Es como un ritual: llego a su casa, nos saludamos, subo las escaleras, me acomodo, comienzo a escribir, y a los minutos sube Víctor con el café recién preparado.

Es una manera de conjurar la soledad, de permanecer juntos: Chávez tomando el café de Nohemí, Nohemí compartiendo su café conmigo, Víctor haciendo lo mismo. Toda la gloria del mundo cabe en una taza de café, por pequeña que esta sea, pudiera haber dicho Martí,⁹³ y quizá de allí su sabor cuando es compartido.

“El diablo está en los detalles”, le gustaba repetir a Chávez. El chavismo más genuino está en esos detalles como los de Chávez, Nohemí y Víctor. Por eso me traje dos paquetes de 200 gramos del café que produce la Comuna Comandante Adrián Moncada, para que lo probemos todos.

No te los he pagado, José Luis. Pero no te preocupes, que aquí tengo el dinero.

¿Qué será de la vida de la gente de El Cayude, de su Comuna, del aroma de su café?

4 junio 2019

93. Escribía José Martí a Antonio Maceo, en carta del 15 de diciembre de 1893: “Yo no trabajo por mi fama, puesto que toda la del mundo cabe en un grano de maíz, ni por bien alguno de esta vida triste, que no tiene ya para mí satisfacción mayor que el salir de ella: trabajo para poner en vías de felicidad a los hombres que hoy viven sin ella”.

En: José Martí. *Obras completas. Volumen II. Cuba. Política y revolución II, 1892-1893*. Editorial de Ciencias Sociales. La Habana, Cuba. 1991. Pág. 459.

Burgueses

No tengo en mente a la burguesía histórica, mediocre, rapaz, probada e indiscutiblemente parasitaria, por más que sus omnipresentes campañas publicitarias quieran convencernos de su pretendida eficiencia, y a través de las cuales han forjado una idea de lo nacional grotescamente caricaturesca, hecha a la medida de sus intereses.

Pienso en la nueva clase de burgueses que ha surgido al amparo de la revolución bolivariana, valiéndose de su estrecha relación con las instituciones, robando los dineros de la República, con frecuencia en connivencia con aquella burguesía histórica, haciéndole guiños a la oligarquía.

No por nueva es menos rapaz: es propio del nuevorriquismo la desenfrenada carrera para escalar y ponerse a la altura de los viejos ricos, acumulando propiedades a un ritmo vertiginoso, imitando un estilo de vida que hasta hace poco no era el suyo, ostentando y derrochando la riqueza mal habida, codeándose con magnates y famosos, rodeándose de *misses*, casi siempre desde alguna metrópolis de Occidente o desde alguna ciudad con pretensiones de serlo.

Acomplejado, inculto, esto último conforme, incluso, al estricto estándar de las elites, el nuevo rico preferirá Panamá, Miami o Madrid, antes que Nueva York, Londres o Berlín. Pero esto no pasa de ser un detalle florido. Tanto como en el caso de la burguesía parasitaria, lo distinguirá la irrevocable decisión de llevarse el grueso de su capital fuera de Venezuela. El país es una mina que hay que saquear. Así ha sido y está convencido de que así será, por lo que no hay ninguna razón de peso para dejar pasar la oportunidad.

No por inculto deja de ser curioso el esquema de pensamiento del nuevo rico. Si se ha leído a Marx, y dado que en Venezuela se insiste en hablar de socialismo, intentará justificar la creación de una nueva burguesía apelando a aquello del necesario desarrollo de las fuerzas productivas. Las tristemente célebres etapas por las que inevitablemente habría que transitar antes de poder hablar con propiedad de la posibilidad de ir más allá del capitalismo.

La extensa, variada y rica problematización respecto de las miserias del etapismo, que puede encontrarse, con un mínimo de voluntad política y honestidad intelectual, en la historiografía revolucionaria, Marx incluido, le resulta completamente ajena o simplemente inconveniente. Desconoce los debates sobre el “eslabón más débil”, por poner un caso, o los despacha como vulgar palabrería.

Desconoce, igualmente, la historia de Rusia y de China, pero el asunto va más allá del puro desconocimiento. No hay que ser un experto para llegar a la conclusión de que la “economía de mercado”, tal y como esta es concebida por el neoliberalismo, no es la alternativa. Un poco de sensatez sería suficiente. No lo es siquiera para China, según alcanzo a comprender, pero más allá de lo que pueda yo saber o ignorar, el punto es que la nueva clase ni siquiera se lo plantea como problema.

Si desconociera a Marx y la historia de Rusia y China, pero al menos intentara comprender la Comuna. Sería pedirle mucho, ciertamente, pero las verdades hay que decirlas aunque parezcan excesos: no hay que conocer tanto de historia y haber leído mucho, que ayuda, para comprender la importancia decisiva de la Comuna. Basta con conocer algo de historia patria, amar la tierra en que vivimos, guiarse por los principios básicos de la política revolucionaria, manejar los rudimentos de la economía y confiar en la fuerza del pueblo organizado. Nada que no hayamos conocido durante los últimos veinte años.

Si el nuevo rico es incapaz de comprender la Comuna, qué quedará para los ricos de cuna. Pero esos son monstruos de otras novelas de horror o, para decirlo de otra forma, eso es harina de otro costal.

Debe ser muy triste pertenecer a la nueva burguesía. Obligada a blanquearse para aparentar pureza de sangre, incapaz de ocultar su origen de clase, despreciada por la vieja burguesía, por la oligarquía y por el pueblo. No perdió oportunidad de sumarse al saqueo, pero perdió para siempre la oportunidad de construir algo realmente grandioso, perdurable. Allá ella.

Proclamarse vencedora cuando tanta gente se siente derrotada, es de esas cosas que uno no le desea ni a su peor enemigo, mucho menos saberse derrotada ante la historia y por quienes estamos convencidos de que las revoluciones no se hacen para engendrar nuevos ricos. Precisemos, y esto

es muy importante, porque nos permite inmunizarnos contra el desaliento: toda revolución los engendra. La revolución es hechura humana y no divina. El error de los nuevos ricos es precisamente creerse divinos, y ese defecto de origen es el que los hace irremediabilmente vulnerables, porque creen que su hora no llegará jamás. No solo así será, sino que les llegará puntualmente.

Hace tiempo que la maquinaria propagandística del capital global se vale de la existencia de esta nueva clase para persuadirnos de que el cambio revolucionario es inviable, que todo esfuerzo transformador es inútil. Es muy vieja la conseja: toda revolución termina, invariablemente, en la traición. Ella atraviesa de cabo a rabo la historiografía conservadora. Y va mucho más lejos: pretende hacernos creer que toda conquista popular es privilegio, que si hablamos de revolución estamos condenados a vivir miserablemente. Los privilegios de la nueva clase vendrían a ser la confirmación de que no nos hemos hecho más que falsas ilusiones.

Se trata, por supuesto, de una trampa para cazar incautos. Caer en ella es un lujo que no podemos permitirnos.

La revolución es acontecimiento. La nueva clase un accidente inevitable. Pero un accidente que no es medida de nuestro fracaso, sino de todo lo que nos falta por hacer.

7 julio 2019

Servicios

El sábado alrededor de las diez de la mañana llegamos al punto acordado. Apenas se montó en ese artefacto raro, maravilloso y fascinante llamado carro, en el que viajábamos tres amigos provenientes de Caracas, Gerardo, que vive en La Carucieña, el barrio más grande de Barquisimeto, decidió otorgarnos una prórroga de cinco minutos. Antes quiso comprobar si de verdad andaba, si realmente habíamos podido llenar el tanque de gasolina, si no se trataba de un ardid, de una broma de mal gusto que le estuviéramos gastando.

Gerardo llegó a pensar que más nunca conocería las interioridades de un carro. Al cabo de algunas pocas cuadradas, y luego de permitirse disfrutar de aquella maravillosa experiencia, dejándose acariciar el rostro por la tenue y deliciosa brisa del aire acondicionado, la emprendió contra nosotros, inclemente, con una mordacidad incomparable, a toda prueba.

Nos preguntó si en Caracas habíamos tenido problemas con la conexión a Internet. Un tanto extrañados, le respondimos que el servicio funcionaba, pero que fallaba con alguna frecuencia, que era lento y, para colmo de males, hacía pocos días había colapsado durante horas en algunas zonas y en otras hasta un par de días. Sin poder disimular la carcajada, nos contó que Miguel, su hijo mayor, llevaba la cuenta del tiempo que tenían sin Internet en casa: nueve semanas. Nos reveló su plan: al llegar a las nueve semanas y media lo celebrarían viendo la famosa película homónima, no importa si Miguel no está en edad de verla. La ocasión lo merece.

El problema, nos siguió contando, es el servicio de luz eléctrica. Nos preguntó cómo iba la cosa por Caracas. Le respondimos que la luz muy rara vez falla, solo en algunos lugares puntuales, como en Ciudad Tiuna o Caricuao, vaya usted a saber por qué motivo. Nos explicó algo que conocíamos parcialmente, porque tenemos amigos y familiares en Lara, pero una cosa es enterarse por terceros y otra muy distinta es vivirlo: casi todo Barquisimeto está sin luz hasta por doce horas, a veces más, a veces menos,

todos los días. Puede hablarse, por tanto, de una cierta regularidad, aunque es prácticamente imposible saber cuándo se irá, muchos menos cuándo volverá. Salvo cuando el Presidente visitó la ciudad, recientemente: ese día se prestó el servicio ininterrumpidamente. Lejos de celebrarlo, el grueso de la población estuvo en ascuas durante toda la jornada, esperando el inminente corte. Llegó la noche y la luz seguía allí, tercamente. Se fueron a la cama preocupados por lo que les depararía el día siguiente. Pero no nos desviemos: el punto es que, dadas las circunstancias, no es posible saber si, llegado el día, podrán disfrutar de la película.

Eventualmente llega la luz, pero igual siguen sin el servicio de Internet, y hace mucho más tiempo que en casa no funciona el teléfono local. Esto último no importa tanto: total, casi todo el mundo tiene a la mano sus teléfonos celulares, aunque cada vez menos inteligentes. No habrá Internet en la computadora personal, pero con luz, y si se dispone de datos, puede navegarse un rato. El problema, como es sabido, es que para usar los celulares es preciso poder cargarlos. Pero bueno, un paso a la vez, hay que ser inteligente, paciente, ver el vaso medio lleno y no medio vacío, que eso es cosa de pesimistas.

El detalle es que el servicio de agua está imposible. Es decir, casi nunca hay agua en La Carucieña. Siendo así, se entenderá que no es posible llenar ningún vaso, por lo que no queda otra que imaginárselo medio lleno. Y claro que lo consiguen: imaginación, inventiva popular, eso sí que nunca falta.

Por alguna extraña razón, Gerardo no nos preguntó si teníamos agua en Caracas. Quiso saber, en cambio, cómo nos iba con el servicio de gas. Y sí, hay en Caracas infinidad de lugares con problemas de gas, pero ninguno de los que íbamos en el carro los padecemos. Nos acusó de privilegiados. Lo conminamos a reducir su hostilidad hacia nosotros, bajo amenaza de bajarse del carro. Soltó otra carcajada, y nos contó que por el barrio hace tiempo que cocinan a leña, a veces turnándose varias familias para aprovechar el fogón, que tampoco es que sea fácil conseguir la leña y no pueden permitirse el lujo de desaprovechar el fuego. Nos confesó que varias veces se ha enfrentado al dilema de quemar madera todavía verde o húmeda, y por tanto tener que lidiar con el humo casi insoportable, o quemar los muebles y libros de la casa.

Cuando nos aseguró que su biblioteca se había reducido a la mitad, sospechamos que exageraba, pero nos quedamos con la duda.

Le reclamamos una vez más el hecho de que volcara todo su resentimiento en nosotros, sus queridos amigos caraqueños y, entre risas generalizadas, le exigimos que pensara en la gente de Táchira, Zulia, Delta Amacuro. Nos respondió, esta vez con toda seriedad, que lo que sucede con aquella gente está siempre en sus pensamientos: no puede imaginar cómo debe ser vivir en algún pueblo o ciudad de frontera, tan alejados de la capital del país, tan cerca de la tragedia cotidiana.

Cuando llegamos a Sarare, les contamos a varios amigos en común sobre todo lo que habíamos tenido que escuchar durante el trayecto. Como aliviados, satisfechos casi, los amigos sarareños nos contaron que al menos el servicio de luz eléctrica se había regularizado un poco, que lo que nunca llegaba era el CLAP. En lo que va de año solo llegó cuando tuvieron la fortuna de recibir, al mismo tiempo, a un integrante de la dirección nacional del PSUV. No faltaba más: Gerardo se precipitó en detalles sobre la irregularidad del CLAP en La Caruciña, la gente de Sarare nos contó del sabotaje permanente contra la empresa de producción social directa comunal que se encarga de la distribución de gas en el municipio, de la vez que el pueblo se quedó sin luz durante cinco días y el alcalde se refugió con toda su familia en un hotel con planta eléctrica, y fue como si volviéramos a comenzar de nuevo.

Ya de noche, sin perder un instante el buen humor, Gerardo nos comentaba que buena parte del malestar popular asociado a la pésima prestación de servicios era perfectamente digerible, que la situación era incluso comprensible: mucha gente sabe que, al menos en parte, lo que está padeciendo es producto de la guerra contra el pueblo, que hay una relación directa entre las sanciones imperialistas y los problemas de la cotidianidad, que lo que se persigue es doblegar la voluntad popular. Lo que resulta absolutamente intolerable, nos explicaba, más que la corrupción de algunos funcionarios de las empresas prestadoras de servicios, es la inconsecuencia del Gobierno, el hecho de que, por regla general, los responsables no den la cara, ni expliquen, ni informen, pero sobre todo que no acompañen a la gente. Lo que más molesta es sentirse solos, no desprotegidos, sino solos,

soledad popular que contrasta con un discurso oficial que abunda en referencias a la “protección” del pueblo.

Gerardo es sin duda un hombre afortunado: al día siguiente, luego de abastecernos en la tienda de la Comuna Socialista El Maizal (cosa que, dicho sea de paso, Gerardo reclamó airado, porque cómo van a venir estos caraqueños a comprar más barato en Sarare), a pesar de todo lo que nos había hecho pasar, le dimos la cola hasta su casa. Mentira: hasta la Avenida Vargas. Allí lo dejamos en castigo, para que tuviera que agarrar la camioneta o, como dicen en Barquisimeto, el ruta hasta La Carucieña.

Cuando íbamos a medio camino, nos envió un mensaje por *wasap*: había logrado llegar a casa, todo bien. Le respondí: “Ah, pero conseguiste transporte y tienes luz. Después no te andes quejando. Malagradecido”.

11 julio 2019

Fortaleza asediada

Usted está dentro de una fortaleza que está siendo asediada. Como corresponde, usted está defendiéndola con todas sus fuerzas. En medio del combate observa a alguna gente dentro de la fortaleza que, en lugar de defenderla, y mientras dice defenderla, la está saqueando. ¿Es usted un traidor si acusa a los saqueadores? ¿O es usted un traidor si guarda silencio?

Nadie en su sano juicio apostará por el silencio. A menos, por supuesto, que se trate de los saqueadores o de sus cómplices. Pero incluso en tal caso, puede que el impostor aplique la del carterista callejero que, para despistar a los transeúntes desprevenidos, comienza a gritar: “¡Al ladrón, al ladrón!”.

De manera que lo del silencio raya en el falso dilema. Para quienes defendemos la fortaleza, el silencio sencillamente no es una opción. El asunto es cómo romperlo.

Con mucha frecuencia nos planteamos otro falso dilema: guerra económica o corrupción. Ciertamente, se ha hecho tal abuso de la primera expresión que, de un tiempo a esta parte, su sola mención suele generar un rechazo inmediato. El problema es que ella supone lo que hay que explicar: no se puede prescindir tan ligeramente de las mediaciones, de eso que nos permite comprender cómo se manifiesta, cuáles son sus efectos, cómo operan las fuerzas involucradas. Es decir, como en toda guerra, los asuntos relativos a la táctica y la estrategia.

Además, como es lógico, es preciso explicar qué se está haciendo para enfrentar la agresión. Es muy frecuente escuchar comentarios del tipo: en una guerra se dispara de lado y lado, y en este caso los disparos los estamos recibiendo solo nosotros.

La cosa se complica cuando la expresión es empleada por personajes que no son, en lo absoluto, referentes éticos del chavismo. Entonces, lo de guerra económica suena a puro pretexto, a cortina de humo para, en el peor de los casos, volver las armas contra el mismo pueblo que se dice defender,

o para disimular lo que se percibe popularmente como la más completa ausencia de acciones contraofensivas. De nuevo: como si la guerra económica fuera una fatalidad, algo a lo que tenemos que resignarnos, mientras alguien más nos asiste y nos ayuda a curar algunas de nuestras heridas más leves.

Es realmente un misterio por qué a alguna gente le resulta tan difícil comprender que para un sujeto político como el chavismo es inconcebible la guerra sin épica, es decir, una guerra en la que las clases populares quedan reducidas al papel de víctimas que hay que proteger. Nada más alejado del carácter del chavismo que, naturalmente, ha venido construyendo su propio relato de la guerra, no solo porque padece sus cruentos efectos, sino porque no está dispuesto a permanecer pasivo.

La guerra es real, por supuesto, y no solo se expresa en el campo económico. El problema, en buena medida, son las profundas limitaciones del discurso oficial sobre la guerra. Son estas limitaciones, sumado a la desorientación popular que es propia de situaciones de esta naturaleza, las que explican el falso dilema: guerra económica o corrupción.

Si colapsan los servicios públicos, uno de los objetivos de la guerra híbrida contra Venezuela, no se puede despachar el asunto atribuyéndole el hecho a la guerra económica, cual si fuera una expresión mágica dotada de poderes omniexplicativos. Puesto que los servicios públicos también colapsan porque hay funcionarios corrompidos que le apuestan al colapso, porque la situación les permite lucrarse. De igual forma, hay elementos dentro de las instituciones que ven con buenos ojos su privatización, y el funcionariado corrompido actúa de hecho como cabeza de playa, creando las condiciones para eventualmente lograr tal objetivo.

¿A quién conviene esta situación? El funcionario corrompido se lucra, al igual que los elementos privatizadores. Pero el principal beneficiario es quien mantiene el asedio contra la fortaleza. Alguien más está haciendo el trabajo de zapa por él, alguien más está haciendo estragos tras las líneas enemigas, en nuestro territorio.

No existe tal dilema: guerra económica o corrupción. Sin pretender en lo absoluto salvar la responsabilidad de nadie, es rigurosamente cierto que la corrupción es expresión de la degradación cultural que inducen quienes nos hacen la guerra. Y no es un fenómeno nuevo: pasa desde la Conquista.

Se degrada conquistando y se domina degradando a la población, induciendo la corrupción de sus líderes, de sus instituciones. El problema no es moral, sino fundamentalmente político. Quienes nos asedian celebran sus victorias parciales cuando nos ven planteándonos esos falsos dilemas, y sintiéndonos miserables por los niveles a que ha llegado nuestra degradación.

Romper el silencio es la vía más expedita para detener este proceso de degradación. Y la mejor manera de hacerlo es actuando sin contemplaciones contra quienes saquean la fortaleza, muchas veces a la vista de todos, traficando con alimentos o medicinas en plena vía pública, contrabandeando, exigiendo pagos indebidos en dinero o en especies a productores en las carreteras, y otras tantas veces al margen del escrutinio público, firmando acuerdos con elementos de la burguesía parasitaria, ofreciéndoles a quienes ya de por sí nos llevan ventaja, todas las ventajas habidas y por haber para que nos sigan saqueando.

Podrá alegarse, con toda la razón, que la acusación generalizada y sin pruebas es tan inaceptable como contraproducente, y que ella misma es expresión de la degradación que deseamos conjurar. Pero cuando tantas pruebas resultan tan evidentes, traición es no actuar. No actuar es como abrir las puertas de la fortaleza mientras se dice defenderla, traicionando a un pueblo dispuesto a pelear.

14 julio 2019

Mala fe

En la primera entrega de esta serie adelantaba que me parecía una falacia aquello de que, para tener una mirada global de la realidad venezolana, resultaba inevitable renunciar a la posibilidad de hablar desde esa parcialidad que es el chavismo, ubicarse por *afuera* de él.

Planteaba que no solo era posible, sino necesario construir una mirada global desde el chavismo, es decir, desde la posición de un sujeto político que de hecho irrumpió históricamente como el *afuera* popular que, además de poner en jaque el *adentro* de la política de elites, logró replantear las reglas de juego políticas.

Para quienes sostienen esta falacia desde posiciones de “izquierda”, hay incluso algo de indignidad en ese empeño en hablar desde el chavismo, todavía a estas alturas.

Esta impostura tiene mucho de lo que, siguiendo a Jean Paul Sartre, José Romero Losacco⁹⁴ identificaba como mala fe: “Sartre entendía por mala fe la negación de la libertad individual que ocurre cuando el sujeto objetiva sus acciones al tratarlas como determinadas por las acciones de otros. Se trata de la típica justificación de nuestras acciones objetivando nuestra propia responsabilidad mediante su transferencia”.

La “transferencia individualizante de la propia responsabilidad” equivale al “ejercicio de reificación del individuo como totalidad”, lo que le permite al individuo “objetivarse de una realidad de la que forma parte”, salvando su responsabilidad.

Es mucho menos complicado de lo que pudiera parecer: no es que sea necesario ubicarse por *afuera* del chavismo para tener una mirada global; es que se apela al pretexto de la necesidad imperiosa de una mirada global para justificar la decisión política de ubicarse por *afuera* del chavismo.

94. José Romero Losacco. *Fin de ciclo y mala fe. Historias globales desde el Sur*, 12 de noviembre de 2018.

Solo el individuo reificado es capaz de una mirada “totalizante” o global, y dicha mirada solo es posible objetivándose respecto del chavismo o, porque puede que esta palabra resulte demasiado insoportable, de la revolución bolivariana.

Es una forma si se quiere elegante, aunque rebuscada y falaz, como toda impostura, de renegar del chavismo, descargando en otros la responsabilidad individual.

Entiéndase: es perfectamente comprensible que un individuo decida desmarcarse del chavismo o de la revolución bolivariana, por las razones que fueren. Pero un poco de honestidad intelectual y un mínimo de sensatez política le obligarían a hacerse cargo de sus actos u omisiones. Es decir, a proceder sin mala fe.

El detalle es que la mala fe abre puertas en el mundillo académico o intelectual, tanto como en cierta prensa “progre”. Ahora que Venezuela, el chavismo y la revolución bolivariana resultan demasiado tóxicos para ambientes y sensibilidades tan asépticos, es demasiado cuesta arriba, un anatema casi, vergonzoso incluso, retratarse en tal lugar, junto a tal identidad o experiencia, a riesgo de contagio.

Las circunstancias históricas exigirían una cierta sobriedad, equidistancia, ecuanimidad. Objetividad, es la palabra. Miradas y voces capaces de trascender los esquemas “polarizantes”.

Hay mucho de temor a quedar por afuera de los espacios donde pueden recibirse, en contraprestación, reconocimiento y prestigio. Permanecer adentro exige una cierta disciplina que no siempre es compatible con el ánimo militante, para emplear otra mala palabra.

Además, desde estos mismos espacios académicos o intelectuales puede hacerse carrera escribiendo sobre el “fracaso” del chavismo o de la revolución bolivariana, con frecuencia empleando, como escribe Romero Losacco, “neologismos que nada explican, pero que sirven para mostrarse con rostro renovado y así eludir el *mea culpa*, para decirle al mundo: ¡No fuimos nosotros, fueron ellos que no comprendieron! No hay la más mínima humildad, no se plantean que el problema fue que ellos no se supieron explicar, mucho menos que ellos son corresponsables de lo que ahora acontece”.

Es justo decirlo: no será la primera vez que la intelectualidad de izquierdas exhiba sus miserias. Tampoco la última. Más de una vez, encandilada por el fulgor revolucionario popular, tomó partido y se involucró en política, y cuando el fuego amainó, se apresuró a salir por la puerta trasera, con las tablas en la cabeza, corriendo a ocupar el que considera su verdadero lugar.

Es preciso dar cuenta, por supuesto, de tales imposturas, sobre todo para identificar lo que no se puede hacer bajo ninguna circunstancia, porque es obrar de mala fe. Pero lo fundamental es entender que para reavivar el fuego revolucionario hacen falta, y mucho, rigor político e intelectual, que en lo absoluto tiene por qué estar reñido con la militancia. Aprender de nuestros errores es lo que corresponde. Asumir nuestra responsabilidad.

18 julio 2019

Cómo es posible

Perdí la cuenta de la cantidad de veces que, frente a una injusticia o atropello cometido por algún dirigente, funcionario público o, pongamos el caso, algún efectivo militar, el auditorio responde visiblemente indignado, preguntándose cómo es posible que cosas así sucedan en revolución.

De hecho, con alguna frecuencia, sobre todo cuando los atropellos son reiterados o muy escandalosos, cuando campean la impunidad o el silencio cómplice, parte del auditorio se apresura a sentenciar que eso de revolución no es más que una farsa, que a lo sumo hay un remedo de revolución, liderizada por gente poco menos que dispuesta a mover siquiera un dedo para corregir entuertos.

Es perfectamente comprensible la indignación, aunque, como lo planteara alguna vez,⁹⁵ si ella se va a traducir en impotencia política, es cualquier cosa menos deseable.

Antes que todo, y sin ninguna pretensión de dictar cátedra sobre el asunto, habría que preguntarse qué entendemos por revolución.

Podría decirse que la revolución es, por definición, conflicto, esto es, todo lo contrario de ausencia de injusticias. Y si bien es cierto que los líderes de una revolución tendrían que hacer todo lo posible por combatir desmanes y atropellos, no es menos cierto que los líderes no hacen la revolución. La lideran, para bien o para mal. De hecho, alguien más ha delegado en ellos la responsabilidad de liderar o, dicho más claro, mandar obedeciendo.

Si un líder no es capaz de mandar obedeciendo, es decir, si se cree el cuento de la representatividad, si se siente cómodo no solo desoyendo los reclamos, sino desobedeciendo el mandato de los liderados, pues es un pésimo líder. En tal caso, quienes han delegado en él la responsabilidad de

95. Reinaldo Iturriza López. *Por una lectura no indignada de los medios antichavistas*, en: *El chavismo salvaje*. Editorial Trinchera. Caracas, Venezuela. 2016. Págs. 195-201.

liderar, tienen no solo el pleno derecho, sino la obligación de parir nuevos liderazgos.

El liderazgo real, genuino, de una revolución popular y radicalmente democrática, descansa en el conjunto de los liderados: son ellos los que han de mandar y son los líderes los que han de obedecer. En ellos reside la potencia que hace posible las revoluciones. Unos y otros provienen del mismo pueblo: si el líder ocupa tal posición de manera circunstancial, será por mandato popular.

Se dirá que el problema es que abundan los pésimos líderes, que para colmo de males no tienen intención de dar su brazo a torcer porque es mucho lo que está en juego. Pero es que esa es precisamente una de las cosas que los hace pésimos líderes. El punto es que el obcecamiento del peor líder es nada frente al poder de los que mandan. Lo que hay es que poder mandar. Y mandar es asunto de potencia popular.

Si la indignación frente a la injusticia nos conduce a la impotencia estamos perdidos de antemano. No hay nada que hacer. Corrijo: lo primero que hay que hacer es sacudirse la impotencia.

No iremos a hacer como los obsecuentes, que callan cuando se comete una injusticia y voltean a otro lado, porque no es el momento, porque es preciso no meter el dedo en esa llaga, porque no se pueden exponer las heridas abiertas en revolución. Pero los golpes de pecho de los impotentes no ayudan en nada. Al contrario, ellos son alimento para el alma de los obsecuentes, calmos, imperturbables y firmes como estatuas, y nada pueden contra los obcecados.

Las injusticias hay que exponerlas. Pero eso es tan solo el primer paso. Hay que exponerlas para multiplicar nuestra potencia de actuar.

Ciertamente, hay quienes deciden exponer las injusticias cuales justicieros que vienen a declarar la revolución perdida. Vaya usted a saber qué sed de justicia puede haber en semejante elegía a la impotencia. Hay gente sedienta de derrota.

Por eso hay que saber distinguir entre quienes exponen las injusticias para combatirlas o porque las están combatiendo, y quienes las exponen con la intención de convencernos de que ya no hay razones para pelear.

Por supuesto que en una revolución se cometen muchas injusticias, errores, excesos. Peor aún, muchas injusticias se cometen en nombre de la revolución. No es cosa de resignarse, todo lo contrario: pero qué otra cosa podía esperarse de una hechura humana de proporciones tan monumentales.

¿Cómo es posible? No solo es posible, sino inevitable. Pero una certeza tal solo tiene sentido si somos capaces de no olvidar que una revolución como la nuestra es lo que hacen los pueblos cuando desean hacer posible lo que hasta hace muy poco parecía imposible: un mundo más justo, un lugar donde sea el pueblo el que mande.

21 julio 2019

Chavismo duro

Fanático empedernido del discurso autodenigratorio, el antichavista promedio se estremece cuando lee en las encuestas que Nicolás Maduro tiene una aprobación que supera el veinte por ciento, bastante por encima de varios de sus pares latinoamericanos, y casi se paraliza cuando se entera de que Hugo Chávez, seis largos años después de su desaparición física, aún despierta simpatías en más de la mitad de la población.

Enfrentado al dilema de rendirse ante la evidencia, se explaya en imprecaciones de leyenda, maldiciendo de las formas más variadas, elocuentes y penosas el infortunado día en que tuvo que venir a nacer en esta tierra plagada de desgracia, rodeado de gente tan miserable e inculta, tan de poca monta.

Esta actitud tan poco edificante, con la que alguna gente ha tenido que lidiar durante veinte años, va acompañada de la negación más rotunda: no puede ser posible, alguien nos está mintiendo. Venezuela no es un país, es un gigantesco fraude. La vida misma es un tortuoso e interminable fraude. Una pesadilla de la que no es posible despertar.

Nada ni nadie es capaz de hacer entrar en razón al antichavista promedio. Por intolerable e inaceptable, la realidad le parece incomprensible. Su clase política, su maquinaria propagandística, sus intelectuales, en tanto que no hacen otra cosa que alimentar y reproducir el mismo sentido común desazonado, incrédulo, cínico, muy poco o nada pueden ofrecer.

Al contrario, ellos son fuente permanente de las explicaciones más rebuscadas, y es así como logran que las historias más inverosímiles adquieran el rango de verdad, como el cuento aquel de que el chavismo solo puede estar en el poder porque ha cometido, una y otra vez, fraude electoral. Venezuela es un país de mierda. Cese de la usurpación.

Hace tiempo que la encuestología, ese oficio a medio camino entre la práctica científica y la prestidigitación, intentó dar cuenta de la existencia de un curioso fenómeno: el chavismo duro. Si para el antichavista promedio

el chavismo en general es causa y consecuencia de todos los males, si es en sí mismo una plaga, ¿qué podrá pensarse del chavismo duro?

El chavismo duro vendría a ser lo peor dentro de lo muy malo. Si el chavismo es la enfermedad, el chavismo duro es la agresiva enfermedad terminal, la causa de los más terribles y dolorosos padecimientos. Si el chavismo es basura, el chavismo duro es excrecencia.

Siempre según el antichavista promedio, solo el chavismo duro puede sentirse cómodo en una situación como la que estamos viviendo. Lo quiere todo para sí, pero al mismo tiempo se conforma con muy poco. Su identificación política solo es posible al precio del sufrimiento de la inmensa mayoría.

No importa si la actitud del antichavista promedio dista mucho de ser la manera de pensar y sentir de las mayorías populares. Se cree con derecho a juzgar que el chavismo duro, conformista, indolente, cómplice, es merecedor de un sufrimiento igual o peor al que inflige, y por eso justifica que se le arrebaten alimentos y medicinas, que se le humille y se le deje morir en los hospitales, que sea señalado, perseguido y asesinado, que sea estafado por los comerciantes, que se vea obligado a comer de la basura, que el sueldo no le alcance, que sea víctima de la violencia criminal, que sea expulsado de sus tierras y, llegada la ocasión, que se le bombardee y aniquile. A fin de cuentas, todo lo que le ocurre, tanto como lo que tendría que ocurrirle, es responsabilidad última del Gobierno que apoya.

Lo cree incapaz de discernimiento y crítica, desprovisto de inteligencia y belleza, carente de cualquier virtud. Si alguien resiste, ese es el antichavista promedio. El chavismo duro solo tolera, sostiene, aguanta, impide que caiga lo que hace mucho ha debido caer.

Si Estados Unidos ordenó a la clase política antichavista no participar en las elecciones presidenciales de 2018, no fue porque considerara imposible triunfar, mucho menos por la ausencia de garantías electorales, sino porque no estaba en sus planes derrotar al chavismo electoralmente. El soberano imperial ha sido determinante a la hora de forjar esta idea de que el chavismo es un sujeto exterminable, que debe morir de muerte violenta, no importa si esto equivale a genocidio.

El diagnóstico es brutal, porque nos habla de una cierta deshumanización de la política, nos remite a odios y miedos muy arraigados socialmente, nos obliga a calibrar el alcance de la bestialidad imperial, nos hace tener que lidiar con una realidad que ya quisiéramos que fuera distinta. Pero es el diagnóstico.

Por lo general, la encuestología nos ofrece un retrato parcial de la realidad, pero no indaga a fondo en las razones que explican las identificaciones políticas, tal vez porque no le corresponde, tal vez porque está tan comprometida con la derrota del chavismo que prefiere tratar con condescendencia al antichavista promedio, ofreciéndole pocas herramientas para comprender su entorno.

Lo primero que debe comprenderse es que el fulano chavismo duro no es simplemente un caudal de votos. Se expresa, por supuesto, electoralmente, pero es mucho más que eso. Una de sus principales características y, al mismo tiempo, una de sus ventajas, es que no desprecia el país en el que vive. Eso hace de la forma como se relaciona con la política una experiencia fundamentalmente gozosa. No hace política a partir del desprecio del otro, sino mediante la recuperación del propio orgullo. Muy al contrario de la imagen caricaturesca que se ha construido de él, es severamente crítico de un Gobierno que, no obstante, considera suyo, en mayor o menor medida, y sabe bien que, en caso de que el antichavismo recupere el poder, gobernará de espaldas a los intereses populares. Y si quedara alguna duda, basta con hacer balance de todo el daño que ha causado intentando recuperarlo, con frecuencia apelando a vías no democráticas. Resiste no tanto por miedo a perder lo conquistado o por temor a represalias, como suelen opinar los encuestólogos, sino porque ya comprobó que era posible vivir mejor y desea volver a hacerlo.

A los encuestólogos les falta lo que al chavismo duro le sobra: calle. El problema con el antichavista promedio es otro: está convencido de que tener calle es igual a prenderlas en candela, con todo y chavistas.

Usted puede juzgarlo como quiera, pero, equivocado o no, el chavismo duro todavía se siente dueño de su destino. Y aunque lo acusen de genuflexo, tarifado o vendido, lo cierto es que eso, en política, no tiene precio.

25 julio 2019

Guías

Cuando se tienen cuarenta y cinco años y una revolución a cuestas, es realmente difícil evitar que las palabras estén salpicadas de un cierto tono aleccionador. Sin quererlo, sin advertirlo incluso, supongo que en más ocasiones de lo deseable hablo o escribo con un aire de suficiencia que no debe resultar muy agradable para el interlocutor.

La cosa se complica cuando uno se cree en la obligación de contar la historia de la revolución bolivariana, de sus antecedentes, de sus grandezas y miserias, de sus posibles derroteros. Varias veces he referido que eso fue justamente lo que me motivó a escribir con regularidad: contar mi parte de una historia que me parecía escasa o pobremente contada. Había demasiados cabos sueltos, detalles que se pasaban por alto, episodios extraordinarios que corrían el riesgo de ser olvidados.

Además, es mi parte de una historia que es *mi* historia. Teniendo la posibilidad de contarla, sencillamente no tenía intenciones de desaprovechar la oportunidad de ofrecer mi versión de los hechos.

Ahora que lo pienso, más allá de cualquier pretensión de verdad, también escribo con el propósito de acompañar y ser acompañado. Sin embargo, intento no olvidar la recomendación de Horacio Quiroga: “No pienses en tus amigos al escribir, ni en la impresión que hará tu historia”.⁹⁶ Caso contrario, uno puede descubrirse escribiendo lo que otros desean leer, que no siempre es lo que es necesario contar. Complacer a la audiencia puede ser una forma de engaño, sobre todo con uno mismo.

Decía que en mis circunstancias es difícil evitar el tono aleccionador y hablar o escribir con aire de suficiencia. Pero hay que emplearse a fondo, hacer el mejor esfuerzo. Porque lo cierto es que hay mucho que aprender de quienes nos antecedieron y también, aunque no lo parezca, de quienes habrán de sucedernos.

96. Horacio Quiroga. *Cuentos*. Biblioteca Ayacucho. Caracas, Venezuela. 2004. Pág. 421.

Teniendo todo esto en mente, me atrevo a sugerir algunas guías para el pensamiento y la acción de la militancia más joven:

1. No sientan vergüenza de su origen de clase popular. Si se van a declarar, que sea porque provienen de la clase media o alta y decidieron renunciar a sus privilegios de clase. Eso no significa en lo absoluto conformarse o vivir mal. Significa luchar porque el conjunto de la sociedad viva mejor, y no solo una pequeña parte. Ustedes no se hicieron militantes para resolver sus propios problemas materiales y los de su pequeño grupo, familiar o de amigos y allegados.
2. Desconfíen de los que hablan de revolución y amasan privilegios. No se vendan al mejor postor. No se conviertan en clientes de nadie. No se arrimen al poderoso, no crean que solo es posible sobrevivir bajo el manto protector de quienes ocupan cargos de dirección. Ustedes no están para ser sobrevivientes de nada ni de nadie. No se deslumbren por el poder de quienes hacen un chasquido de dedos y resuelven un problema. No se dejen llevar por cantos de sirena o por encantadores de serpientes.
3. Piensen con cabeza propia. No se subestimen. Ustedes tienen una mínima noción de lo que está bien y lo que está mal, de lo que es correcto e incorrecto. Por algo decidieron militar políticamente. Lean, estudien. Sospechen de quienes son laxos con valores y principios.
4. Si ocupan un cargo de responsabilidad, no se acomoden. Con frecuencia, la mejor manera de saber si se está obrando correctamente es si se ganan la animadversión de los liderazgos negativos, de los elementos más corrompidos. Frente al poder, y ejerciéndolo, sean siempre subversivos. Fíjense en quiénes los aplauden y quiénes los vilipendian. Ustedes no están militando para coronar cargos, para ocuparlos indefinidamente. El poder es transitorio. La vida da muchas vueltas. Sean gente.
5. Cuando les asalten las dudas, que será muchas veces, escuchen a la gente común y corriente. Sean capaces de aprender de ella. No se distancien de la realidad de la calle, porque ella es la gran maestra de la política.
6. No se conviertan en repetidores de consignas. Su trabajo es crear, inventar. La revolución es tierra virgen y mil problemas. Los problemas no se resuelven con discursos huecos, vacíos, repetitivos, sin imaginación.

Estos, al contrario, le hacen un flaco favor a la revolución y uno muy grande al estado de cosas que queremos cambiar.

7. Ustedes no están para hacer el papel de masa de maniobra o público cautivo en actos y concentraciones. No se sientan obligados a hacer de relleno en las puestas en escena de alguien más. Desconfíen de las tarimas y los atriles.
8. No sean timoratos, sino audaces. No hagan el papel de esos tristes personajes que se dicen revolucionarios, pero cuyos actos los delatan como empedernidos conservadores.
9. Respeten la diversidad de pensamiento, la diferencia de opiniones. Sean receptivos a la crítica. No se atrincheren en posiciones indefendibles simplemente porque es la opinión de su pequeño grupo. Si van a ser intransigentes, que sea por una causa que valga la pena.
10. Demuestren un respeto reverencial por la gente que lucha. No la menosprecien, no la señalen, no la censuren. Si se van a equivocar, que sea con la gente que lucha, y no poniéndose del lado de quienes le dan la espalda, por conveniencia, por cobardía, porque se están afectando sus intereses.
11. No teman decir lo que sienten y piensan que tienen que decir, porque serán menospreciados, señalados o censurados. Un militante honesto políticamente es incómodo por naturaleza. Con el tiempo se aprende a tener sentido de la oportunidad, a proceder con inteligencia. Pero tengan en mente que la mejor opción nunca será callar, mirar a otro lado, hacerse el desentendido.
12. Crean en la Comuna como el horizonte de realización del ideario bolivariano, robinsoniano, zamorista, chavista, socialista.

Sepan disculpar el rodeo inicial sobre la historia o si estas guías les parecen muy impertinentes o controvertidas. Pero son algunas de las cosas que uno ha ido aprendiendo, y créanme cuando les digo que no me anima otra intención que acompañarlos, abrirles camino. No están solos.

28 julio 2019

Izquierda

Es más allá de la izquierda donde está la solución, advertía Alfredo Maneiro con toda razón. Pero es igualmente cierto que no hay solución sin ubicarse a la izquierda del tablero político.

Una cosa es señalar, como lo hiciera Chávez oportunamente, que en determinados momentos históricos es muy difícil ubicar la frontera que separa a la derecha de la izquierda, y otra muy distinta es concluir que están condenadas a representar el mismo papel de administradores del estado de cosas.

Al contrario, al buen entendedor no le costó mucho trabajo deducir que Chávez cuestionaba a la izquierda realmente existente, es decir, llamaba la atención sobre la distancia entre lo que la izquierda decía o pretendía ser y, más allá, lo que tendría que estar haciendo, y los hechos, tercios y aleccionadores.

Chávez polemizaba con la izquierda en su conjunto en razón de su adocenamiento, de su pérdida de vigor revolucionario, por su cortedad de miras estratégica, por su desconexión con la realidad de las mayorías populares. Con todo, siempre procuró reivindicar a las muy notables excepciones, y reconoció la influencia que ellas tuvieron en su formación política e ideológica. Son los casos, entre otros, del mismo Alfredo Maneiro, pero también de Kléber Ramírez, Pedro Duno, José Rafael Núñez Tenorio, José Esteban Ruiz Tirado, Hugo Trejo, Víctor Hugo Morales. Incluso, a figuras muy críticas de la revolución bolivariana, como el entrañable Domingo Alberto Rangel, les profesó un respeto y una admiración casi reverenciales.

Severo crítico de la farsa del fin de las ideologías, Chávez estuvo muy lejos de adoptar ese discurso típicamente de derechas según el cual ya no tiene sentido hablar de derecha e izquierda, y más bien se planteó, con su audacia teórica y práctica características, reinventar la forma de hacer política, adecuándola a las circunstancias históricas, lo que exigía superar

los límites de la cultura política de izquierdas, su eurocentrismo raizal, su dependencia de las lógicas tributarias de lo moderno/colonial.

Para el chavismo, ir más allá de la izquierda significó construir una identidad política que incorporó, en lugar de excluir, a la izquierda. Esta tuvo así la oportunidad histórica de refundarse, al mismo tiempo que lo hacía la República.

Ir más allá de la izquierda fue lo que hizo posible triunfar electoralmente en 1998. Poco tiempo después, replanteadas las reglas de juego políticas, Chávez se ubicó a la izquierda del tablero, pero no para limitarse a intercambiar sus piezas con la derecha, sino construyendo hegemonía popular y democrática. Desde esta posición de fuerza fue capaz de derrotar a la derecha cada vez que esta decidió patear la mesa, obligándola a sentarse nuevamente.

Ubicado a la izquierda del tablero, con el apoyo clave de elementos de izquierda dentro de su Gobierno, y sobre todo con el decidido y mayoritario respaldo de un pueblo politizado en clave revolucionaria, Chávez se dedicó inicialmente a reducir las desigualdades de todo tipo, poniendo al servicio de las mayorías populares parte importante de la renta que históricamente usufructuaron las elites, venciendo resistencias externas e internas, es decir, manteniendo a raya a las líneas de fuerza más conservadoras dentro del chavismo. Si logró avanzar en tales objetivos fue porque la práctica de su Gobierno conjugaba, para decirlo con Maneiro, eficacia política y calidad revolucionaria.

A cada latigazo de la contrarrevolución, Chávez respondía contratacando con medidas más revolucionarias, sin descuidar la construcción de hegemonía popular y democrática, es decir, aquello que le permitía moverse con soltura por el tablero político, teniendo como punto de partida su posición a la izquierda.

Así concibió la idea-fuerza de socialismo del siglo XXI, los consejos comunales, las Comunas; así se propuso la transformación de la estructura económica de la nación, la modificación de la matriz productiva, la reacionalización de parte de la industria, el control soberano de áreas estratégicas, la defensa de la propiedad social. Es decir, pensando y actuando en total coherencia con lo que había sido la aspiración histórica de la izquierda

revolucionaria en Venezuela y el mundo. Sin dejar un solo momento de sortear obstáculos externos e internos.

Fue más allá de la izquierda, ubicado a la izquierda e incorporando a la izquierda, según el momento histórico o la coyuntura de la que se tratase, que Chávez logró liderar un proceso de cambios revolucionarios que significó la dignificación de las mayorías populares. Con todo y los errores cometidos, la sociedad venezolana logró alcanzar niveles de democratización sin precedentes en su historia.

Vista en su conjunto, la revolución bolivariana ha sido un extraordinario acierto histórico. Puestos a evaluar sus limitaciones, sus objetivos no cumplidos, sus contradicciones e incluso sus retrocesos, nada indica que la solución pase por desandar el camino ya avanzado o por abandonar el rumbo estratégico ya establecido. Los problemas de la revolución habrán de resolverse en revolución.

Si está en riesgo la construcción de hegemonía popular y democrática como consecuencia de las agresiones del imperialismo y las nefastas consecuencias del accionar de los elementos más conservadores del chavismo, la reconstrucción tendrá que hacerse desde y más allá de la izquierda, no de espaldas a ella. En concreto, la solución no puede ser la desnacionalización de nuestra economía, la devolución de tierras a terratenientes o la falta de apoyo a las iniciativas de autogobierno popular, por citar algunos ejemplos.

No se trata simplemente de una cuestión de principios: la revolución bolivariana deja de ser viable políticamente si se abandona progresivamente el rumbo estratégico, puesto que se acelera la pérdida de apoyo popular y, en consecuencia, de aquella construcción hegemónica no queda más que una dominación frágil e inestable. En tal situación, las piezas se concentran en el centro del tablero, y se hace cada vez más difícil distinguir si provienen de la derecha o de la izquierda, lo que solo favorece a la primera, que nunca ha respetado las reglas de juego políticas.

Es más allá de la izquierda donde está la solución, pero no habrá solución favorable para las mayorías populares si no nos ubicamos a la izquierda del tablero.

Marchar, marcharse

Todavía hoy algunas movilizaciones chavistas semejan ríos desbordados: flujos humanos con una energía tan grande que es imposible encauzarlos. Una fuerza bulliciosa, entusiasta y multicolor que pareciera concebida para no dejar de fluir, más allá de sus nacientes, afluentes y destinos. Poco importa el océano donde van a desembocar.

En las manifestaciones más bien modestas el panorama puede ser muy distinto: con frecuencia, el flujo popular se tropieza, sin poder arroparlos, con algunos puntos de concentración donde reposan gentes muy bien uniformadas, casi siempre vestidas de impecable rojo, provenientes de alguna institución pública. Son gentes que ven pasar la movilización, pero que no expresan ninguna intención de mezclarse con ella. Con frecuencia puede notarse incluso el distinto origen de clase: por regla general, los que avanzan pertenecen a las clases populares, mientras que el estamento funcional permanece estático y silente.

La mayor presencia de unos y otros permite establecer cuándo se trata de movilizaciones extraordinarias o de rutina: en las primeras, el funcionariado está presente, por supuesto, pero se ve arrastrado por la fuerza popular, y es muy difícil distinguirlo; en las segundas, en cambio, su presencia es más visible, y eventualmente logra imponer su ritmo pausado, como de río bañado por una leve llovizna que no moja y tampoco empapa, que transcurre como si no tuviera ambición de alcanzar océano alguno. Como un flujo ambivalente, que está y no está al mismo tiempo, o que marcha sin querer marchar.

Están también los que ya quisieran marchar, pero por distintas razones no alcanzan a hacerlo, y están los que se marchan del país, aunque quisieran permanecer en él, y seguir formando parte del río desbordado que puede llegar a ser el chavismo en la calle.

Que aún a estas alturas haya que precisar que muchos de los millones que han decidido marcharse del país se identifican con el chavismo,

habla de lo difícil que nos resulta lidiar con un tema por demás sensible, porque involucra los afectos y pone a prueba nuestras convicciones más profundas.

Estoy convencido de que, en las actuales circunstancias, lo que corresponde es permanecer en el país y luchar por él. Pero mi convicción personalísima no tiene por qué ser la convicción de nadie más, ni considero que nadie está traicionando nada por marcharse. Hace mucho tiempo que no comulgo con éticas impuestas, y no tengo intenciones de comenzar a hacerlo a partir de este momento.

Estoy igualmente convencido, porque hay sobradas pruebas de ello, de que el grueso de quienes se marchan son migrantes económicos. Olvidémonos por un momento del discurso de la maquinaria propagandística imperial, el mismo que repite el antichavismo, y sus engañosas cifras sobre refugiados y asilados. La migración económica es un hecho incontrovertible, y la causa principal es la guerra híbrida que pesa contra Venezuela. Es en este último punto en el que hay que hacer énfasis, en lugar de perder el tiempo con discursos salpicados de moralina, que ve traidores o enemigos donde realmente hay bajas de una confrontación bélica de nuevo tipo.

Es también un hecho indiscutible que una de las consecuencias de la guerra híbrida es la destrucción parcial de la economía nacional. De hecho, el objetivo central de los enemigos de la República es minar las bases del Estado-Nación, hacerlo inviable, y por eso emplean tanta energía en estimular la corrupción dentro de los estamentos funcional y militar.

A propósito de esto último, recuerdo el relato de un amigo que fue retenido injustamente en una alcabala policial, en la Circunvalación Norte de Barquisimeto. No le permitían continuar su camino hasta tanto no pagara al funcionario corrupto. En algún momento logró entablar conversación aparte con una policía, quien reconoció, avergonzada, que se estaba cometiendo un atropello, y le manifestó que no estaba de acuerdo. Le contó que aquello sucedía con tanta frecuencia que se sentía desalentada, frustrada, y que solo pensaba en irse del país con su familia.

A todo lo anterior habrá que sumarle los errores gubernamentales en materia de política económica. En tales circunstancias, ¿cómo no iba a producirse un fenómeno masivo de migración económica?

Insisto, cosa muy distinta es la versión de los hechos que intenta imponer la maquinaria propagandística antinacional: tanto sus agentes como el antichavista promedio se sienten a sus anchas retratando un país infernal puesto que la Venezuela en revolución siempre les pareció un infierno, no importa si a partir de 2004, una vez superados los gravísimos daños causados por el paro-sabotaje petrolero de 2002, el pueblo venezolano vivió la mejor década de su historia.

La autodenigración los define: solo en Venezuela pueden ocurrir las peores cosas, y la revolución bolivariana es la más clara demostración de ello. Al pueblo bolivariano lo desprecian, tanto como al país en el que puede ser protagonista. Añoran solo el país donde eran amos y señores o aspirantes a serlo, y en el que las grandes mayorías nacionales permanecían aletargadas y al margen. Ahora que la guerra híbrida hace estragos en las clases populares, actúan como si el tiempo les hubiera dado la razón.

La lógica es más o menos como sigue: si usted es chavista, ahora pague las consecuencias. Si lo fue, es culpable de haberlo sido. Venezuela es un infierno tal que hasta los chavistas o quienes lo fueron huyen del país. Si usted es o fue chavista, no tiene derecho a escapar. Solo al infierno.

Pero está claro que una cosa es decidir marcharse y otra muy distinta huir o escaparse. Tan cierto como que Venezuela no es un infierno, ni el chavista es culpable de nada, incluso cuando debe marcharse, por la razón que sea.

Si al caso vamos, también hay quienes deciden permanecer en el país que desprecian, y los hay incluso quienes asisten a movilizaciones chavistas, pero sin intenciones de mezclarse con el pueblo. Su alma habita en otra parte. De igual forma, fuera del país hay gente de pueblo por cuyas venas fluye un torrente que puede que desemboque en mares que no son los de la patria, pero que hacen parte del mismo río indomable de quienes luchamos por ella, sea desde el lugar que sea.

4 agosto 2019

Gobierno

En los espacios comprometidos con la defensa de la revolución bolivariana se plantea con muchísima frecuencia el problema de la relación con el Gobierno.

Posiciones hay muchas, y sin embargo suele haber un acuerdo en torno a una cuestión básica: la pérdida del poder supondría, sin la menor duda, una escalada de la violencia represiva, una espiral creciente de persecución y muerte, en el mejor de los casos el exterminio selectivo de los liderazgos populares, cuando no una verdadera *razzia* para eliminar de raíz toda posibilidad de resistencia y reorganización de fuerzas.

El actual margen de maniobra, todavía muy amplio a pesar de todo, se vería reducido prácticamente a cero. Nos enfrentaríamos a una situación límite que, muy probablemente, obligaría al menos a una parte de la militancia a asumir otras formas de lucha, en circunstancias desventajosas.

Al respecto, insisto, no queda la menor duda: no son pocas las veces que, durante los últimos veinte años, hemos tenido la oportunidad de mirar de frente la cara del fascismo. Sus portavoces, animados por el característico espíritu de revancha de la burguesía, hablan a sus anchas, de la forma más impúdica y grotesca, de la necesidad de aleccionar al pueblo chavista.

No se trata, como pudiera pensarse, de imaginar lo peor para acertar, sino de una certeza que nace de un examen de los hechos, de lo que han sido capaces de hacer para intentar derrotar a la revolución bolivariana, recurriendo a prácticas que no pueden calificarse sino de genocidas, y de la obligación de tomar previsiones frente a las que son sus intenciones manifiestas.

Salvo muy puntuales excepciones, solo quienes están completamente desvinculados de los espacios de militancia pueden permitirse la ligereza de plantearse el falso dilema de si es preferible o no un Gobierno chavista.

Luego, por supuesto, está la caracterización que desde cada uno de estos espacios se hace del Gobierno. Posiciones más o menos críticas hay muchas, como ya adelantaba, pero casi todas parten del común acuerdo ya referido.

Otro punto en común, implícito en lo que he planteado hasta ahora, es que resulta indispensable hacer la crítica al Gobierno. Por una razón simple: sin crítica es imposible corregir entuertos. Es una obviedad tal que el asunto no merece la más mínima polémica. Solo los elementos más conservadores pueden alegar, a estar alturas, que la crítica es contraproducente, y naturalmente lo hacen, pero semejante posición solo provoca la repulsa general.

Hay críticas impertinentes, extemporáneas, o que pueden ser muy legítimas, pero pierden toda eficacia cuando son formuladas por personajes de dudoso talante ético y político. No es a estas a las que me refiero. Asimilar cualquier crítica, por incómoda que pueda ser, con aquellas, es una práctica deshonesta. No pueden compararse las imposturas del “chavismo crítico”, por poner un ejemplo, con la genuina crítica popular, incluso si es hecha por el pueblo que no se identifica con el chavismo, y mucho menos con la crítica del pueblo chavista organizado.

Por más contradictorio que pueda parecer, precisamente porque no podemos descartar la posibilidad del retorno al poder de la derecha más rancia y criminal, y porque tenemos que hacernos cargo de las consecuencias que ello acarrearía, nuestra peor opción es limitarnos a una defensa acrítica del Gobierno, creyendo que con ello estamos defendiendo a la revolución bolivariana.

El problema con la defensa acrítica es que tiene poco de defensa eficaz y demasiado de conservación, y es muy difícil conservar o hacer que prevalezca lo que no es susceptible de ser mejorado o corregido a través de la crítica.

La crítica con eficacia política, esto es, aquella que contribuye a identificar oportunamente errores, desviaciones, omisiones, inconsecuencias, injusticias y daños, y pone sobre la mesa posibles formas de corregirlos, combatirlas y resarcirlos, es vital para conjurar la posibilidad de la pérdida del poder político. Dicho de otra manera, es la única manera posible

de defender al Gobierno, fortaleciendo, al mismo tiempo, a la revolución bolivariana.

Así concebida, la crítica es en sí misma una forma de gobernar revolucionariamente, una manera de asumir nuestra responsabilidad política, puesto que la tarea de gobernar no es algo reservado exclusivamente a funcionarios y dirigentes.

La defensa acrítica, en cambio, es como un boxeador que se sube al *ring* y, tras el campanazo, decide permanecer con la defensa baja, exponiéndose a recibir una andanada de golpes que eventualmente lo podría llevar a la lona, bien sea porque decidió no pelear, porque sobreestima su propia fuerza o porque confía en que, cuando esté a punto de ser derribado, lo salvará la campana.

No por estar sobre el *ring* el boxeador está dando la pelea.

Para pelear hay que estar en condiciones de defenderse o, dicho a la manera chavista, de contraatacar, lo que supone la evaluación oportuna de puntos fuertes y débiles, trabajando con especial énfasis sobre estos últimos, para ser lo menos vulnerables posible.

La crítica con eficacia política, entonces, equivale al entrenamiento necesario, que debe ser permanente, porque permanente es la pelea, y porque además el contrincante no pelea limpio.

Incluso así, haciendo todo lo que corresponde, no hay que descartar la posibilidad de ser derribados. En tal caso, si nos hemos entrenado a fondo, estaremos en mejores condiciones para levantarnos. Si hemos sido indisciplinados, irresponsables, confiados, lo más seguro es que permanezcamos en la lona al término del conteo.

El punto es que, en caso de derrota, no tendremos otra opción que prepararnos para la próxima pelea. Entonces vendrán los lamentos: si hubiéramos hecho lo necesario... No esperemos ese momento. Lo necesario hay que hacerlo ahora que estamos sobre el *ring*, en pleno combate por el título.

8 agosto 2019

Presente y futuro

Esta relación dialéctica entre necesidad y contingencia, entre estructura y ruptura, entre historia y acontecimiento, sienta las bases para la posibilidad de una política organizada duradera, mientras que la apuesta arbitraria y voluntarista sobre la explosión repentina de un acontecimiento puede permitirnos resistir la atmósfera de los tiempos, pero conduce generalmente a una postura de resistencia estética, en vez de a un compromiso militante que modifique pacientemente el curso de los acontecimientos.

Daniel Bensaid⁹⁷

Cuesta trabajo asimilar que vivimos un tiempo en el que casi cualquier cosa puede suceder y, sin embargo, no somos lo suficientemente fuertes como para garantizar que el desenlace sea favorable para las mayorías populares.

Son tiempos de reflujo popular, de hegemonía popular y democrática que se resquebraja, de generaciones de militantes chavistas y de izquierda que son relegados en las instituciones, en el partido, en los territorios, y de los más despiadados ataques del soberano imperial estadounidense.

La revolución bolivariana significó desde sus inicios la exuberancia de posibilidades. Hoy día, lo posible no necesariamente es lo más deseable. El horizonte se ha hecho más angosto. Renegando de la insoportable mundanidad del pueblo que lucha y de la idea misma, que considera ridícula, de tomar el cielo por asalto, una legión de nuevos ricos se pelea con los camellos por lo que consideran su derecho a pasar por el ojo de la aguja. No pasarán, lo sabemos, pero eso no les impide seguir intentándolo. El poder los ha asaltado.

Se viene produciendo una lenta pero indetenible mutación en el alma popular. Mientras una parte de la población resiste activamente los

ataques provenientes de varias direcciones, como si se hallara bajo fuego cruzado, y otra parte intenta sacar provecho de las circunstancias, las mayorías, confundidas, desorientadas, atraviesan por un proceso de profunda reconfiguración de sus identidades políticas. Con todo, al grueso de ellas les asiste la certeza de aquello con lo que no desean identificarse nunca más. Lo que podría denominarse acontecimiento Chávez es demasiado reciente y dejó en ellas, en nosotros y nosotras, una huella imperecedera.

Lo que hoy se incuba en las catacumbas y más acá, y que todavía no alcanza a expresarse con toda su fuerza en la superficie, dialoga incesantemente con Chávez, que es un recuerdo alegre, mucho más que motivo de nostalgia; materialidad, mucho más que idea que inspira y moviliza. Más que venerarlo, a Chávez se le resguarda, se le protege, se le atesora. También se le interroga y se le reclama. Lo que habrá de resultar de aquel proceso de reconfiguración dependerá en buena medida de este diálogo, y es muy probable que termine copando la escena política en los años venideros.

Está en nosotros y nosotras escuchar atentamente y decir nuestra palabra o hacernos de oídos sordos.

Muchos de nosotros y nosotras hemos asumido la responsabilidad de rearmar el rompecabezas de la militancia popular, chavista y de izquierda. Es lo menos que podemos hacer. Si tal y como parece el desenlace en el corto plazo no dependerá de nuestros actos, al menos no principalmente, que nos sorprenda unidos, articulados.

Como en todo tiempo, nos corresponde identificarnos con el pueblo al que pertenecemos y sus problemas y sus luchas, que son los nuestros, y hacer de bisagra con las generaciones de nuevos militantes. Debemos ser capaces de transmitir un aprendizaje colectivo gigantesco, invaluable, y además no renunciar a la oportunidad de seguir aprendiendo.

No es tiempo de balances históricos, pero única y exclusivamente en el sentido de que los balances hay que hacerlos permanentemente. Que los memorialistas y los comentaristas hagan su trabajo. El nuestro es muy distinto.

El balance que nos toca hacer no puede limitarse a dar cuenta del pasado, ni siquiera a arrojar luces sobre las tareas del presente, sino sobre

todo del futuro. La nuestra tendrá que ser una mirada jánica, como lo advirtiera el propio Chávez en su discurso de toma de posesión del 2 de febrero de 1999.⁹⁸ Como la mirada del *angelus novus* de Klee citado por Walter Benjamin en sus “Tesis sobre la Historia”,⁹⁹ con la notable diferencia de que nuestros ojos habrán de posarse no solo en la catástrofe, sino en todo lo hecho por el pueblo venezolano para romper el *continuum* de la historia.

Sin olvidar un instante las tareas del presente, debemos aprender a cultivar la mirada a mediano y largo plazo, evitando apostar voluntaristamente por la explosión de un acontecimiento que nos permita lidiar con la atmósfera de los tiempos, como diría Daniel Bensaïd. Ciertamente, la revolución es acontecimiento, pero también proceso, historia, e ignorar este detalle puede conducirnos directo a la resistencia estética, sin eficacia política, impotente.

Se dirá que esta es una postura derrotista, que el combate no está decidido, que son muchos en el mundo quienes siguen atentamente el curso de los acontecimientos, que nos expresan su solidaridad frente a las agresiones imperiales, que desean fervientemente que la revolución bolivariana prevalezca, porque en tiempos de oscuridad los pocos faros existentes permiten a los pueblos aferrarse a la idea de que otro mundo es posible. Nada más alejado de la realidad.

Precisamente porque el combate no está decidido es necesario identificar lo que hay de adverso en el panorama, porque solo así es posible despejar obstáculos y trabajar para que la revolución sea posible. Lo contrario es perseguir espejismos, arriesgándose a morir en medio del desierto.

Derrotista sería resistir sin voluntad de poder o asumirse irrevocablemente vencido y por tanto procurar la salvación personal. Si tal es la elección de algunos, definitivamente no es la nuestra.

Para que haya futuro tiene que haber voluntad de poder en el presente. Y es desde esta manifestación de voluntad que me animo a plantear

98. Hugo Chávez Frías. *Discurso de Toma de Posesión ante el Congreso de la República*. Todo Chávez en la Web. Instituto de Altos Estudios del Pensamiento del Comandante Hugo Chávez. Caracas, Venezuela. 2 de febrero de 1999.

99. Walter Benjamin. *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*. Introducción y traducción de Bolívar Echeverría. Editorial Itaca. Universidad Autónoma de la Ciudad de México. 2008. Pág. 44.

la necesidad de cultivar la mirada a mediano y largo plazo. No se trata de sentarse a esperar el momento propicio, sino de crear, aquí y ahora, las condiciones propicias para actuar, para ensanchar nuevamente el horizonte.

A los impacientes, tanto como a los que sienten que la revolución ya fue, les vendría bien preguntarse dónde estábamos hace veinte años, o más bien veintitrés años atrás, cuando Chávez fue presa de aquella inmensa fatiga que casi lo arrastró a abandonarlo todo. Oportuno recordar a Heráclito, una vez más: el carácter es para el hombre su destino.

11 agosto 2019

Comenzar de nuevo

A mi padre, a los setenta y cinco años de su nacimiento

¿Hasta cuándo podremos tolerar esto? – preguntó M en la cocina, quizá intentando encontrar el eco que no había conseguido en la mesa. Mientras desayunábamos, había estado comentando sobre lo difícil que resultaría la cuarentena para muchas familias, en especial para aquellas que no podían asegurar las tres comidas diarias. Nuestra respuesta había sido el silencio. Ciertamente, no un silencio cómplice, como el de quienes solo tienen ojos para mirar sus propios platos. Más bien un silencio doloroso, apesadumbrado, pero silencio al fin.

El silencio nos persiguió hasta la cocina. No hubo comentario alguno, como si aquella pregunta fuera la hija huérfana de respuestas que hace tiempo habían iniciado un viaje sin retorno. Sin embargo, un pensamiento me atravesó la cabeza: Lo que sí es seguro, es que esta situación resulta más tolerable para nosotros, al menos más tolerable que para muchos otros.

Recordé entonces aquella conversación con la mayor de mis hijas, en 2016, cuando por primera vez en mucho tiempo, al punto que no puedo recordar cuándo fue la última vez, algunos alimentos comenzaron a faltar en casa.

Esta situación se parece mucho a la que ya vivimos en la década de los noventa – le comenté. No tienes por qué preocuparte por nosotros. De alguna manera lograremos salir adelante. Ya lo verás. Te acordarás de estas palabras. En cambio, muchos no podrán hacerlo. Son los que hoy, como ayer, vuelven a sobrevivir, y como ayer, en algún punto, ya no podrán hacerlo. Creer que esas vidas no tienen por qué importarnos, y creer que solo importa lo que hagamos con nuestras vidas: esa sería la peor de nuestras derrotas. Eso significaría que, después de todo lo vivido, por lo que hemos luchado todos estos años, no ha servido de nada.

Como suele suceder en estas circunstancias, aquel recuerdo me condujo a otros recuerdos, y en cuestión de segundos, sin poder advertirlo y sin querer evitarlo, volví sobre mis pasos en los tempranos años noventa, cuando incursioné en la militancia revolucionaria.

Ahora mismo pienso en aquellos años sin atisbo de nostalgia. Al contrario, me reconforta saber que, de alguna forma, sigo siendo aquel muchacho de dieciocho. A mis cuarenta y seis, ya no lucho por cambiar un mundo que apenas conozco, como cuando me iniciaba en la vida adulta. He tenido oportunidad de conocerlo bien. Y mientras mejor lo conozco, más ganas tengo de cambiarlo. Me considero un hombre afortunado: no le tengo miedo a comenzar de nuevo, si fuera necesario.

Hoy me descubro llevando una vida muy similar a la que nos procuraron mis padres. Aunque, una vez formé mi propia familia, tuve que mudarme muchas veces, he vivido siempre en los mismos lugares: zonas residenciales de clase media trabajadora, a la que conozco muy bien, casi podría decir que como la palma de mi mano. Sin lujo alguno, más bien con frecuencia en el límite de la pobreza. Al principio, es posible, porque no nos quedaba otra opción. Pero de un tiempo a esta parte, así lo asumimos, por simple elección. Esto es lo que somos.

No somos mejores ni peores que otros. Somos lo que somos con nuestras miserias y grandezas. Y no tenemos intención de aparentar algo que no somos. Dudo mucho que la vejez nos dé por hacerlo. Creo que moriremos como vivieron o siguen viviendo nuestros padres y como nos enseñaron a vivir. De los lazos que me unen a la mujer con la que vivo, tal vez sea ese uno de los más fuertes.

A mis dieciocho apenas conocía el mundo que quería cambiar. Sabía, por supuesto, o más bien intuía, que algo andaba muy mal, y que nos merecíamos una vida mejor.

Incendiamos la ciudad por los cuatro costados. Estábamos resueltos a cambiarlo todo. Por aquellos años amé por primera vez e hice amigos que siguen estando entre mis amigos más entrañables, aunque ya casi no los frecuente.

Tras una pausa de pocos años que, no obstante, me pareció interminable, llegó el año 1998. Acababa de mudarme de la casa de mis padres y

vivíamos en el típico edificio de clase media empobrecida, en la ciudad de Los Teques, en un modesto apartamento. La política era un tema prácticamente vedado en las conversaciones cotidianas con nuestros vecinos. Pero muy pronto, y debo admitir que para nuestra sorpresa, descubrimos que el anhelo de cambio era algo compartido por la inmensa mayoría de quienes nos rodeaban.

La celebración popular de la noche del 6 de diciembre de 1998 es algo que no podré olvidar jamás. Aquella alegría tan genuina, casi podría decirse que tan furiosa, estaba hecha de una materia que la volvía perdurable, eterna, resistente a futuras frustraciones y derrotas. Fue como si exorcizáramos colectivamente la tristeza. Con todo, el hallazgo más sorprendente estaba por venir.

Ocurrió en 2002. Entonces, y solo entonces realmente, descubrí al pueblo venezolano. Ese mismo pueblo por el que había estado luchado la década anterior. Comprendí, finalmente, que había luchado por el pueblo en abstracto, como suelen ser abstractos los ideales de un joven. Había luchado por un pueblo al que había sido incapaz de ver, aunque me cruzara con él incontables veces. Aquel año conocí el rostro del pueblo venezolano, y desde entonces comprendí que era correcto ser lo que era, no renegar de lo que era, pero que era parte de algo más grande. Descubrí, además, que estaba en el lugar donde debía estar.

Más tarde comprendí, también, que si en los noventa no había podido conocer al ser colectivo del que formo parte, fue porque parte importante de eso que hoy somos permanecía invisible. Porque es muy difícil reconocer a un pueblo que no ha terminado de reconocerse a sí mismo, de afirmarse en la lucha por cambiar su mundo y, más allá, el mundo todo.

Y pienso que tal vez algo de eso sea lo que nos está ocurriendo hoy, y puede que por tal motivo nos resulte tan sencillo, y tan intolerable al mismo tiempo, volver sobre 2016, y sobre los años noventa. Porque hoy no estamos todos los que somos. Una parte pareciera haber desaparecido de nuevo. Hay una parte de nosotros que ha vuelto a ser invisible. Y nos perturba pensar en lo intolerable que puede resultar para una parte de eso que somos, ser invisibles una vez más. Y está bien que la sola idea nos resulte intolerable a nosotros mismos. No podría ser de otro modo.

De otra manera estaríamos resignándonos a vivir una vida mutilada, incompleta, como tiene que ser la penosa vida de quienes solo tienen ojos para los platos que hay sobre su mesa. Eso sería traicionar lo que somos, lo que hemos sido.

Hoy no estamos todos los que somos, y no asumirlo así sería engañarnos a nosotros mismos. Mal podríamos vernos al espejo si no somos capaces de ver que falta una parte, hoy invisible nuevamente. Estamos incompletos.

Hay que comenzar de nuevo. Pero, contrario a lo que podría pensarse, la certeza de que tenemos que hacerlo no puede ser considerada una derrota. Todo lo contrario. Entre otras cosas, porque nadie nos podrá arrebatarnos la alegría de saber que no vamos a comenzar de cero.

19 junio 2020

Bibliografía

Libros

Alighieri, Dante. *La Divina Comedia*. Editorial Bruguera. Barcelona, España. 1973.

Benjamin, Walter. *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*. Introducción y traducción de Bolívar Echeverría. Editorial Ítaca. Universidad Autónoma de la Ciudad de México. 2008.

Bensaïd, Daniel. *Resistencias. Ensayos de topología general*. El viejo topo. Madrid, España. 2006.

----. *Elogio de la política profana*. Península. Barcelona, España. 2009.

----. *Une radicalité joyeusement mélancolique. Textes (1992-2006)*. Textuel. Paris, France. 2010.

Blanco Muñoz, Agustín. *Habla el Comandante Hugo Chávez Frías*. Cátedra Pío Tamayo, CEHA/IIES/FACES/UCV. Caracas, Venezuela. 1998.

Braudel, Fernand. *La dinámica del capitalismo*. Fondo de Cultura Económica. México. 2014.

Fisher, Mark. *Realismo capitalista. ¿No hay alternativa?* Caja Negra Editora. Buenos Aires, Argentina. 2016.

----. *Los fantasmas de mi vida. Escritos sobre depresión, hauntología y futuros perdidos*. Caja Negra Editora. Buenos Aires, Argentina. 2018.

----. *K-Punk*. Volumen 3. Escritos reunidos e inéditos. Caja Negra Editora. Buenos Aires, Argentina. 2021.

Foucault, Michel. *Estrategias de poder*. Obras esenciales, volumen II. Paidós. Barcelona, España. 1999.

Gerig, Malfred. *La Larga Depresión venezolana. Economía política del auge y caída del siglo petrolero*. (Libro inédito). Caracas, Venezuela. 2022.

Hernández Arregui, Juan José. *Imperialismo y cultura*. Ediciones Continente. Buenos Aires, Argentina. 2005.

Iturriza López, Reinaldo. *El chavismo salvaje*. Editorial Trinchera. Caracas, Venezuela. 2016.

Jauretche, Arturo. *Política nacional y revisionismo histórico*. Obras completas. Volumen 7. Corregidor. Buenos Aires, Argentina. 2006.

----. *Polémicas*. Peña Lillo. Buenos Aires, Argentina. 2007.

Klein, Naomi. *La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre*. Paidós Ibérica. Barcelona, España. 2007.

Maneiro, Alfredo. *Escritos de filosofía y política*. Fondo Editorial ALEM. Los Teques, Venezuela. 1997.

Martí, José. *Obras completas*. Volumen II. *Cuba. Política y revolución II, 1892-1893*. Editorial de Ciencias Sociales. La Habana, Cuba. 1991.

Oramas León, Orlando y Jorge Legaña Alonso. *Cuentos del arañero*. Vadell Hermanos Editores. Caracas, Venezuela. 2013.

Quiroga, Horacio. *Cuentos*. Biblioteca Ayacucho. Caracas, Venezuela. 2004.

Ramonet, Ignacio. *Hugo Chávez. Mi primera vida.* Vadell Hermanos Editores. Caracas, Venezuela. 2013.

Rulfo, Juan. *Obras Completas.* Biblioteca Ayacucho. Caracas, Venezuela. 1985.

Scalabrini Ortiz, Raúl. *Política británica en el Río de la Plata.* Editorial Sol 90. Barcelona, España. 2001.

Wallerstein, Immanuel. *Impensar las ciencias sociales.* Siglo XXI Editores. México. 1999.

Weber, Max. *El político y el científico.* Alianza Editorial. Madrid, España. 1979.

Weiss, Peter. *Informes.* Alianza/Lumen. Madrid, España. 1974.

Alocuciones

Chávez Frías, Hugo. *Discurso de Toma de Posesión ante el Congreso de la República.* Todo Chávez en la Web. Instituto de Altos Estudios del Pensamiento del Comandante Hugo Chávez. Caracas, Venezuela. 2 de febrero de 1999.

----. *Intervención durante acto con motivo de la recuperación de planta procesadora de tomates.* Todo Chávez en la Web. Instituto de Altos Estudios del Pensamiento del Comandante Hugo Chávez. Barinas, Venezuela. 12 de junio de 2004.

----. *Conversatorio con delegados asistentes al XVI Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes.* Todo Chávez en la Web. Instituto de Altos Estudios del Pensamiento del Comandante Hugo Chávez. Caracas, Venezuela. 13 de agosto de 2005.

----. *Intervención durante acto de conmemoración del 52 aniversario del 23 de enero de 1958.* Todo Chávez en la Web. Instituto de Altos Estudios del

Pensamiento del Comandante Hugo Chávez. Caracas, Venezuela. 23 de enero de 2010.

----. *Intervención durante acto de entrega de libretas de ahorro a pensionados y pensionadas del IVSS, beneficiarios del decreto 7.401*. Todo Chávez en la Web. Instituto de Altos Estudios del Pensamiento del Comandante Hugo Chávez. Caracas, Venezuela. 19 de noviembre de 2010.

----. *Entrevista en el programa Punto de Encuentro del canal de TV Telellano*. Todo Chávez en la Web. Instituto de Altos Estudios del Pensamiento del Comandante Hugo Chávez. Barinas, Venezuela. 14 de septiembre de 2012.

----. *Intervención durante reunión del Consejo de Ministros*. Todo Chávez en la Web. Instituto de Altos Estudios del Pensamiento del Comandante Hugo Chávez. Caracas, Venezuela. 20 de octubre de 2012.

Prensa

Riechmann, Jorge. *La insólita anomalía de poder estar a favor del gobierno*. Público, 6 de marzo de 2013.

Scalabrini Ortiz, Raúl. *La ciudad está triste*. Noticias Gráficas, 10 de junio de 1931.

Vargas, Jairo. “A mi hijo lo quemaron vivo por ser chavista”. Público, 16 de mayo de 2019.

Revistas

Hall, Stuart. *Gramsci y nosotros. Intervenciones en estudios culturales*. Volumen 3, N° 4, enero-junio de 2017. Pontificia Universidad Javeriana. Bogotá, Colombia.

Documentos

Chávez Frías, Hugo. *Agenda Alternativa Bolivariana*. Ministerio del Poder Popular para la Comunicación e Información. Caracas, Venezuela. Febrero de 2007.

Naciones Unidas. *Informe del Experto Independiente sobre la promoción de un orden internacional democrático y equitativo acerca de su misión a la República Bolivariana de Venezuela y al Ecuador*. Septiembre de 2018.

Propuesta del Candidato de la Patria, Comandante Hugo Chávez, para la Gestión Bolivariana Socialista 2013-2019 (Plan de la Patria 2013-2019). **Comando de Campaña Carabobo**. Caracas, Venezuela. 11 de junio de 2012.

Web

Bensaïd, Daniel. *Lenin: ¡Saltos! ¡Saltos! ¡Saltos!* Le site de Daniel Bensaïd, julio de 2002.

----. *El escándalo permanente*. Le site de Daniel Bensaïd, abril de 2009.

Naciones Unidas. Oficina del Alto Comisionado. *US sanctions violate human rights and international code of conduct, UN expert says*. 6 de mayo de 2019.

Iturriza López, Reinaldo. *Contra la lealtad resignada*. Saber y poder, 12 de octubre de 2013.

----. *La rebelión que vendrá*. Saber y poder, 24 de junio de 2016.

----. *El experimento venezolano*. Telesur, 27 de enero de 2019.

----. *Venezuela y el “capitalismo del desastre”*. Telesur, 31 de enero de 2019.

----. *Venezuela: de furibundos y simulacros*. Telesur, 5 de mayo de 2019.

----. *Cuarentena (IV). Un paréntesis sobre neoliberalismo y rebelión*. Saber y poder, 1 de noviembre de 2019.

----. *Cuarentena (VIII). Neoliberalismo y clases populares: la mutación en marcha*. Saber y poder, 4 de febrero de 2020.

----. *Cuarentena (IX). Estado de excepción y el lugar de las mayorías populares*. Saber y poder. 18 de febrero de 2020.

----. *Hasta el 2021. Siete lecciones y un horizonte*. Saber y poder, 13 de enero de 2021.

----. *El chavismo en el laberinto hegemónico (y una novedad histórica)*. Saber y poder, 16 de diciembre de 2021.

Pastor, Jaime. *Apuntes sobre el pensamiento político-estratégico de A. Gramsci*. Viento Sur, 27 de abril de 2017.

Romero Losacco, José. *Fin de ciclo y mala fe. Historias globales desde el Sur*, 12 de noviembre de 2018.

Vídeo

Reinaldo Iturriza. (22 de abril de 2020). *La pandemia y el realismo capitalista*. [Archivo de video]. YouTube. <https://youtu.be/pR7E4GIRsoA>

Todo Marketing Político. (2 de abril de 2013). *Spot ¿Vas a votar por los enchufados? - Campaña Capriles Presidente 2013* [Archivo de video]. YouTube. <https://youtu.be/RxXrohu5lDw>

